

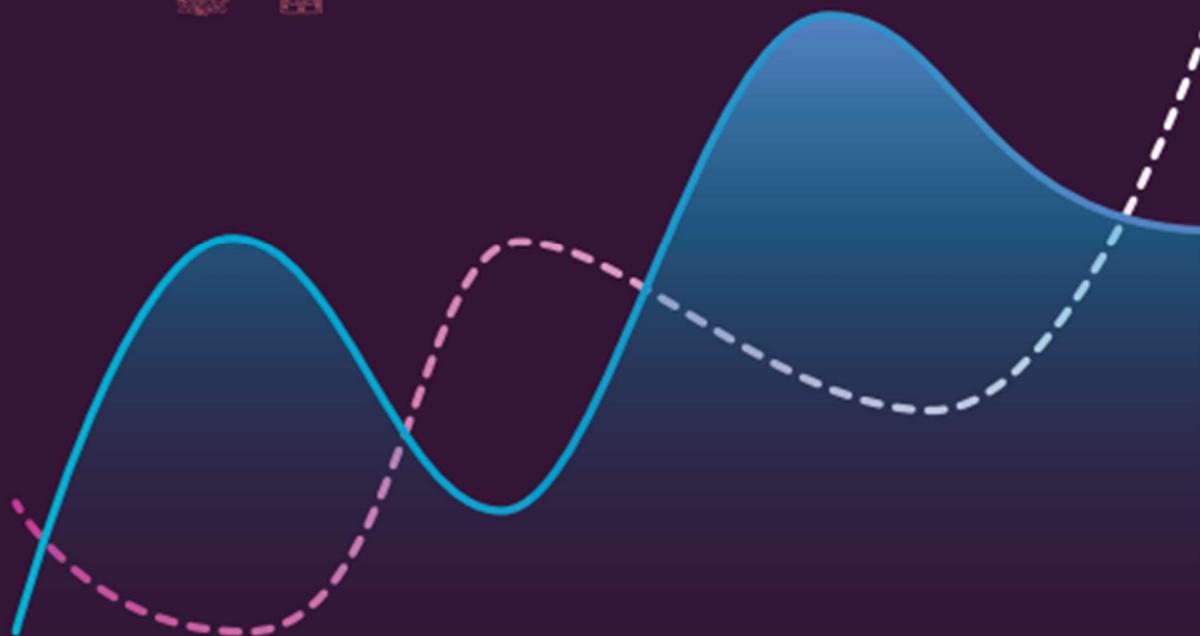


Fabiola Jesavel Flores Nava
(coordinadora)

CINCO ENSAYOS CRÍTICOS DE ECONOMÍA E HISTORIA

Fabiola Jesavel Flores Nava
(coordinadora)

CINCO ENSAYOS CRÍTICOS DE ECONOMÍA E HISTORIA



Cinco ensayos críticos de economía e historia

Fabiola Jesavel Flores Nava
(coordinadora)



Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Economía
México, 2022



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Luis Graue Wiechers	<i>Rector</i>
Leonardo Lomelí Vanegas	<i>Secretario General</i>
Alfredo Sánchez Castañeda	<i>Abogado General</i>
Luis Álvarez Icaza Longoria	<i>Secretario Administrativo</i>
Patricia Dolores Dávila Aranda	<i>Secretario de Desarrollo Institucional</i>
Raúl Arcenio Aguilar Tamayo	<i>Secretario de Prevención y Atención a la Seguridad Universitaria</i>

FACULTAD DE ECONOMÍA

Eduardo Vega López	<i>Director</i>
Lorena Rodríguez León	<i>Secretaria General</i>
María del Carmen Aguilar Mendoza	<i>Secretaria Administrativa</i>
Juan M. M. Puig Llano	<i>Coordinador de Publicaciones</i>

Este libro se inscribe en el proyecto PAPIIT AI303618 "Repensando la Historia Económica: manifestaciones económicas, sociales y políticas de la crisis estructural del capitalismo en México" financiado por la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA) de la UNAM.



D.R. © 2022, Facultad de Economía,
Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria, 04510 México, D. F.

Diseño de portada: MARÍA FERNANDA ROMERO RODRÍGUEZ

Primera edición: 18 de marzo de 2022

ISBN: 978-607-30-5831-5

Impreso y hecho en México/Printed and made in Mexico.

"Prohibida su reproducción total o parcial sin la autorización por escrito de los autores"

Capitulado

Capítulo 1

1. Sobre la producción material. Reconsideración crítica de los fundamentos de la perspectiva materialista de la historia (primer avance). P. 5

Carlos Herrera de la Fuente

Capítulo 2

2. ¿Debe existir la Historia Económica? P. 65

Fabiola Jesavel Flores Nava

Capítulo 3

3. México en el largo siglo XX histórico. Pistas wallersteinianas para su reinterpretación P. 102

Carlos Antonio Aguirre Rojas

Capítulo 4

4. Grietas al capitalismo. Las autonomías antisistémicas como horizontes alternativos P. 130

Betsy Malely Linares Sánchez

Capítulo 5

5. Actualidad de la teoría marxista de la Renta. Elementos para el análisis del capital inmobiliario en la ciudad contemporánea: el papel de los propietarios y del *ambiente construido* en la determinación del Precio del suelo urbano P. 157

José Manuel Ortega Herrera

1. SOBRE LA PRODUCCIÓN MATERIAL. RECONSIDERACIÓN CRÍTICA DE LOS FUNDAMENTOS DE LA PERSPECTIVA MATERIALISTA DE LA HISTORIA (PRIMER AVANCE)

Carlos Herrera de la Fuente

Nota introductoria

El presente texto constituye el primer capítulo de un proyecto más amplio, en curso de realización, que tiene como propósito hacer una reconsideración crítica de los fundamentos de la perspectiva materialista de la historia, desarrollada, originalmente, por Karl Marx y Friedrich Engels en la *Ideología alemana*, así como de los principios teóricos básicos que forman parte del proyecto posterior de la *Crítica de la economía política*, iniciado, mas no concluido, por el primer gran pensador. El nombre completo del proyecto es: *Sobre la producción material y simbólica. Reconsideración crítica de los fundamentos de la perspectiva materialista de la historia*. El primer capítulo (el presente ensayo) aborda el tema de la *producción material* en su sentido económico más general, repensándolo desde sus claves históricas; el segundo, por su parte, se dedicará a explorar el ámbito de la *producción de significados*, y abordará las dimensiones políticas, jurídicas, sociales y culturales de ese proceso; el tercer capítulo se internará en la consideración de los fenómenos relacionados con la *producción simbólica*, y dará pistas para pensar el problema de la psicología, la religión y las formaciones ideológicas desde sus fundamentos ontológicos y existenciales; finalmente, un cuarto capítulo deberá rematar con el esbozo de una teoría crítica sobre la *Historia*. El primer apartado con el que se abre el presente escrito (“Consideraciones generales sobre el acto productivo”) debe tomarse como una introducción general a todo el proyecto, por lo que su contenido adelanta ciertos temas cuyo desarrollo no se llevará a cabo en el presente ensayo, sino en capítulos posteriores de la obra planeada.

El propósito del proyecto anunciado es contribuir a la reformulación de los fundamentos teóricos de la gran perspectiva crítica abierta por Marx y Engels, tomando en consideración la larga historia de debate y desgaste que ésta ha sufrido a lo largo de más de un siglo y medio, al igual que los cambios históricos y políticos que la han terminado convirtiendo, para la gran mayoría del público lego e intelectual, en una “curiosidad arqueológica”. La intención no es rescatar su originalidad o defender su pertinencia en la actualidad, sino asumir el reto que ella planteó desde su origen a cualquier pensador serio sobre la necesidad de reflexionar sus temas críticos en el esfuerzo continuo de renovación y actualización en las distintas circunstancias espacio-temporales, así como individuales y colectivas. No hay pensamiento crítico sin la asunción crítica de pensar y repensar los fundamentos teóricos que lo originaron. Ése es el espíritu que guía el presente trabajo. Esperamos que el primer fruto de este esfuerzo contribuya de manera significativa al objetivo señalado.

1. Consideraciones generales sobre el acto productivo

El acto productivo es, en principio, un acto negativo, esto es, un acto que introduce la negatividad en el mundo desde el despliegue físico de las fuerzas humanas, motivadas por las “exigencias” de la necesidad. Pero la necesidad no es más que un “reclamo” de la materia viva, de la naturaleza, y, por lo tanto, aún no un motivo humanizado. No hay ser vivo que no “necesite” de la materia transformada para prolongar la vida. La necesidad es la expresión inmanente de la materia viva que sólo puede existir en el proceso constante de incorporar la otra materia que la rodea (viva y no viva: el aire, los rayos del sol, por ejemplo) a su propia existencia material de manera transformada. Esa materia es aprovechada y desechada, y no hay paradoja alguna en que se llegue a hablar de “hacer las necesidades” al referirse al acto de orinar y defecar, porque el ciclo completo de la necesidad implica el consumo, la transformación, el aprovechamiento y el desecho de la materia sobrante.

La materia necesita de la materia en todos los niveles, pero sólo en los seres vivos se la requiere *internamente* como parte esencial de un ciclo procesual para prolongar un tipo especial de existencia. Se dice “un tipo especial de existencia” porque en el ser vivo la materia se forma de compuestos orgánicos gracias a los cuales éste existe como un ente organizado en torno a una unidad de desarrollo o movimiento. Sólo que esta “organización” es una expresión *positiva* y espontánea de la materia, no un resultado posterior de la planeación de una praxis consciente. La materia (viva y no viva) se da “forma” a sí misma sin vacilar nunca a la hora de cumplir sus ciclos. De hecho, es innegable un grado de unidad en toda expresión material, fundada en los principios de atracción y repulsión simultáneas. La materia en movimiento (siempre en movimiento) adquiere desde sus expresiones más básicas una “forma” que le da unidad, no sólo en términos de su existencia individual, sino también en su interrelación con los otros entes materiales que la rodean (piénsese en la relación de los astros y cuerpos celestes, “organizados” espontáneamente en sistemas planetarios, solares, galácticos, intergalácticos, etc.). La materia existe en una relación gravitatoria con los otros entes que la acosan y la rodean, pero, como lo diría Sartre, sólo desde una *exterioridad*. Los “necesita” para definir su espacio de movimiento, o bien, simplemente, su posición en el espacio (que, de todas maneras, siempre está en movimiento). En este sentido, la primera característica de la materia es la inercia en un sentido radical, basada en un sistema de reciprocidad extrínseca (mecanismo en Hegel). La materia gravita en torno a la materia, pero sólo en una relación de atracción y repulsión. El ser vivo, en cambio, se *alimenta* de la materia, esto es, necesita internalizar la materia, apropiársela a un nivel químico y biológico para asegurar su existencia y mantener su forma organizada.

De esta manera, desde las formas más básicas de la existencia viva, la materia “persigue” a la materia para consumirla y procesarla en un ciclo de reproducción vital. Las plantas, por ejemplo, se inclinan y retuercen para buscar la luz, indispensable en el proceso de fotosíntesis. A diferencia de la materia inerte, la materia viva *busca* a la materia, inorgánica y orgánica, para seguir viviendo. La *actividad vital* es correlativa a todas las formas orgánicas de la materia. En el paso

del mundo vegetal al animal, esa actividad se expresa en un grado de autonomía de movimiento en pos de la alimentación. Se dice “un grado de autonomía” porque el movimiento mismo está sujeto a la pulsión que *obliga* a la búsqueda. Se trata, pues, de una autonomía relativa, pero real, en cuanto somete al ser vivo animal al despliegue de sus capacidades (*Muskelaktion*, dice Freud), las cuales tienen que coordinarse en pos de un fin específico, si bien estas capacidades están igualmente subordinadas a la repetición de *ciclos naturales* predefinidos según la especie.

Las llamadas abejas obreras, por ejemplo, realizan las actividades de mantenimiento del panal (primera etapa) y de recolección de la miel (después de los 21 días), por el simple hecho de ser abejas hembras infértiles; los zánganos, en cambio, son los machos reproductores que fecundan a la reina para asegurar la existencia y crecimiento de la colmena. Si bien la división entre “obreras”, “zánganos” y “reinas” es obviamente analógica, lo importante aquí es que las funciones realizadas apenas si varían en todos los ciclos reproductivos, y las abejas ejecutan una y otra vez las mismas faenas sin que nadie les haya “enseñado” explícitamente a hacerlo. Su “autonomía” está sujeta a una pulsión instintiva. La vida animal está ligada a ciclos repetitivos organizados según los requerimientos específicos de un tipo determinado de materia orgánica. Sólo en las especies más complejas se esboza un esquema de reproducción que implica mayor grado de “autonomía”. Piénsese, por ejemplo, en los animales que emplean herramientas o instrumentos para conseguir los alimentos que requieren. Por supuesto que antes se podría pensar en todos los rituales de caza, en todos los artilugios (mímesis, camuflajes, etc.) que acompañan los actos de atrapar a una víctima para devorarla (y que están presentes en prácticamente todas las especies animales, marítimas y terrestres). Todas estas actividades, trampas, mañas, estrategias, etc. (que acompañan también el acto de reproducción sexual, como en la mantis religiosa), implican, por supuesto, un grado de inteligencia, si entendemos bajo este concepto la mínima capacidad de planeación y ejecución para la consecución de un fin determinado. Lo llamativo de los animales que utilizan herramientas para hacerse de alimentos (cuervos, monos, buitres, pulpos,

delfines, etc.), o de los que incluso transforman su entorno (castores) para protegerse de otras especies y facilitar la obtención de comida, es que logran mediatizar, hasta cierto punto, la naturaleza y marcar una distancia entre ellos y ella. Esta “distancia”, sin embargo, se reduce a la instrumentalización del entorno y de los objetos que lo conforman bajo el imperio mismo de la “necesidad”. Esto es, su relación con la totalidad de los entes sigue siendo una relación “necesaria”, basada en el principio de la supervivencia física. La aparente separación de su entorno, su presumible “distanciamiento”, no es más que la continuación de un principio unilateral que los obliga a mediatizar para sobrevivir. La naturaleza sigue su curso, mientras el principio de la necesidad domine, desde el comienzo, la totalidad de los actos y movimientos. Las sorprendentes capacidades que pueden llegar a desarrollar (la inteligencia de cuervos o monos para aprender aritmética básica y resolver problemas, por ejemplo) son tan sólo el resultado de su amaestramiento bajo el principio de la recompensa alimentaria. Es una imposición externa que se logra atendiendo al principio natural que los rige.

Lo que distingue al acto humano de todos estos actos es que la expresión práctica de su necesidad, esto es, el despliegue activo de las capacidades físicas para satisfacerla, se halla en contradicción inmediata con la naturaleza. La necesidad sólo se puede satisfacer siendo no-necesaria, no-natural. Por eso, para Marx, a diferencia de lo que dice Baudrillard, la lógica de las necesidades no está pensada desde el proceso instrumental de su satisfacción, sino desde el acto libre que impide su consecución instintiva. En el humano, el acto práctico de reproducción vital aparece como una imposibilidad inmediata, debido a que se carece del “aparato instintivo” que adecúe inmediatamente su praxis a la lógica del curso natural. En el humano, a diferencia del animal, hay, en primera instancia, un “no-saber-qué-hacer”, una parálisis frente a la urgencia de su cuerpo. Su libertad es, en principio, ese “no saber”, esa inadecuación (o *falta*), que no es tanto un problema externo de la forma natural, esto es, la aparición bruta de la naturaleza antes de su transformación, sino la incapacidad de distinguir en ella un *código* reproductivo, esto es, un principio que haga inteligible el sentido de la acción (desde su principio en la urgencia físico-biológica, pasando por su proceso de

satisfacción y su consunción definitiva). El mismo hecho de que “exija” la explicación de un sentido, o bien que la introduzca *a posteriori* a partir de concepciones religiosas, míticas, etc., marca la distancia con el mundo animal, para el que el sentido natural está “dado”.

La animalidad vive en el mundo natural sin distinción de él: es él. En la “humanidad”, lo natural es, en principio, incomprendible, absurdo, arbitrario, y, por lo mismo, lo necesario es una exigencia que no se sabe *cómo* cubrir. Por supuesto, esto es la exageración de un principio, pero es una exageración que parte de un principio real, de un principio radical de la inadecuación en el que la necesidad sólo se puede satisfacer desde la no-necesidad, desde la carencia absoluta de sentido que entra al mundo como la negación total. El acto reproductivo se cumple bajo la premisa del predominio de la imposibilidad reproductiva, o bien del acto no reproductivo e, incluso, antinatural. La necesidad es tan sólo un grito vacío, un llamado urgente de la naturaleza que se experimenta como un sinsentido, como una exigencia tiránica e inexplicable. Así, el acto por medio del cual se satisfacen las necesidades naturales (el acto laboral productivo) es inmediatamente no-necesario en un doble sentido: 1) por cuanto el reclamo natural carece de un significado que dote de contenido específico al motivo desencadenante de la acción. Se podrá decir, por supuesto, que el significado evidente es el de alimentarse para sobrevivir, pero eso sólo es evidente *a posteriori*, esto es, en vistas del hecho mismo de la existencia, la sobrevivencia y la reproducción constante de los seres humanos, pero no en cuanto principio ontológico ineludible. En el animal, el acto de reproducción vital tiene que realizarse sin que haya una libertad que pueda elegir no hacerlo (de hecho, no hay opción: el animal lo hace sin reflexionar si lo debe o no hacer); en el humano, en cambio, el acto puede o no realizarse, porque hay una no-necesidad (un vacío, una falta) que el humano capta inmediatamente y que es el fundamento mismo de su libertad. El acto productivo puede o no realizarse, eso es lo que hace a su acción realmente *productiva*. El humano descubre por medio de su acción que, en el fondo, las necesidades naturales no son necesarias, y que si lo son, lo son

únicamente de manera hipotética (si se quiere sobrevivir se tiene que comer, y para comer..., etc.), nunca categórica.

2) En segunda instancia, el acto es no-necesario porque carece de un código predefinido que establezca el sentido de la acción y se repita infinitamente, sin variación alguna. En la “labor” de las abejas no hay posibilidad (en términos generales) de que se introduzca una modificación en los roles de las reinas, las obreras y los zánganos. El ciclo se tiene que realizar necesariamente de esa manera para que la colmena sobreviva en su conjunto. En el humano, por su parte, no hay ningún código de sentido que guíe la praxis productiva. La libertad interviene creando el acto desde un vacío de significado. La racionalidad del acto es tan sólo una racionalidad hipotética establecida *a posteriori*, gracias a la cual la necesidad material adquiere el estatus de “principio rector” de la acción.

Pero, en realidad, la acción es turbia desde el comienzo. Lo es porque la necesidad material no puede fundamentarse nunca como necesaria, sino sólo como absolutamente arbitraria. La acción misma del hombre capta de inmediato (aunque no forzosamente de manera consciente) que todo el funcionamiento natural es arbitrario, algo que ni la materia inorgánica ni la orgánica pueden postular así. En ellas todo sigue rigiéndose bajo el auspicio de las leyes de la física, la química y la biología. En el humano, por supuesto, esas mismas leyes siguen funcionando, pero ya no son el motivo mecánico de la acción. La acción estaría siempre suspendida, impedida, a no ser por una *decisión* que pusiera en marcha la totalidad del sistema vital humano. ¿De dónde proviene esa decisión? ¿Qué es lo que motiva la acción? ¿Por qué es la producción y no más bien la inacción y la muerte? De nuevo, se vuelve a lo mismo. Se podrá hablar de pura especulación filosófica, por cuanto que lo que de hecho hay es un acto de sobrevivencia guiado por el principio de la exigencia material de reproducción vital; pero si esa “exigencia” fuera absoluta, el acto tendría que seguir la pauta de una secuencia necesaria e incuestionable que no “progresara” jamás. Y ello no es así, ni como posibilidad ni como hecho histórico (desde el nivel individual del suicidio, hasta la infinitud de pautas de comportamientos sociales para lograr la reproducción vital, lo que Bolívar Echeverría denomina *ethos*). En el seno del acto

productivo hay una contingencia radical, una arbitrariedad que si bien no es pensada conscientemente, es vivida y experimentada por todos los seres humanos en su conjunto. Al final, en la mayoría absoluta, se elige la acción para la reproducción, pero eso no impide que esa acción no sea la respuesta a un hecho originariamente arbitrario y, por ello, igualmente arbitraria. ¿Qué impulsa la decisión?

Así planteada, sin embargo, la pregunta no puede conducir más que a una especulación metafísica al estilo del “*conatus*” en Spinoza, la “voluntad de vida” en Schopenhauer, la “voluntad de poder” en Nietzsche o la “pulsión de vida” en Freud. Como fractura o hiato ontológico entre la existencia de la materia y la fundamentación de la acción, la libertad no es lo opuesto a la determinación causal, en el sentido tradicional en el que lo piensa la filosofía, sino, en principio, la pura posibilidad de las posibilidades a las que está abierta la materia. Puesto que la materia no tiene un fundamento racional último, su expresión *actual* es sólo el resultado casual de una determinación de lo dado (de lo que se da, sin ningún otro sustento más que el puro darse; *don* o *ser* en Heidegger)¹, por lo cual sus posibilidades están abiertas (sin ser infinitas) a la modificación, igualmente arbitraria, de su ser. (Cuando se anota que las posibilidades de la materia no son infinitas, se debe entender por ello que, tal como está configurada en el universo actual, la materia responde a ciertas leyes inmodificables. Ello no quiere decir que, pensada desde otro universo posible, la materia no podría adquirir infinitas configuraciones. Así, la materia es infinita “en potencia”, pero finita en su expresión “actual”).

La libertad aparece concretamente, entonces, vinculada al acto productivo, como la posibilidad de las posibilidades de la materia que, mientras no elija, no es nada. La libertad es esa nada (o *claro*, *Lichtung*, como diría Heidegger) de la que puede nacer todo. Mientras la libertad no elija, es nada. Sólo la elección (aunque sea inconsciente o de “mala fe”, como diría Sartre) inventa la libertad como libertad, y, al hacerlo, la erige como su propia necesidad. La libertad es la praxis

¹ Cfr. Carlos Herrera de la Fuente, *Ser y donación. Recuperación y crítica del pensamiento de Martin Heidegger*, Fides, 2015.

de eso que el humano es, esto es, fractura universal que obliga a elegir un tipo de mundo. Pero el mundo que “se elige” es el de la materia que reclama desde las necesidades. Y esas necesidades son también “nada” para el humano, mientras éste no las elija como fundamento sustancial de su praxis. Así, por más paradójico que resulte, las necesidades se vuelven necesarias sólo retroactivamente, por un acto que las elige como necesarias desde su libertad. La materia está allí, pero sólo se vuelve necesaria por una libertad que, desde su praxis concreta, la convierte en fundamento material de toda la praxis. Un círculo insostenible, pero real, auténtico: un *simulacro necesario*. Para ser, la libertad tiene que resolverse a actuar, pues de lo contrario es nada; sólo que al actuar elige una posibilidad entre tantas y construye su propia necesidad, pero como “necesidad de *segundo orden*”. En los hechos, no hay una “necesidad de *primer orden*”; éste es sólo un constructo derivado con el que se pretende nombrar la materia “antes del acto libre”. Pero ésa es una fantasía. La necesidad y la naturaleza son, para el ser humano, siempre constructos de segundo orden que, sólo retroactivamente, se constituyen en sustentos materiales (el “primer orden”) de sí mismas. Ésta es la retroactividad de la que habla Žižek en su *Hegel*. Por lo demás, el acto no sólo hace de la nada de la libertad algo, sino que hace que lo que sostiene ese algo, la propia vida material concreta, siga existiendo para poder ser, ya que de lo contrario, tanto la vida como la libertad desaparecerían. La libertad, entonces, para ser, tiene que devenir fundamento de su propia condición de posibilidad material.

Ahora bien, puesto que el acto productivo sólo puede aparecer sobre esta naturaleza de segundo orden, que *ordena* la naturaleza de primer orden (el sustrato material), el acto productivo adecuará inmediatamente su “plan de acción” a la *necesidad* establecida por la libertad humana. Ésta es la dimensión política de la que habla Bolívar Echeverría, y que acompaña desde un comienzo el acto “económico” humano. La necesidad es de triple especie:

- 1) Por un lado, la libertad estatuye la necesidad material desde su vertiente causal; es decir, retoma de la naturaleza sólo aquello que responda al vector lineal de la “satisfacción de sus necesidades”, en el que el reclamo de las necesidades corporales (el hambre) será satisfecho mediante la consunción de cierta materia

(los alimentos). Ésta es una consecuencia inmediata e inconsciente del actuar, pero fundamental para comprender la “invención” de la “Naturaleza”. La Naturaleza no existe, no es (como correctamente sostiene de nuevo Žižek), sino que es elaborada conceptualmente por un acto posterior que la adecúa al funcionamiento de su praxis libre, el cual funda su propia necesidad (*Notwendigkeit*) al someter sus necesidades (*Bedürfnisse*) al ejercicio de una voluntad que las ordena. Todas aquellas concepciones románticas, místicas o ecológicas, al estilo *New Age*, que parten de la presuposición de una naturaleza armónica, son tan sólo el resultado de una mistificación que crea un orden fantástico (como en el film *Avatar*), en el cual el humano está integrado plenamente y sin contradicciones a un cosmos equilibrado y benevolente. Son tan sólo la continuación apócrifa y semisecularizada de la perspectiva religiosa (por la cual los “pensadores” decoloniales, en su defensa de las “tradiciones originales”, sienten un afecto especial, aunque de hecho son el falseamiento práctico de las tradiciones). Pero no hay orden *en sí*. El orden es una creación *a posteriori* desde el que el ser humano organiza su praxis. El primer orden es el causal, pero nunca en el sentido de la reflexión científica. Se trata de una causalidad establecida en la inmediatez del acto. La Naturaleza nace del acto humano que la ordena causalmente al aceptar el reclamo de sus necesidades y ejercer una acción que modifica su entorno para adaptarlo a él. El fruto nace del árbol, él lo recoge, lo come y satisface su necesidad inmediata. Ese acto deberá repetirse para prolongar la existencia, y así se establece la conexión causal entre el hecho mismo (absolutamente arbitrario y desprovisto de significado) del “nacimiento” del fruto, su recolección, su consumo y la satisfacción del reclamo material del cuerpo. La Naturaleza nace esbozada desde esta perspectiva. El sol “sale” y brinda calor y luz que permite ver para poder obtener los alimentos y desplegar las actividades con seguridad. El sol, además, se mueve de este a oeste, lo cual permite identificar, por la simple constancia del suceso, las etapas del día, y saber cuándo se “aproxima” el oscurecer, etc. Todas estas recurrencias y ordenamientos de la Naturaleza (de “primer orden”) nacen por la necesidad creada por el acto y no viceversa. (Lo que es la Naturaleza en sí misma, el sentido de sus movimientos

independientemente de la acción humana, no tiene nunca respuesta. Y no la tiene porque es el sinsentido mismo). Por cierto, la Naturaleza tampoco es “sometida” por el ser humano, como lo comprenden Adorno y Horkheimer en su crítica a la *Ilustración*, simplemente porque en sí misma no existe. Al revés: la Naturaleza sólo puede existir (como concepto concreto que moldea una realidad material) gracias al ejercicio libre de las capacidades humanas. La materia es un hecho neutro, bruto, carente de significado; la Naturaleza es aquello que resulta de la transformación práctica de la materia al servicio de la libertad humana. Es algo ya significado por el acto humano. No hay antes ni después.

2) Pero, en segundo lugar, la necesidad no es sólo la necesidad causal de la naturaleza, sino que ésta, al establecer una regularidad coordinada entre su aparición y el acto productivo, se vuelve, paulatinamente, organización consciente de la praxis. El actuar empieza a ser ejercido desde una “acumulación” de saberes y técnicas de la acción. Comienza a ser definido desde el *sentido* de la acción, como si ésta poseyera un sentido en sí misma (plano semiótico). Y claro que lo tiene, pero únicamente en función del estrecho propósito de la reproducción de la vida que se vuelve el núcleo coordinante (el significante amo) de todo el proceso. El acto se *absolutiza*, se *ab-suelve*, en su sentido etimológico, esto es, adquiere una independencia plena y aparece como lo plenamente dotado de sentido, como lo propio de la vida. Así adquiere también su nivel simbólico, pero no como un segundo momento, como algo que se adhiere y sobredetermina el sentido causal de todo el proceso, sino como algo que acompaña inmediatamente al acto productivo en su despliegue más simple. El sentido no es nunca, en ningún momento, simplemente causal, “lógico” o instrumental, sino que elabora, ahora sí, una mitificación del acto. El acto productivo sólo tiene sentido si está acompañado de otro *sentido*; esto es, si al sentido “primero” (división artificial, pero necesaria para el análisis), el de la recurrencia causal y la repetición del acto, le acompaña un sentido que explique el acto en todos sus momentos (no como una linealidad infinita e interminable). El ser humano no sólo impone un sentido causal a la naturaleza para desplegar lógicamente su acto, sino que además le impone un sentido simbólico que cubre la necesidad de explicación de la totalidad del

fenómeno, de tal manera que el vacío amenazante, la falta, quede psicológicamente “anulado”.

Mircea Eliade: “Los primeros descubrimientos tecnológicos –la transformación de la piedra en instrumentos de ataque o defensa, el dominio del fuego– no sirvieron únicamente para asegurar la supervivencia y la evolución de la especie humana; también dieron origen a un universo de valores mítico-religiosos, incitaron y nutrieron la imaginación creadora”². No sólo se lanza la piedra para matar un animal (nivel causal) y asegurar una cierta *forma* de reproducción individual y social (nivel político), sino que al lanzarla, inmediatamente, se le adjudica un sentido “espiritual” o “sacro”, se le considera dotada de un alma que es la que guía su dirección y asegura el éxito del golpe. Las llamadas “cratofanías líticas” están presentes desde los paleantrópidos, y su “poder” imbuye de significado las acciones y las concepciones de los seres humanos.

Otro ejemplo: “El americanista J. Imbelloni, estudiando el área de difusión del vocablo oceanoamericano *toki* (área que se extiende desde el límite oriental de Melanesia hasta el interior de las dos Américas), ha recogido los siguientes significados: a) arma de piedra; hacha; por extensión, todo instrumento de piedra; b) signo de dignidad, símbolo de poder; c) persona que posee o ejerce el poder, hereditario o por investidura; d) objeto ritual”³. En el vocablo *toki* (nivel lingüístico) se resumen las tres dimensiones que acompañan todo acto productivo (económico, político y simbólico).

3) Así se da una inversión inmediata en la comprensión del proceso: el nivel simbólico, que “explica” en su totalidad el sentido del acto y crea una “necesidad suplementaria” (esto es, no sólo la de su repetición causal-lógica ni económico-política, sino la de la sacralización y ritualización respectiva de los objetos y pasos técnicos que constituyen el acto, y fundamentan su adoración y consagración), se eleva ahora a Naturaleza sacra o divina que instituye la Naturaleza material o causal. Eso es así, necesariamente, porque la Naturaleza simbólica es la única capaz de explicar el acto en su conjunto, en su totalidad (sin importar que esa

² Mircea Eliade, *Historia de las creencias y las ideas religiosas I*, Paidós, Barcelona, España, 2015, p. 27

³ Mircea Eliade, *Tratado de la historia de las religiones II*, Ediciones Cristiandad, Madrid, España, 1974, p. 254.

explicación sea falsa), al dotarlo de un sentido supra-material que completa el significado de su despliegue (económico-político). Toda la semiología del acto productivo reside en la comprensión de la coordinación problemática entre la *necesidad lógica* (principio causal) y la *necesidad psicológica* (principio simbólico). En los hechos, ambas son necesidades “psicológicas”, expresión de la acción libre que funda su necesidad como “algo”, esto es, como una posibilidad determinada que se debe continuar para sostener la libertad misma, y no como una infinitud de posibilidades que llevaría a la paralización de la acción. La “inversión” de la perspectiva no es, pues, como lo propondría Marx, el resultado de una “enajenación” del proceso social-natural de reproducción, ni tampoco de una limitación en el desarrollo de las fuerzas productivas humanas (escasez), sino algo que le pertenece intrínsecamente al acto productivo desde el momento en el que éste se fundamenta en una acción libre que elige satisfacer sus necesidades, creando, de manera inmediata, su propia necesidad. No hay naturaleza ni sociedad que se enajenen, sino que la naturaleza y la sociedad son ya productos ajenos a la materia sobre la que se trabaja; son las fantasmagorías necesarias que acompañan la relación entre la libertad práctica y la materia. Aun cuando se superara completamente el plano mítico-religioso, la materia seguiría imbuida de una fantasmagoría lógico-causal que operaría con una dimensión de “naturalidad” indemostrable (ideología)⁴. La *Naturaleza* es una ficción necesaria para la acción y el pensamiento humano.

De todo esto se deduce que la necesidad, creada desde la libertad, se impone con toda su potencia al acto productivo en el despliegue de sus capacidades. El ejercicio de la capacidad productiva sólo se puede dar en el contexto acumulado de la limitación material (el reclamo de las necesidades),

⁴ Esto es algo que, por cierto, nunca entendió Bakunin, para quien el plano ideológico sólo se podía entender desde la existencia institucional de la religión y el Estado, cuya eliminación supondría el fin inmediato de toda ideología. Aquí se nota la superioridad del planteamiento de Marx, desde el que se puede entender la ideología como resultado inmediato de una praxis cotidiana, sumida en la aparente “naturalidad” de la vida económica y social dominada por el principio de la propiedad privada. No obstante, como se acaba de señalar, la limitación de la filosofía marxista reside en la inconsecuencia de no extender este fenómeno ideológico (fetichismo) a cualquier experiencia histórica, en la que nunca podrá existir una “transparencia” plena del acontecer social-humano. En este sentido, y sólo en él, es correcto el señalamiento que Baudrillard hace en *La crítica de la economía política del signo*, en donde considera que en Marx hay una especie de “fetichismo del valor de uso”.

procesal (instrumental-económica), proyectiva (formal-política) y ritual (simbólico-mítica). Así nace el acto productivo humano. Ése es el punto de partida histórico en el que los individuos sociales concretos tienen que desplegar su praxis atendiendo un conjunto de herencias cognitivas y prácticas que moldean su acción. *No hay, pues, acción libre*. El acto productivo aparece históricamente como un acto sometido al imperio de la necesidad material, procesal y ritual. Todas ellas valen lo mismo y son “inviolables” (tabú). De ahí el peso insoportable de la *hexis*, del *habitus*, en las sociedades prehistóricas y antiguas (también contemporáneas).

Pero el acto es en su origen un acto libre (y debe ser siempre libre si quiere ser considerado como un acto humano), resultado de una elección sobre el vacío, desencadenada por la falta. Por más necesidades a las que se vea sujeto, su único sentido es el de ser ruptura práctica de la *necesidad (Notwendigkeit)*. La misma *necesidad* humana (material, procesal, proyectiva, ritual) es ya una ruptura de la *Necesidad* (natural, animal), conceptuada *a posteriori*. El humano crea, a través del acto productivo, sus propias necesidades, pero, al mismo tiempo, se ratifica como fundador perenne de la Naturaleza. El ejercicio repetido de sus capacidades o *fuerzas productivas* (independientemente de que no se haya creado aún un objeto técnico) es la imposición de un ritmo que poco o nada tiene que ver con la llamada “naturaleza de primer orden”. Mientras más se “somete” a las necesidades creadas, más se separa de esa naturaleza, más se humaniza y se desnaturaliza. Esto es así porque el acto productivo es, desde su fundamento “animal”, material, un acto libre. Para decirlo más claro: la “necesidad animal” como soporte material concreto de la vida y la libertad humana es ya, desde el comienzo, una elección humana (no la materia en sí, ya dada, sino la aceptación del reclamo material, su satisfacción y, desde ahí, la reproducción y continuación de la existencia material). Por ello no existe nunca el plano puramente mecánico e instrumental, sino que, incluso lo mecánico-instrumental, lo causal, es resultado de una libertad que determina y delimita su rango de acción, el contexto mismo y la regularidad de los procesos desde los que despliega su praxis concreta. Esto lo vieron bien los filósofos del idealismo alemán, empezando por Fichte. Para ellos,

el descubrimiento de las “leyes naturales” y su conceptualización teórica era el resultado de un ejercicio de la autodeterminación de la libertad (Fichte y Schelling hablan del *yo*). Cada paso de autoconocimiento era un paso de autodeterminación, un paso en el que el *yo* iba incorporando y consumiendo al *no-yo*, de tal forma que el *yo* mismo se *ponía* a sí mismo (*sich selbst setzte*). La llamada *objetividad* de las leyes naturales (el famoso y simplón “tercer mundo” de Popper) “existe” como algo carente de significado, como algo nulo o vacío. Ciertamente, en la Tierra y en el Universo “funciona” la ley de la gravedad, y si a uno se le cae la casa encima, por supuesto que lo mata o por lo menos lo hiere seriamente. Pero la forma en la que comprendemos el universo desde esa ley es tan sólo un *enfoque* posible entre una infinitud. “Iluminamos” un aspecto de la naturaleza, porque ése es el que interesa a nuestra praxis y a nuestras ansias de conocimiento, pero nada más. Lo que es la Naturaleza (así, con mayúsculas), es tan sólo una gran X, para pensar en términos lacanianos, una N barrada (\bar{N}). No se trata, como lo diría Kant, de una *cosa en sí*, de una limitación del conocimiento humano derivada de su experiencia particular, que no le permite “elevarse” hasta el fundamento último de la realidad, sino de una nulidad original de significado, de un vacío completo que no hay forma de conocer, porque no hay nada que conocer (*insustancialidad*). Lo causal, lo natural, lo mecánico, etc., son fantasmagorías con las que construimos nuestro concepto de Naturaleza. Pero ésta es tan sólo un concepto vacío, una *insustancia*; un *simulacro necesario* para la acción (de carácter inconsciente y espontáneo).

Resulta importante insistir en esto último, porque de lo contrario se podría pensar, siguiendo la versión marxista tradicional (incluida la del propio Marx), que existe un plano social-natural “transparente”, acompañado, como resultado de una limitación original de las fuerzas productivas, de un contexto de escasez, que produce un plano “turbio”, opaco, de explicación y síntesis metafísica de la realidad (religión, ideología). No. Todo el proceso, desde el comienzo, es turbio, opaco e ideológico. La aceptación misma de una regularidad causal es ya fantasmagórica, porque ella no preexiste al acto libre que elige su soporte material de acción y despliegue. Desde esta perspectiva es que debemos analizar de

nuevo todo el acto productivo en sus dos dimensiones generales: como acto productivo material (significativo) y como acto productivo simbólico (inmunológico).

2. La producción material. La formación de la esfera económica (Forma N-L-N)

2.1 El predominio de la necesidad (N-L)

Lo que hemos dicho hasta el momento deberá servir como base teórica para las siguientes reflexiones. Será imposible repetir una y otra vez los conceptos ganados, por lo que, cuando, por ejemplo, se hable de Naturaleza o de Necesidad se tendrá que entender la forma en la que, desde la praxis libre, aunque inconsciente, del ser humano, se crea retroactivamente el espacio de lo natural y lo necesario. Tanto la Naturaleza como la Necesidad en estado puro (primigenio) son, aunque parezca ridículo decirlo, supuestos generados retroactivamente por la praxis concreta e histórica del hombre (de ahí que Lacan, por ejemplo, hable de un “sujeto mítico de la necesidad”, el cual sería un sujeto prelingüístico que tendría acceso privilegiado al objeto de su deseo, que en ese supuesto sería igual a la necesidad). La Naturaleza y la Necesidad en estado puro son ficciones, mitos (pero mitos que se vuelven necesarios e indispensables en la historia de las sociedades).

Lo que se confirma en el despliegue práctico de la existencia humana, medido desde el ámbito productivo-reproductivo, es que lo necesario se impone como principio articulador de la totalidad de su ser social e histórico. La primera experiencia consciente del hombre no es nunca la de la libertad, sino la de la absoluta necesidad, independientemente de la posición que cada colectivo tome frente a ella. Aquí es necesario hacer tres señalamientos. En primer lugar, si bien es cierto que nunca hay una respuesta común ni unitaria a los distintos fenómenos o circunstancias naturales que a cada agrupación humana le toca enfrentar y experimentar, lo cierto es que todas tienen que hacerle frente a la exigencia de la necesidad, independientemente de si en una situación esa necesidad es más apremiante que en otra. Esto es, por supuesto, como diría Marx en la *Introducción de 1857*, una abstracción, “pero una abstracción con sentido”, porque permite

entender los elementos comunes que delimitan la praxis productiva humana.⁵ Cuando estos rasgos queden claros, será necesario pensar las condiciones específicas en las que se particulariza la experiencia, lo que será indispensable para comprender la diversidad de opciones históricas, económicas y políticas de los distintos colectivos sociales. En segundo lugar, es necesario subrayar que, pese a que se llegue a hablar del “ser humano” en general, la referencia es siempre a las agrupaciones sociales en las que los hombres se individualizan. La experiencia individual va siempre de la mano de la experiencia colectiva, más allá de que ésta sea problemática, contradictoria y conflictiva. Finalmente, aunque se haya escrito “absoluta necesidad” no se debe entender por ello un estadio primero de absoluta penuria en la que sería imposible cualquier mínimo despliegue de la libertad humana. No. Primero, porque la necesidad como estado primigenio es consecuencia de la afirmación de la vida, derivada de una elección humana. Esto es, la libertad está siempre como fundamento autofundante. En segundo lugar, porque la realidad histórica misma, tal como se deriva de las investigaciones antropológicas de Marshall Sahlins, por ejemplo, es que, incluso en un espacio de mínimo desarrollo de fuerzas productivas, los hombres no viven apremiados ni desesperados por la falta de una abundancia material (según se entiende desde nuestras sociedades contemporáneas). Cuando se habla de un predominio absoluto de la necesidad, esto debe entenderse como un requisito indispensable para *afirmar la vida humana* en su conjunto, un principio que obliga a una acción determinada antes de poder atender cualquier otro tipo de menester.

Al establecerse inconscientemente, de principio, la necesidad como punto de partida ineludible de la acción, el despliegue inmediatamente posterior de las capacidades para hacer frente al reclamo natural se ve sometido a un ritmo de acción predefinido por el modo de ser y desenvolverse de la naturaleza. La libertad humana, identificada aquí con el libre despliegue de sus capacidades

⁵ En realidad, Marx recupera esta idea de la “segunda sustancia” aristotélica, según la cual todo concepto esencialista del tipo “ser humano”, “animal” o “sociedad” es una derivación generalizadora de las características particulares de los individuos realmente existentes que conforman las agrupaciones referidas. En los hechos, sólo existen las configuraciones históricas determinadas, de las cuales se pueden extraer características constantes que permanecen en todos los procesos. Lo que Bolívar Echeverría denomina “punto de vista *transhistórico*”.

corporales (físicas) y mentales (espirituales), ya no es libre, sino que está subordinada a la comprensión instantánea de un movimiento independiente de su ser. El ser humano ya no puede actuar “como quiera” (nunca lo puede hacer), sino que tiene que atender los procesos de la naturaleza. El primer nivel de su experiencia no es el de la autonomía, sino el de la “heteronomía”.

El ser humano somete libremente su voluntad al principio de los ciclos naturales en pos de la satisfacción de sus necesidades. La naturaleza, en todas sus variantes fenoménicas, aparece, entonces, como el ser que establece las pautas de la acción y la organización humana. Éste es el fundamento simple que llevará posteriormente (o inmediatamente) a su divinización. Lo importante aquí, sin embargo, es que la Naturaleza “le dice” al humano qué puede hacer y qué no puede hacer; cómo lo puede hacer y cómo no lo puede hacer. Sus posibilidades prácticas están limitadas desde el exterior natural que se aparece como un ámbito restringido de posibilidades materiales. Pero ¿quién define el rango de lo restringido? Evidentemente, el propio ser humano con su praxis, que, no obstante, se desconoce a sí misma en el justo momento de su delimitación. Para poder desplegarse, la praxis “cede” a lo natural el estatus de lo determinante, cosificando así su relación con ese “poder externo”. Esa cosificación no desaparecerá nunca; sólo ampliará su escala mientras más “progrese” la praxis humana gracias al desarrollo de sus capacidades tecnológicas.

La restricción, entonces, es cuádruple:

1) En primer lugar, *espacial*. Sometido al imperio de lo natural y a la exigencia de sus necesidades, el ser humano sólo puede desplazarse para reproducir su vida en la medida en que se lo permiten sus capacidades corporales y la propia urgencia de sus necesidades físicas. En determinadas condiciones de desarrollo estos límites son inquebrantables. El espacio es una zona delimitada y fija que establece las rutas de tránsito y resguardo, de riesgo e inaccesibilidad. La experiencia de la necesidad implica la definición estricta de lo territorial para así asegurar la reproducción de la vida. Un paso en falso puede significar el fin absoluto. Por eso el espacio, con todas sus acepciones terrenales y supraterranales, es la primera marca del límite, aquélla que ubica al sujeto frente a

un objeto insuperable. Antes de intentar superarlo o “dominarlo”, el sujeto deberá reconocer sus límites. Lo irónico de ese “reconocimiento” es que es él el que establece los límites del territorio que está reconociendo. Los límites son el reconocimiento cosificado que toma la forma de lo fronterizo o de lo prohibido. El sujeto, en el puro reino de la necesidad (una ficción analítica), acepta los límites de la espacialidad y así se objetiviza. El verdadero sujeto es, a partir de ese momento, el objeto al que él le otorga el poder de restringir su praxis. Esta praxis, al desplegarse, tomará la forma de lo limitado, de lo que sólo se puede realizar en condiciones fijas y establecidas, de las cuales no puede salir.

2) Pero este aprisionamiento sólo se hace efectivo en el flujo de una realidad repetitiva que regula el proceso vital de la autorreproducción. No es una fijación inamovible, sino siempre una inercia práctica (Sartre), cuya estática se define solamente por la regulación cíclica, no por la parálisis. El espacio que lo natural asigna al humano tiene el mismo alcance que su praxis, aunque esto sigue sin ser notado por éste debido a que toda su actividad está volcada al reconocimiento de los límites naturales. Antes que espaciales, entonces, los límites son *temporales*, o más precisamente, *cíclicos*. El ser humano *sigue* a la naturaleza en sus ires y venires, en sus vaivenes aparentemente caprichosos, que pronto se revelan como sorprendentemente regulares. Las bayas, los frutos, los alimentos potenciales aparecen repetitivamente asignados a ciertos lugares y a ciertas temporadas, y esto define tanto los procedimientos como las rutas y los momentos. La territorialidad sigue el mismo ritmo que las temporadas, y las temporadas dictan los senderos adecuados por los que conviene cruzar. Los mismos animales se desplazan con regularidad por ciertas zonas y, de manera cada vez más evidente, siguen una rutina similar en todos los casos. El desplazamiento de los astros define el curso de los días y marca las horas de la recolección y la caza, de la actividad y el descanso, de la salida y el resguardo. El clima es también un magnífico indicador de las temporadas y los “planes de acción”. Todo está definido por los ciclos naturales y nada puede alterar esa regularidad ordinaria. Las alteraciones mismas, los cataclismos, las catástrofes ambientales, terminan siendo incorporadas al cálculo de lo posible, si bien se

desconoce su causa y no se le puede fijar dentro de un orden inamovible. Pero su posibilidad es ya parte de la definición de la naturaleza, en cuanto ésta domina los ritos prácticos de manera inesperada y es necesario resguardarse de ella, o por lo menos saber cómo intentarlo, cuando se expresa de manera violenta y repentina. Así, los ciclos de la naturaleza, lejos de romper el aprisionamiento en que se funda en la definición espontánea del espacio (natural y social), lo sistematiza dentro de una regularidad cíclica. “El hombre –dice Daniel J. Boorstin–, mientras midió su vida solamente a través de los ciclos naturales –el cambio de estaciones, la luna creciente o menguante–, fue prisionero de la naturaleza” (Daniel J. Boorstin, *Los descubridores*, Crítica, p. 25).

3) La restricción es también, en tercer lugar, *técnica*. El ser humano debe atenerse a lo que es capaz de realizar en determinado estadio de desarrollo técnico, más allá del cual todo resulta simple especulación imaginaria. No sólo la naturaleza como ente externo y regulado por un funcionamiento cíclico restringe su actuar, sino también su propia naturaleza corporal, que lo limita a determinadas posibilidades prácticas. Es evidente, en principio, que, ceñido a sus capacidades físicas, el ser humano no puede volar como las aves, ni vivir bajo el agua como los peces ni correr o desplazarse a la velocidad de un felino. Su naturaleza le impide actuar más allá de ciertas posibilidades, aun cuando su imaginación sea capaz de resquebrajar todos los límites y vencer todos los obstáculos. Su restringida visión lo obliga a depender de la luz del día para cazar o recolectar alimentos (a diferencia de lo que pueden hacer los búhos, por ejemplo, o, en general, las aves de rapiña, que tienen una visión estereoscópica). No cuenta con garras, ni picos, ni veneno ni ningún otro tipo de “arma” natural que le otorgue una ventaja frente a los animales peligrosos que lo rodean y que le podrían servir de alimento. A comparación de cualquier otro animal, salta a la vista su desprotección frente al medioambiente que lo envuelve y que lo acosa de múltiples maneras. Por si fuera poco, carece de un aparato instintivo que le indique, desde su mismo nacimiento, cómo actuar y cómo conducirse en ese mundo en principio hostil (no posee, por ejemplo, la sorprendente capacidad de orientación de las hormigas). Como hubieran dicho los fenomenólogos existencialistas, el ser humano está “arrojado”

al mundo, condenado a vivir en él sin ninguna opción que facilite su adaptación inmediata. El grado de su libertad es inversamente proporcional al peso de la *facticidad* que lo aprisiona. Y ésta es, de principio, abrumadora.

4) Finalmente, la posibilidad de afirmar la vida individual, restringida por los aspectos ya determinados, está condicionada también por la existencia de los *otros* y su capacidad para reproducir igualmente la vida. No se tiene que pensar, por supuesto, como ya se ha señalado, que se parte de un estadio de guerra de todos contra todos, como se supondría bajo un esquema hobbesiano, sino que, literalmente, el proceso inmediato de reproducción de la vida depende de lo que los otros me puedan ofrecer o me puedan negar. Todos los actos señalados (la recolección, la caza, el resguardo, etc.) sólo pueden ser realizados en colaboración con los otros, y no hay cabida histórica para ningún tipo de *robinsonadas*, como Marx las nombraba. Desde el nacimiento, el sujeto depende de los otros sujetos, de sus atenciones, de su voluntad de cuidarlo, alimentarlo y protegerlo hasta que adquiriera la capacidad de valerse por sí mismo y participar en el proceso de reproducción colectiva. Bien puede suceder (y, en los hechos, hay muchos testimonios antropológicos que nos muestran que eso se hizo regularmente) que en ocasiones de gran escasez y penuria se sacrifique a los más débiles e incapacitados, sean niños, jóvenes, adultos o viejos. La comunidad se concibe a sí misma como un órgano en el que cada uno de los individuos cumple una función específica y sirve o no sirve para la reproducción de la totalidad. El otro puede ser, inmediatamente, un aliado o un obstáculo para la reproducción de la vida de cada sujeto singular. Todo depende de la coyuntura y de la abundancia o escasez de objetos para la reproducción. Por supuesto, no se excluye nunca la posibilidad de la solidaridad, la compasión, la colaboración o el apoyo mutuo, incluso en las condiciones de máxima penuria.⁶ Sólo se establece el principio de

⁶ Éste punto, en apariencia secundario, es de suma importancia. Si se quiere pensar la compleja relación entre el acto productivo, material y simbólico, y la *producción* de la Historia humana, no se puede asumir ningún tipo de determinismo causal entre las condiciones de escasez de una época determinada y el acto social que se despliega para enfrentarlas. Tanto la lucha fratricida como la colaboración espontánea y solidaria son escenarios absolutamente factibles, y no hay posibilidad histórica de demostrar que uno predomina sobre el otro. Yendo más lejos (punto que tendrá que ser explicado y demostrado más adelante), habría que afirmar que la realidad y el concepto mismo de escasez dependen de la posición que el sujeto, en determinado estadio de desarrollo histórico, esto es, en determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas, asume frente a

que el conflicto, o más bien, su simple posibilidad, está siempre latente en cualquier circunstancia, y que el individuo tiene que contar con esa presencia molesta que lo acompaña en todas sus decisiones. Mi acto es un acto que está delimitado por los actos de los otros, y puede coordinarse o colisionar con ellos.

Así, para poder alimentarse, resguardarse y sobrevivir, el sujeto tiene que reconocer claramente todos esos límites naturales y ajustar su actuar a los lindes espacio-temporales y técnico-sociales que le impone la naturaleza y la colectividad humana; a reconocer sus fronteras y sus ciclos, según las capacidades con las que realmente cuenta.

2.2. *La libertad como fundamento de la necesidad (L-N)*

Ahora bien, el reconocimiento de los límites y los ciclos es inmediatamente la invención de los ciclos y límites que lo aprisionan. La naturaleza no le otorga al sujeto ese conocimiento genéticamente, sino que éste sólo puede alcanzarse si él mismo lo produce a través de su praxis consuetudinaria. La naturaleza es sólo la infirmitad de los fenómenos materiales y los procesos que los constituyen (lo *aórgico*, como lo denomina Hölderlin en su *Empédocles*), que únicamente se elevan a ciclos regulares gracias a la mirada atenta que los observa y los sigue. Lo regular de la naturaleza es, entonces, contemporáneo de su regularización, de la observación y la praxis del sujeto que, al atenerse a ellos, los produce como procesos organizados (pero que, en principio, no significan nada, o bien significan cosas distintas para seres y entes distintos).

Al identificar los lugares donde crecen los frutos y las temporadas en las que eso sucede; al distinguir las rutas que siguen los animales de los que puede alimentarse, o bien que le pueden hacer daño; al reconocer las zonas que le ofrecen un refugio y las que son sumamente peligrosas de cruzar o de habitar; al

los objetos que necesita y a los sujetos con los que colabora y trabaja en el esfuerzo reproductivo. Una misma situación histórica, o bien una situación histórica similar, puede devenir en dos o más posibilidades absolutamente disímiles y contrapuestas.

precisar el ritmo de los días y las noches, de las estaciones y las temporadas; al ajustar su rutina cotidiana a los irs y venires de todos esos procesos repetitivos, el sujeto organiza el mundo que lo rodea y lo dota de un sentido específico en el que todo gira alrededor de él. Deja de *estar sujeto* (atenido) a lo que le impone la naturaleza y le exige su necesidad inmediata, y *deviene sujeto* de su propia praxis. Ya no encuentra azarosamente los frutos que la naturaleza le ofrece y le oculta según su capricho, sino que sabe dónde y cuándo recogerlos; ya no mira pasar a los animales de manera aleatoria por ciertas zonas, sino que se vuelve capaz de establecer los trayectos que siguen, las costumbres alimenticias que tienen, los objetos tras los cuales marchan, y, por lo tanto, ahora los sigue, los persigue, los acecha: los caza; ya no se refugia en el primer lugar que le impone la noche o se arriesga por senderos que pueden ocasionarle la muerte, sino que establece su refugio o sus refugios, y erige un muro mental que le prohíbe aventurarse por zonas que considera peligrosas; ya no lo sorprende la llegada de la noche, ni los cambios repentinos en el día, sino que sabe, en términos generales, lo que acompaña a cada uno de ellos, e, incluso, encuentra benéfica, para sus propios fines, la lluvia o el sol o la nieve. La libertad se libera espontáneamente de la necesidad y asume el rol directriz de todo el proceso de reproducción vital. O, como diría Hegel, la libertad aparece, de pronto, como la verdad de la necesidad (N-L).

La primera fuerza productiva que desarrolla el ser humano es la capacidad espontánea de organizar el mundo (de *producirlo*, en términos reales).⁷ El mundo cobra un sentido orgánico, gracias a que él introduce un principio de ordenación a través de su praxis repetitiva, la cual sólo puede mantenerse como consecuencia

⁷ Uno de los errores más relevantes de la Escuela de Fráncfort, específicamente de Adorno y Horkheimer (error que después fue retomado, acrecentado y explotado por su continuador espurio, Jürgen Habermas), fue el de concebir, unilateralmente, la noción de fuerzas productivas desarrollada por Marx como un concepto puramente técnico, en el que sólo se juega una dimensión instrumental en la relación entre el hombre y la naturaleza. Lo cierto es que, para Marx, la fuerza productiva por excelencia no es nunca algo instrumental, sino social, a saber, la *cooperación humana*, cuyo despliegue hace patente la voluntad solidaria de construcción de un mundo humano en concordancia con las posibilidades históricas determinadas y el entorno físico que lo rodea. La fuerza productiva es, así, la misma libertad humana que se manifiesta como una capacidad histórica concreta de transformación de la realidad y creación de un mundo. En términos heideggerianos, podríamos decir que para Marx, al igual que para el autor de *Ser y tiempo*, la esencia de la técnica (de las fuerzas productivas) no es tampoco algo técnico.

de un *disciplinamiento* general de la experiencia. Disciplina y orden son coetáneos. Cuando se habla de un “sentido orgánico” no se hace referencia a ningún principio armónico que regule el metabolismo entre la naturaleza y el hombre. La naturaleza sigue siendo igual de hostil e incoherente que siempre, sólo que la praxis repetitiva y disciplinada del sujeto la hace aparecer bajo una luz organizada. Gracias a la praxis del sujeto, la naturaleza aparece como un ente dotado de sentido.

La organización del mundo, o bien la *producción organizada del mundo*, en la que aparece ya el esfuerzo colectivo humano representado por una capacidad técnica, heredada y transmitida intergeneracionalmente, genera espontáneamente, por la misma regularidad de la praxis, un *horizonte de sentido*, como lo denomina Heidegger, cuyas coordenadas no son exclusivamente topográficas, sino también cronológicas. El sentido de su existencia práctica se define por la regularidad organizativa. Su mundo queda determinado por las rutas que transita recurrentemente, por el establecimiento propicio de los centros de descanso y habitación (aun cuando estos varíen según las temporadas y los ciclos), por las zonas de trabajo y esparcimiento, por los espacios permitidos y prohibidos que su propia experiencia va fijando paulatinamente, por los lugares que le son conocidos y que él mismo modifica para darles un aspecto familiar. La *tierra* se vuelve su *hogar*, su *hábitat*, pero sólo porque el sujeto la ha construido como tal, la ha resguardado y puede alterar sus rasgos si así lo decide. Por ello es capaz de aprender a leer los “signos” de la tierra y, más tarde, de los astros, cuya “comunicación misteriosa” descubre como algo evidente. No sólo la tierra con sus huellas, sus olores, sus colores, sus sonidos, sus sabores, etc., ofrece una clave constante de desciframiento de los acontecimientos cotidianos, sino también la posición variante de los astros en el cielo, su oscilación y su brillo, su aparición y desaparición repetitiva, su tránsito de una zona a otra, sus vacilaciones cíclicas. Lo importante no es que ello se dé *objetivamente*, sino que el sujeto desarrolle la habilidad de imponerle a esa regularidad una “lectura”, o bien una interpretación que traduzca lo contingente en necesario, pero sólo por un acto de libertad que

define las pautas de su desciframiento y que ya no es ciego frente a la imposición insensible de la naturaleza.

El tiempo, en un principio determinado por las exigencias de la necesidad y por los ciclos caprichosos de la naturaleza, se encuentra sometido al azar arbitrario del devenir incesante. Pero al regularizarse la praxis de los sujetos dentro de un horizonte de sentido, el tiempo adquiere una regularidad secuencial que ya no depende de la urgencia inmediata del cuerpo ante la necesidad o el peligro. Ésta es una primera liberación, casi invisible, del sujeto frente a la naturaleza, aunque en primera instancia este fenómeno aparezca como un sometimiento más feroz a sus ciclos y procesos. Lo que sucede, en los hechos, es que el concepto de naturaleza se ha reconstruido de manera silenciosa, y a su primera presencia hostil, azarosa y francamente destructiva, le deviene de pronto un rostro ordenado, regular y cíclico, según el cual el humano comienza a organizar su praxis de manera paciente y “obediente”. No obstante, vistas las cosas más de cerca, esta apariencia es sólo apariencia y no hay nada más engañoso que ella. Gracias a su praxis disciplinante, al poder de la observación, de la contención y del ordenamiento, el sujeto establece lo que merece la pena seguir y lo que simplemente hay que obviar; lo que definitivamente marca los periodos y las rutas del devenir natural, y lo que debe ser ignorado en pos de una facilitación de la labor consuetudinaria y de una liberación mental que permita centrarse en lo realmente importante (para el sujeto). El concepto mismo del tiempo sufre una transformación radical. Ya no hay sólo tiempo, sino *tiempos*, ciclos y temporadas a partir de los cuales se organiza la totalidad de la praxis subjetiva. Hay temporadas de lluvia y temporadas de sequía; temporadas de frío y temporadas de calor; temporadas de abundancia y temporadas de escasez. Y esa regularidad se conecta con los *signos* del espacio que anuncian la llegada de un tiempo determinado: las hojas verdes o marchitas de los árboles, la posición septentrional o meridional de los astros, la migración de las aves o la aparición de ciertas especies vegetales, etc. Cada uno de los elementos que conforman el espacio adquiere una significación específica en el horizonte de sentido desde el que se ejerce la praxis del sujeto en pos de su supervivencia. En realidad, no es

que antes no existiera esa significación, porque al fin y al cabo la experiencia del sujeto, que parte de una libertad no reconocida o negada espontáneamente en el primer acto de vida, ya había dotado a la naturaleza de una caracterización inmediata, como entorno hostil y agreste. Lo que sucede ahora es que el acto de significar no parte ya de ese efecto inmediato de impotencia absoluta frente a un ente incomprensible que imposibilitaba la construcción conceptual de un entramado significativo (de una *cadena de significantes*, como la denomina Lacan), más allá de esa caracterización general, derivada de la experiencia traumática de la impotencia misma, de lo otro como lo amenazante, sino del desarrollo de las capacidades que lo iluminan como una entidad comprensible y, por lo tanto, vinculable con otros hechos y sucesos, de tal forma que adquiere los rasgos de una totalidad autónoma descifrable a la que, por lo mismo, se le puede “seguir los pasos”, aun cuando la experiencia traumática se repita con frecuencia en esos “estallidos de furia” de la naturaleza (terremotos, maremotos, erupciones, trombas, sequías, etc.), que reafirman el sustrato “irracional” no domesticable que le subyace.

Finalmente, la construcción cíclica de la temporalidad la vuelve un elemento cuantificable, gracias a lo cual el sujeto puede dividir el tiempo que dedica a la praxis reproductiva y al despliegue libre de sus capacidades físicas y anímicas. El disciplinamiento coordinado del conjunto espaciotemporal (*cronotopos*), reduce la complejidad total del fenómeno a tal punto que lo presenta como una magnitud medible y divisible, surgiendo inmediatamente, gracias a ello, la posibilidad de un *ahorro* de tiempo, derivado de su fraccionamiento en aquello que Marx clasificó como tiempo de trabajo necesario y tiempo libre. Con ello, la libertad del sujeto adquiere una manifestación temporal determinada. Si bien el sujeto es siempre libre, el imperio autoimpuesto de la necesidad impulsa hacia la creación de un *espacio de tiempo* que no esté sometido a la praxis repetitiva del ciclo reproductivo y se ofrezca como la dimensión genuinamente libre del ser humano. Se trata de nuevo, como en el caso de la fundación del concepto espontáneo de “necesidad”, de una ficción social que, sin embargo, tiene alcances trascendentales en la historia del sujeto (la ficción de que la verdadera libertad está “más allá” del

momento de la necesidad). La comprensión plena de este proceso sólo podrá ser comprendida más adelante, cuando el sujeto se nos presente fuera de la pura esfera económica.

Ahora bien, por otro lado, el resultado más importante de todo este despliegue organizador de la praxis subjetiva es la producción misma del sujeto, de su mente y de su cuerpo sometidos de pronto al afán repetitivo de la generación de un orden regulado. La naturaleza sufre aquí una escisión que la torna más comprensible, en primera instancia, porque la resignifica topográficamente. El actuar del sujeto está ya lejos de verse sometido, como en un comienzo, a la pura tiranía de la necesidad física, la cual era igual de inconstante y desordenada que la realidad natural con la que pretendía satisfacer el llamado urgente del cuerpo. Si, como consecuencia espontánea de la organización de la praxis, la *naturaleza externa* adquiere una faz ordenada y cíclica, la *naturaleza interna* o propia de la corporalidad del sujeto (no sólo sus rasgos físicos, sino sus expresiones sensitivas, biológicas y psicológicas: hambre, sed, dolor, etc., pero también miedo, angustia, felicidad, etc.) debe ser sometida, de la misma manera, a una sujeción consciente, a una “educación”, que enseñe al individuo a contener las ansias de satisfacción inmediata, a postergar el proceso de consumo y “reprimir” la premura de las necesidades, a adecuar, en fin, los ciclos reproductivos de su cuerpo a los ciclos predefinidos de la naturaleza exterior, cuyas pautas, en última instancia, determina él mismo.⁸

⁸ A diferencia del freudomarxismo de origen reicheano, según el cual la represión sexual y corporal (en un sentido amplio) es un resultado sociohistórico de las sociedades de escasez, que posibilitan la existencia de la propiedad privada, Herbert Marcuse, siguiendo en este punto a Freud, reconoce en *Eros y civilización* que un cierto grado de “represión básica” subyace a “todas las formas históricas del principio de realidad en la civilización”. De hecho, Marcuse señala que es precisamente esa restricción inmediata de los placeres y las necesidades la que humaniza el sentido del placer y del disfrute, diferenciándolo de la satisfacción natural o animal espontánea, compulsiva o instintiva. “El poder para restringir y guiar los impulsos instintivos, para convertir las necesidades biológicas en necesidades y deseos individuales, aumenta antes que disminuye la gratificación: la «mediatización» de la naturaleza, el rompimiento de su compulsión, es la forma humana del principio del placer. Esas restricciones de los instintos pueden haber sido reforzadas primero por la escasez y por la prolongada dependencia del animal humano, pero han llegado a ser el privilegio y la distinción del hombre, y lo han hecho capaz de transformar la ciega urgencia de la satisfacción de la necesidad en gratificación buscada”, Herbert Marcuse, *Eros y civilización*, traducción de Juan García Ponce, Sarpe, Madrid, España, 1983, p. 50. De todas formas, Marcuse distingue entre lo que él llama “represión básica” y “represión excedente”, propia de las sociedades de escasez y de las organizaciones políticas de dominación.

De esta forma, el sujeto produce, gracias al disciplinamiento general de la experiencia, su propio cuerpo y su propia mente, su propia forma de entender la relación compleja y cambiante entre la corporalidad necesitada, la praxis mediadora y la naturaleza cíclica. Por ello, en términos humanos, el cuerpo no puede pensarse nunca como la simple expresión de una naturalidad biológica o genética, sino como el constructo o resultado de una praxis que modifica el entorno, produce su sentido y adecúa la experiencia física a la fenomenalidad periódica de la naturaleza externa. Para decirlo más claramente: el cuerpo humano, el cuerpo del sujeto, es el resultado de una violencia a la que se somete a la propia constitución biológica, al soporte material que da forma a la individualidad de la experiencia. En realidad, antes de esa violencia disciplinante no hay cuerpo en cuanto tal, no hay organicidad que unifique la vivencia inmediata del sujeto, sino expresiones destotalizadas que no significan nada en sí mismas. La idea “utópico-posmoderna” de un *cuerpo sin órganos*, esto es, de un cuerpo desligado de la norma, de la disciplina definitoria de la personalidad, tal como la pensaron Deleuze y Guattari recuperando una noción de Artaud, es, literalmente, una noción sin pies ni cabeza, porque la separación de la norma sólo puede significar en términos concretos la introducción de una nueva norma definitoria, de un nuevo principio regulatorio que se rebela frente al principio hegemónico o dominante. El cuerpo es la síntesis de una violencia original de la praxis subjetiva que niega la expresión espontánea de la naturaleza y su devenir aórgico. No hay cuerpo sin norma.

Ahora bien, al organizar mental y corporalmente los fenómenos naturales externos e internos, el sujeto facilita su praxis y la vuelve, hasta cierto punto, predecible. Ello tiene una consecuencia fundamental en su relación inmediata con los otros sujetos sociales: se puede saber de antemano qué es lo que el *otro* va a hacer, sin que, por supuesto, haya nunca una seguridad absoluta con relación a esa posibilidad. La predictibilidad del acto del otro, que en última instancia persigue el mismo fin, lo transforma de un ente hostil en un aliado en potencia, con el cual se puede colaborar para obtener con mayor facilidad el bien anhelado. La efectucción de esa alianza y su repetición cotidiana hacen muy pronto visible que

la viabilidad de la supervivencia sólo es factible en la colaboración con los otros, lo que constituye al sustrato comunitario, siempre presente, en una especie de *sujeto ampliado*. De nuevo, no es que la colaboración intersubjetiva no fuera, desde el comienzo, un presupuesto de la existencia humana, sino que, de ser una experiencia espontánea de la organización grupal como mera respuesta ante el peligro constante del entorno, aparece de pronto como la única opción racional ante la multiplicidad de tareas a ejercer en el proceso de reproducción de la vida. Esa multiplicidad de tareas se puede realizar, más o menos organizadamente, gracias a que el entorno natural ha sido clasificado y construido como una totalidad significativa que se entrelaza en sus distintos momentos y partes. Lo que uno hace acompaña, aunque sea de lejos, la praxis concreta del otro, de tal manera que, en los hechos, se puede distribuir las labores para alcanzar el mismo objetivo. La caza de un animal salvaje puede implicar tareas de llamado, distracción, camuflaje, acorralamiento y captura, que sólo pueden ser realizadas efectivamente en una acción coordinada entre varios sujetos. Esta acción coordinada envuelve aspectos de planeación y dirección que potencian el grado de libertad y autonomía del sujeto frente a la naturaleza, y ratifican su sensación de independencia y potencia. Ello desencadena todo un proceso de distribución de las funciones sociales de acuerdo a la participación de cada uno dentro del proceso de reproducción vital. La actividad del ser humano, lejos de ser una respuesta espontánea al llamado de la necesidad, se presenta como una acción coordinada que pasa inevitablemente por el fenómeno de la clasificación creciente, según el grado de especialización de la labor efectuada. Más allá de todas las divisiones posibles, la clasificación más evidente es la que establece las diferencias entre el *trabajo de planeación (y dirección)* y el *trabajo físico o de ejecución*, lo cual no significa, *a priori*, que los individuos se tengan que escindir jerárquicamente a la hora de ejecutar dichas labores, ya que ambas funciones bien pueden ser ejecutadas por un mismo individuo. Lo importante, entonces, no es necesariamente la división de funciones entre individuos, sino, como lo diría Hegel, la división en el plano del concepto, esto es, la comprensión de que toda labor implica una diferenciación progresiva entre los aspectos de planeación y los

de ejecución. Al coordinar esta praxis según funciones diferenciadas, el sujeto hace aparecer la realidad humana como un *mundo*, cuyo sentido se impone a la realidad natural desde las necesidades e intereses introducidos por el mismo ser humano. El hombre ya no vale sólo en cuanto individuo concreto que reproduce la vida al satisfacer sus necesidades por medio de la praxis laboral, sino como ser que adquiere una identidad determinada según las funciones específicas que cumple dentro del complejo social. La alteridad es, así, *domesticada* al ponerse al servicio de todo un mecanismo que sólo se puede accionar a través de una determinación progresiva de las actividades de cada uno de sus miembros.

Ahora bien, si se analizan las cosas más de cerca, se podrá ver que detrás de todos estos cambios, en realidad, no ha cambiado nada; o bien, sólo ha cambiado la perspectiva. El sujeto (noción que encierra ya la idea de una praxis intersubjetiva) no ha modificado *realmente* su entorno más de lo que podría haberlo hecho anteriormente. Tan sólo lo ha mirado de otra manera. Pero la potencia de esa mirada es tal que el espacio sobre el que actúa ya es otro, al igual que el sentido general de su praxis, aun cuando sólo haya sufrido una alteración *formal*. Ésta es la fuerza infinita de la *forma*, que por sí misma es capaz de hacer aparecer lo nuevo únicamente modificando la perspectiva desde la que se conceptualiza lo mismo. Lo nuevo, sin embargo, a pesar de su aparición reorganizadora del espacio, que resignifica la praxis del sujeto, sigue atado a las posibilidades que le vienen dadas desde afuera, del mismo ente al que ahora se le mira de otra forma. Por ello mismo, la libertad del sujeto, si bien es genuina, es solamente formal, ya que se dedica a reformular la aparición de lo otro para actuar en consecuencia. Es lo otro, en esencia, lo que sigue exigiendo un tipo determinado de actuar, así como determinados ritmos de la praxis. Sólo cuando se altera la sucesión natural de las cosas, cuando se quiebra el flujo de lo dado, haciéndose aparecer lo que no podría aparecer de otra manera, la praxis subjetiva logra un grado de autonomía concreta, y la libertad se muestra como una libertad *real*.

En el clásico ejemplo del fuego, de su producción y mantenimiento, queda claro como el sujeto genera una realidad no derivable inmediatamente de los

fenómenos naturales, aun cuando se presente frecuentemente en distintos momentos. Producir el fuego significa ser capaz de crear una posibilidad no-natural de existencia, aun cuando los elementos con los que se produce provengan, evidentemente, de la misma naturaleza. Lo que sucede es que se inventa una forma específica de “controlar” un aspecto de la naturaleza que, si bien puede ser predicho (el caso de una tormenta eléctrica, por ejemplo, o de una sequía prolongada), sin ese invento, no podría ser puesto cotidianamente al servicio del sujeto social. Al producirse el fuego, la naturaleza es “obligada” a funcionar de una manera determinada, una manera subordinada, que por sí misma jamás se habría generado espontáneamente. El fuego es producido en una proporción delimitada, confinado a un espacio específico y mantenido el tiempo que se considera necesario para darle distintos usos (cocina, iluminación, calefacción, etc.). El sujeto se separa realmente de aquello para lo que estaba “programado” en su constitución natural y comienza a crear, por primera vez, un mundo auténticamente humano, en el que puede imponerle ciertas definiciones a la naturaleza. Un solo invento logra tener un efecto multiplicador en la totalidad de relaciones socio-naturales de la realidad humana. El primer efecto es, evidentemente, el de la autonomización misma.

La transformación real de la naturaleza, su producción artificial a partir de los elementos que ella le proporciona al ser humano, evidencia la escisión que ya estaba presente desde el comienzo de esa relación difícil y azarosa. En los hechos, como vimos, la naturaleza como *concepto* guía de la acción (no en su materia) era ya, en principio, una invención humana, un supuesto obligado para adecuar la praxis al llamado urgente de su materialidad corporal. Pero ese supuesto espontáneo, nunca racionalizado, por su misma espontaneidad avasallante, terminó imponiendo espontáneamente un sometimiento incuestionable a los procesos y ritmos naturales. Sólo la regularidad de la praxis necesitada y su despliegue incesante pudieron convertir la esclavitud del sujeto en un esbozo de actuación autónoma, que sólo permanecía como esbozo en cuanto dejaba intacto el funcionamiento de la naturaleza y sólo se atenía a la regularización de sus ciclos y espacios, adecuando su psique y su corporalidad a

la forma organizada del mundo natural. La alteración de los elementos, su combinación y mezcla productiva, generadora de algo nuevo, de una realidad no prevista en la formalización del espacio, redefine al sujeto y a la naturaleza de manera definitiva porque distingue plenamente dos reinos separados que, a partir de ese momento, sólo se podrán escindir cada vez más. Dejada a sí misma, la naturaleza aparece ahora como la continuidad inalterada de ciclos y procesos inmodificables, en cuya definición el ser humano no tiene nada que ver. Es lo *inerte* por excelencia. La intervención productiva del sujeto no modifica este hecho (de por sí inmodificable), sino que lo *niega* de tajo, lo rechaza, *sobreponiendo* encima de su realidad una realidad de segundo orden, que se propone como la verdadera “segunda naturaleza” apenas bosquejada en el *hábito* organizador del mundo.⁹

La autonomía del sujeto se vuelve real cuando a la forma natural, ya establecida por la mirada práctica y repetitiva del sujeto, se le impone una forma no-natural que la niega; un principio antinatural que construye el mundo humano como un mundo independiente, guiado por sus propias reglas y, en su sentido etimológico, potencialmente *absoluto*, esto es, separado, desvinculado, suelto de la tiranía inerte de la naturaleza.¹⁰ Ya no se trata de una *domesticación* de la forma natural, sino que, una vez domesticada, una vez construida en cuanto *forma*, se le niega como principio estructurador de la praxis. El sujeto se narra a sí mismo, de esta manera, una historia paradójica: él, que fue el creador de la naturaleza y la necesidad en su aceptación espontánea, pero libre, del reclamo corporal, construyendo así la tiranía del objeto sobre el sujeto, responde a su propio acto negando al objeto tal cual se le aparece en su praxis organizada (constitutiva de la

⁹ En su magnífico libro sobre Hegel, Catherine Malabou dice lo siguiente: “Lo propio del hábito consiste en sustituir, por redoblamiento, una inmediatez ‘puesta’ por el alma a la inmediatez natural. Esta inmediatez redoblada merece el nombre de ‘segunda naturaleza’”. Catherine Malabou, *El porvenir de Hegel. Plasticidad, temporalidad, dialéctica*, traducción de Cristóbal Durán, Ediciones Palinodia y Ediciones La Cebra, Avellaneda, Argentina, 2013, p. 77.

¹⁰ Y éste es el sentido original del famoso *absoluto* hegeliano, no el de la totalidad inclusiva que no deja nada fuera de su alcance. El mundo del espíritu sólo deviene absoluto cuando reconoce a plenitud la fuerza independiente de su autodeterminación generativa, más allá de los límites impuestos por la naturaleza y la circunstancia, lo cual no implica ninguna negación del mundo material, sino su redefinición desde el plano de la potencia infinita de la autonomía subjetiva de alcances universales.

definición de la naturaleza) y estableciendo, por fin, un “mundo humano”, independiente y “antinatural”.

El sujeto se autonomiza, pues, negando la forma que él mismo le impuso a la naturaleza a través de su praxis disciplinante y organizadora, e imponiéndole una nueva forma, *humana*, desde la modificación material, real, de sus componentes constitutivos. La producción y domesticación del fuego, por ejemplo, tiene, inmediatamente, dos efectos contrapuestos: uno productivo y otro destructivo.

En primer lugar, el fuego domesticado redefine el lugar de convivencia y crea la posibilidad misma del *hogar*. Gracias a la fogata, alrededor de la cual se articula la construcción primigenia de poblados y comunidades, el sujeto social puede distinguir entre el hábitat salvaje y el mundo propiamente humano. El lugar humano es aquél que, potencialmente, está siempre iluminado, protegido por un fuego que, además, crea las condiciones de un clima regular y propicio para la continuidad de la vida, que establece las bases de una existencia “cómoda” y amable, propulsora de la convivencia. Al distinguir entre el afuera y el adentro, el fuego estrecha los lazos intersubjetivos, creando una especie de *termoesfera*, como la denomina Peter Sloterdijk. Se trata de un cálido lugar de convivencia y compenetración, en el que los humanos pueden descubrirse mutuamente, dentro de un clima regulado, sin la premura del ambiente impuesto por la naturaleza.

El fuego mima a los seres humanos y los hace dependientes del relax y la holganza: con ello la civilización puede comenzar como historia de mimos – y como lucha por el acceso a los escasos medios de mimos–. Todos los demás pasos adelante, domésticos o ciudadanos, en el mimo y el relax se siguen del fuego hogareño como primera gran comodidad. El calor del fuego domesticado reúne a los seres humanos en un lugar de encuentro como si fuera en torno a un foco ígneo. [...] Así pues, un socialismo térmico en el comienzo, una reunión originaria en torno a un fuego cuidado, un círculo de seres humanos en torno a lo que más tarde (cuando lleguen las ollas y pucheros) se llamará hogar o fogón; y con todo eso: la experiencia

paradigmática de que el calor de la irradiación se difunde regularmente por todos lados en torno al fuego central, de modo que los reunidos, mientras formen sólo un *único* círculo en torno al fuego, no van a tener necesidad de enfrentarse unos a otros a causa de la hermosa *commoditas*.¹¹

La satisfacción inmediata de las necesidades de calor, alimentación, iluminación, protección, etc., llevan ahora a la aparición de una necesidad de segundo grado, una necesidad que no puede ser reconocida inmediatamente en el acto de la satisfacción primigenia. La repetición del hábito productivo hace aparecer lo plenamente humano de la producción del fuego, porque al producirse libremente éste último se produce, de manera simultánea, la humanidad misma como afirmación autónoma de su realización sin obstáculos, esto es, como puro goce ilimitado de sí misma en la *comodidad*. El trabajo productivo no sólo tiene como finalidad la satisfacción del requerimiento material urgente, sino que la satisfacción de éste se vuelve, en realidad, la mediación indispensable para satisfacer la verdadera necesidad humana: la del confort hogareño compartido con los otros. El fuego crea el *hogar* como el espacio de afirmación holgada que se comparte con los otros; como la zona de protección que brinda iluminación y calor, principalmente cuando el clima y el tiempo niegan esas posibilidades. Se trata, entonces, de una realidad *artificial* con la que comienza el establecimiento paulatino de las necesidades humanas, independientemente del curso de los acontecimientos naturales.

La necesidad de fuego se transforma de repente en la necesidad del hogar, y ésta, en la necesidad de la *iluminación* y de la *atmósfera calurosa*. No sólo de la luz y del calor, se entiende, esto es, no sólo del efecto material que produce el fuego en términos de la visibilidad y de la regulación térmica del cuerpo, respectivamente, sino del espacio mismo del confort que sigue un ritmo distinto al de la naturaleza y sus reglas heterónomas. El sujeto necesitado es, así, en la determinación compleja del acto productivo-creativo, un sujeto necesitado de

¹¹ Peter Sloterdijk, *Esferas II. Globos. Macrosferología*, traducción de Isidoro Reguera, Siruela, Madrid, España, 2004, p. 204.

espacio humano, independientemente de si su corporalidad material es capaz o no de adecuarse al ambiente hostil de la naturaleza. Muy bien podría ser que, en determinadas circunstancias, el sujeto no necesite del fuego para darse calor, porque el ambiente es caluroso, o que su vida no esté en riesgo si no ilumina la zona en la que se encuentra. Pero la producción del calor y la luz no dependerán de esos factores, sino del *deseo* de animar su cuerpo o ver en la oscuridad.

La necesidad motiva el acto de la producción y, más tarde, la domesticación del fuego, pero una vez consolidado ese conocimiento práctico, una vez que puede ser repetido a placer, es la libertad misma de la afirmación humana la que funda la necesidad y la establece como la meta a seguir de manera habitual. Surgen, entonces, necesidades nuevas, no contempladas anteriormente, que implican su consecución repetida por medio del desarrollo de nuevas capacidades, cada vez más refinadas. Las reuniones humanas se harán en torno al fuego, por lo que se hará necesario hallar un lugar específico en el que éste quede confinado y se tendrá que desarrollar la técnica adecuada para que, a causa del viento o cualquier otro factor físico, no se vaya a expandir, quemando a los presentes o generando un incendio mayúsculo. Habrá que saber cómo producirlo y cómo resguardarlo y cómo confinarlo y cómo apagarlo, etc. Y habrá que desarrollar las herramientas indispensables para que esto pueda hacerse cada que sea necesario. La libertad que crea la necesidad redefine el rango de capacidades y de necesidades de manera ampliada, multiplicada, y crea, de esta forma, el espacio propiamente humano.

Este espacio tiene sus propios ritmos: ya no será la luz del sol o de la luna la que regirá el flujo y el movimiento de los seres humanos, porque la “luz artificial” los dota de un instrumento que reta las posibilidades naturales del medio físico y vence los obstáculos materiales, prolongando, a la vez, el rango de alcance de la praxis social de los sujetos. La libertad práctica de éstos comienza a definir los tiempos y los espacios, violentando, de esta manera, los límites naturales que anteriormente había regularizado con la potencia formal de la “mirada habitual”. Así como un acto “violento”, disciplinario, fundó productivamente la posibilidad de la regularidad de los ciclos naturales desde la perspectiva necesitada del sujeto,

así la libertad de la definición de su espacio se expresa violentamente, en forma destructiva, contra el medio ambiente que limita la posibilidad del despliegue ilimitado de la praxis humana, cuya finalidad última es la creación del espacio social como espacio de confort. *No hay ni puede postularse nunca una armonía preestablecida entre el hombre y la naturaleza.* Lo que hay es siempre un desfase, una interferencia original, que impide la comunicación equilibrada entre ambos y que prepara, mientras más grande se hace, un choque cada vez mayor que tiene que ser enfrentado y resuelto posteriormente.

La materia natural tiene sus ciclos y sus tiempos, sus límites y sus alcances, pero al sujeto, de entrada, lo que le interesa es la afirmación de su vida, independientemente de si esa afirmación conlleva la violación de los ciclos naturales. Si es necesario, e históricamente así sucedió, el humano destruirá todo impedimento natural y animal para dotarse de su espacio social.

Uno de los casos más drásticos que han registrado los estudiosos de la flora y la fauna antigua es la llegada del ser humano al continente australiano, hace aproximadamente 45 000 años. El arribo de estos viajeros, provenientes de Afroasia, significó una alteración brutal de la biología de dicho continente. En cuestión de unos cuantos miles de años se extinguieron 23 de las 24 especies de animales que pesaban 50 o más kilogramos. Asimismo, como consecuencia de la llamada “agricultura del fuego”, esto es, de la apertura de espacios para el cultivo por medio de incendios forestales provocados, desaparecieron definitivamente multitud de especies vegetales y animales de todo tipo.

Enfrentados a un ambiente extraño y amenazador, (los seres humanos) incendiaban deliberadamente vastas áreas de malezas infranqueables y bosques densos para crear praderas abiertas, que entonces atraían a animales que se podían cazar con más facilidad, y que eran más adecuadas a sus necesidades. De esta manera cambiaron completamente la ecología de grandes partes de Australia en unos pocos milenios.

Un conjunto de pruebas que respaldan esta hipótesis es el registro fósil vegetal. Los árboles del género *Eucalyptus* eran raros en Australia hace 45

000 años. Sin embargo, con la llega de *Homo sapiens* se inauguró una edad dorada para estas especies. Puesto que los eucaliptos son particularmente resistentes al fuego, se extendieron por todas partes mientras otros árboles y matorrales desaparecían.

Estos cambios en la vegetación influyeron en los animales que comían las plantas y en los carnívoros que comían a los herbívoros. Los koalas, que subsisten únicamente a base de hojas de eucaliptos, se abrieron camino masticando felizmente a nuevos territorios, mientras que la mayoría de los demás animales sufrieron mucho. Numerosas cadenas alimentarias se desplomaron, conduciendo a la extinción de los eslabones más débiles.¹²

A la modificación violenta del espacio y su readecuación a la norma autónoma del acto subjetivo le acompaña siempre la modificación de la noción y la *vivencia* del tiempo, cuya fenomenalidad ampliada y alterada aparece como el objetivo central y último de toda la praxis humana en su conjunto. La realidad cronotópica se altera al compás de la praxis, y no hay posible modificación de la materialidad circundante que no transforme profundamente la *experiencia* del tiempo como un fenómeno relativo a la construcción violenta del “mundo natural” propiamente humano. Sólo en la transformación de la experiencia natural mediada por la metamorfosis práctica del espacio es que la libertad puede aparecer como el fundamento de la “realidad empírica”, cuya espontaneidad no es más que un resultado histórico. Y ello es así porque el espacio adecuado a la praxis del sujeto se convierte, desde ya, en un reservorio sistémico de actividades, antes que serlo necesariamente de los objetos producidos. El espacio, desde su propia constitución “arquitectónica”, le presenta al sujeto las rutas de su praxis, los corredores de su actividad repetida que inmediatamente se traducen en un ahorro de tiempo en múltiples dimensiones: planeación, circulación, distribución, consumo, reunión, esparcimiento, etc. El espacio históricamente constituido es ya “tiempo ahorrado”, o bien, como lo diría Octavio Paz en su “Crítica de la pirámide”,

¹² Yuval Noah Harari, *De animales a dioses. Breve historia de la humanidad*, Debate, México, 2014, pp. 85-86.

“tiempo petrificado”, y como contraparte, “tiempo liberado”, “tiempo libre”, que, finalmente, se hereda a las siguientes generaciones. Éste es el paso que se ejemplifica en el tránsito de la experiencia nómada a la sedentaria, o bien, en términos antropológicos, del mundo paleolítico al mundo neolítico.

No obstante, desde el mirador de cierta antropología, la significación de este tránsito es justamente la contraria: el paso del mundo nómada al sedentario representa el abandono de un tipo de economía basada en la movilidad, la flexibilidad y la abundancia de tiempo de ocio a otra en la que predomina la inmovilidad, el rigor y la esclavitud al trabajo impuesto por las grandes innovaciones neolíticas: la agricultura y la ganadería. Y, sin duda, hay que reconocer, en términos de cifras y datos estadísticos, que en la experiencia sedentaria, como primera consecuencia del control sistemático de la naturaleza circundante, se da un incremento del tiempo de trabajo necesario para producir los bienes requeridos en el proceso de continuidad de la vida social. Este resultado, sin embargo, no invalida el análisis presentado más arriba, sino que lo engarza con una paradoja que se aclara al explicitar el horizonte teórico desde donde se construye la perspectiva general. Veamos las cosas más de cerca.

En su clásico libro sobre la *Economía de la edad de piedra*, Marshall Sahlins, desde una perspectiva que, desde ya, podríamos calificar de *rousseauuniana*, presenta los resultados de diversos estudios antropológicos sobre la vida cotidiana de diversos grupos nómadas de mediados del siglo XX, la cual, en términos generales, era equiparable a las condiciones materiales de las comunidades nómadas de la era paleolítica. Los primeros casos que aborda para sacar sus conclusiones son los que se presentan en el estudio del año 1960 de McCarthy y McArthur, compilado por la *American-Australian Scientific Expedition* de 1948 a Arnhem Land. En dicho estudio se analizan las comunidades de cazadores y recolectores de Fish Creek y Hemple Bay, ambas localizadas en Australia. Sahlins resume los primeros resultados del estudio de la siguiente manera:

La conclusión más obvia e inmediata es que la población no trabaja mucho. El promedio de tiempo que cada persona dedica diariamente a la recolección y preparación de alimentos es de cuatro o cinco horas. Además, no trabajan de manera continuada. La búsqueda de medios de sustento era muy intermitente. Se detenía en el momento en que la gente había reunido lo suficiente para subvenir las necesidades del momento, circunstancia que les permitía disponer de una gran cantidad de tiempo libre. Está claro que en la subsistencia al igual que en otros sectores de la producción tenemos que vérnoslas con una economía de objetivos específicos y limitados. La caza y la recolección son actividades propensas a que estos objetivos se cumplan de manera irregular, de tal modo que las pautas de trabajo se hacen consecuentemente erráticas.¹³

Más adelante, en el mismo texto, Sahlins amplía el horizonte de estudio describiendo procesos similares entre los Bosquimanos, ubicados en el África del sur, y los Hadzá, del centro de Tanzania. La descripción de sus procesos de trabajo (caza y recolección con las mínimas herramientas posibles), en los que el tiempo necesario de labor se reduce a dos horas diarias en promedio, lo lleva a sacar conclusiones más generales sobre la “superioridad” del mundo paleolítico sobre el neolítico:

Resulta interesante que los Hadzá, instruidos por la vida, y no por la antropología, rechacen la revolución neolítica para preservar su ocio. Aunque están rodeados por agricultores, hasta hace poco se negaron a dedicarse a la agricultura «alegando, principalmente, que eso implicaría un duro trabajo». En esto se parecen a los Bosquimanos, que responden a la cuestión neolítica con otra pregunta: «¿Para qué plantar cuando hay tantos frutos de mongomongo en el mundo?» [...]. Woodburn, además, tuvo la impresión, aunque todavía no confirmada, de que los Hadzá emplean, en

¹³ Marshal Sahlins, *Economía de la edad de piedra*, Akal, Madrid, España, 1983, p. 30.

realidad, menor energía, y, tal vez, menos tiempo, que sus vecinos, los agricultores del África Oriental.¹⁴

Desde una posición sumamente similar, Yuval Noah Harari presenta, en el libro citado más arriba, lo que llama el “fraude neolítico”, agregando a la descripción del endurecimiento de la vida por el incremento del tiempo de trabajo del que habla Sahlins tres fenómenos complementarios: el empeoramiento de la dieta cotidiana, la explosión demográfica y la aparición de “élites consentidas”, *id est*, de la lucha de clases.

En lugar de anunciar una era de vida fácil, la revolución agrícola dejó a los agricultores con una vida generalmente más difícil y menos satisfactoria que la de los cazadores-recolectores. Los cazadores-recolectores pasaban el tiempo de maneras más estimulantes y variadas, y tenían menos peligros de padecer hambres y enfermedades. Ciertamente, la revolución agrícola amplió la suma total de alimento a disposición de la humanidad, pero el alimento adicional no se tradujo en una dieta mejor o en más ratos de ocio, sino en explosiones demográficas y élites consentidas. El agricultor medio trabajaba más duro que el cazador-recolector medio, y a cambio obtenía una dieta peor. La revolución agrícola fue el mayor fraude de la historia.¹⁵

Como se puede entender a simple vista, el horizonte teórico del que parten ambos autores para condenar el comienzo de la era neolítica como un gran error histórico es el de eficacia instrumental del tránsito del nomadismo al sedentarismo en términos de la disminución real del tiempo de trabajo socialmente necesario para obtener los bienes indispensables para la reproducción de la vida. Y, como lo comprueban estadísticamente en sus respectivas obras, esto no sucedió. Al contrario, aumentó el tiempo trabajo, empeoró la dieta (una reducción sustancial del contenido calórico consumido diariamente por persona), se incrementó la

¹⁴ *Ibid.*, p. 41

¹⁵ Yuval Noah Harari, *op. cit.*, p.

población, lo que implicó mayor escasez material en términos de la distribución de la riqueza generada, y surgió una élite privilegiada. Y, no obstante, no hubo un retroceso hacia formas históricas superadas, esto es, un regreso de la sociedad sedentaria a la comunidad nómada. ¿Por qué?

Si el objetivo consciente de las sociedades nómadas que transitaron a una experiencia sedentaria a través de la domesticación de las plantas y los animales hubiera consistido efectivamente en la disminución del tiempo de trabajo socialmente necesario para procurarse una vida más fácil, holgada y ociosa, entonces la lógica de lo planteado indicaría que, tras la constatación del fracaso, lo más evidente habría sido regresar a un estilo de vida que, por las múltiples causas ya señaladas, era realmente “superior”. Pero, puesto que ello no sucedió, se hace necesario modificar la suposición teórica de principio y proponer otra causa como motivo de la transición. En los hechos, no existió ningún motivo consciente que impulsara esa transición, sino una respuesta histórica frente al azar de la naturaleza que, en este caso, manifestó con sus propias modificaciones su indiferencia ante el acaecer de los acontecimientos humanos.

La respuesta va de la mano del fin de la última glaciación, que comenzó aproximadamente hace 110 mil años y concluyó entre hace 12 mil y 10 mil (en el llamado Mesolítico), justo cuando comenzaron a surgir los primeros asentamientos sedentarios en el Medio Oriente y se dieron las grandes migraciones que llevaron a la población humana a instalarse en el norte de Europa y, posteriormente, en América.

El final de la época glacial, ocurrido hacia el 8000 a. C., significó una alteración radical del clima y del paisaje; en consecuencia, cambiaron también la flora y la fauna de Europa al norte de los Alpes. El retroceso de los glaciares provocó la retirada de la fauna hacia las regiones septentrionales. El bosque fue sustituyendo gradualmente a las estepas árticas. Los cazadores siguieron en pos de sus presas, especialmente los rebaños de renos, pero la progresiva disminución de la caza les obligó a instalarse a orillas de los ríos y lagos o junto al litoral, donde vivían de la

pesca. Las nuevas culturas que se desarrollaron durante los milenios siguientes han recibido la denominación de Mesolítico. En Europa occidental son claramente más pobres que las grandiosas creaciones del Paleolítico superior. Por el contrario, en el sureste asiático y especialmente en Palestina, el mesolítico constituye un período capital, pues es la época de la domesticación de los primeros animales y de los comienzos de la agricultura.¹⁶

De esta manera, tanto el proceso de sedentarización como el desarrollo de las actividades propias de las comunidades sedentarias (principalmente, la agricultura y la ganadería) fueron el resultado de un cambio radical de las condiciones atmosféricas que, a su vez, alteraron el entorno ecológico y modificaron la flora y la fauna circundantes, obligando a una modificación radical de las relaciones entre los sujetos y la naturaleza. Ahora bien, ¿cuál es el significado profundo de esta readaptación del sujeto a las nuevas condiciones naturales?

Lo primero que hay que entender es que las comunidades nómadas sobreviven gracias a su enorme capacidad de movilidad vinculada a las modificaciones cíclicas de la naturaleza, cuya comprensión, como ya se ha argumentado más arriba, es el resultado de una construcción sistemática y

¹⁶ Mircea Eliade, *Historia de las creencias y las ideas religiosas I*, op. cit., p. 55. En su libro *La otra historia del mundo*, Chris Harman explica este mismo proceso de la siguiente manera: “Los primeros grandes cambios en las vidas e ideas de las personas comenzaron a producirse hace sólo unos 10.000 años. En ciertas partes del mundo, especialmente en la región del «Creciente Fértil», las personas adoptaron una nueva manera de procurarse el sustento. [...] La transformación no llevó necesariamente a estos pueblos a tener una vida más fácil que sus antepasados. Pero a algunos de ellos los cambios climáticos les dieron unas posibilidades de elección muy limitadas. Durante dos o tres milenios se habían acostumbrado a vivir en zonas en las que se encontraban abundantes cantidades de plantas silvestres y animales: en una zona del sudeste de Turquía, por ejemplo, un «grupo familiar» podía, en tres semanas y «sin trabajar mucho», recoger grano suficiente de cereales silvestres para vivir un año. No necesitaban estar en continuo movimiento, como otros pueblos. [...] Pero entonces los cambios en el clima global impidieron a las personas la obtención de un adecuado sustento de este modo. Cuando las condiciones en el Creciente Fértil se volvieron más secas y frías, se produjo un descenso en la disponibilidad de grano silvestre y una caída en el tamaño de los rebaños de antilopes y ciervos. Ya no podían seguir viviendo como antes. Para no morir de hambre, tuvieron que dividirse en pequeños grupos y volver a un modo de vida nómada, hacía mucho tiempo olvidado, o bien que encontrar alguna manera *de compensar con su propio trabajo las deficiencias de la naturaleza*. [...] Así es como nació la agricultura”, Chris Harman, *La otra historia del mundo. Una historia de las clases populares desde la Edad de Piedra al nuevo milenio*, traducción de Alfredo Brotons Muñoz, Akal, Madrid, España, 2018, pp. 27-28 (las cursivas en el texto son mías).

rutinaria, aunque inconsciente, de la praxis consuetudinaria del sujeto. El sujeto, desde el hábito disciplinario que constituye la esencia de su actividad laboral de supervivencia, ha fijado a la naturaleza en su figura cíclica y, de esta manera, ha aceptado sus apariciones momentáneas y estacionales como hechos inmodificables ante los cuales no cabe más que la adaptación espontánea y sumisa. En ese comportamiento hay, por supuesto, un grado de libertad que se manifiesta en el hecho de que el acto mismo del sujeto puede ser previamente calculado y establecido en la forma de la regularidad práctica. No hay, en términos generales, sorpresas: el conocimiento y el cálculo organizan el conjunto de las actividades y, así, tras la repetición milenaria de generaciones y generaciones que ejecutan la misma rutina, logran controlar los tiempos (de trabajo necesario y de libertad) indicados por la marcha estacional de la naturaleza. La libertad es la forma en la que el sujeto determina el ritmo de la naturaleza a la que se sigue rutinariamente, y de la cual no se puede esperar nada más ni nada menos. El sujeto está sometido a sus regularidades cíclicas y ése, por decirlo en términos sartreanos, es su “proyecto existencial”, o bien, expresado como lo haría Heidegger, su *horizonte histórico de sentido*. No se trata nunca, como lo quisiera ver Sahlins desde un mirador ya claramente “posmoderno”, de una “estrategia Zen” gracias a la cual el sujeto social disminuye drásticamente sus deseos y necesidades y vive una especie de “abundancia material” en medio de la carencia generalizada de recursos técnicos, sino de una aceptación estructural de la preminencia de los ritmos y ciclos de la naturaleza sobre la posibilidad autónoma del sujeto de imponerse sobre ella. El sujeto social sigue a la naturaleza y depende de ella plenamente, pero en su dependencia, archirreconocida por la repetición milenaria del acto, controla los tiempos y establece la base de su “comodidad”. Una especie de *quid pro quo* en la que el sujeto cede su preminencia para ganar tiempo y comodidad.

No obstante, como se ha indicado ya, la libertad es solo formal, esto es, compete sólo a la forma de fijar los periodos cíclicos de la naturaleza y de adecuarse sumisamente a ellos, sin esperar nada a cambio, más allá de lo que siempre se obtiene con el mismo grado de esfuerzo. En el fondo hay una

dependencia, una esclavitud insuperable bajo esa misma forma, y ésta queda al descubierto cuando la naturaleza, que había mostrado un mismo rostro a lo largo de milenios, se modifica drásticamente, dejando sin sustento material al conjunto de la praxis colectiva que ya no encuentra la misma base física ni biológica para desplegarse como era costumbre. Al “esclavizarse libremente” a la naturaleza, el sujeto depende absolutamente de las condiciones que ella le propone, incluyendo las que presuponen, como posibilidad auténtica, su propia desaparición física por la carencia de elementos técnicos para enfrentar las nuevas condiciones materiales.

Visto desde este horizonte, entonces, el paso del nomadismo al sedentarismo significa el tránsito concreto de la libertad formal a la libertad real del sujeto, por cuanto se opone, por primera vez, una nueva técnica para enfrentar el problema de la supervivencia material desde una normatividad esencialmente distinta a la de la naturaleza. La regla heterónoma a la que estaba sometido el sujeto, que por su regularidad le daba la impresión de estar plenamente calculada y, como consecuencia, de permitir el despliegue libre de su praxis multidimensional, debe ser sustituida ahora por una regla autónoma de organización que, al modificar realmente el funcionamiento del entorno, sometiéndolo a un principio independiente de la espontaneidad con la que la naturaleza regula sus ciclos, lo torna en potencia y en acto un primer reflejo de su voluntad. Si el sujeto volviera a la simple readaptación espontánea de los nuevos ciclos, entonces quedaría sometido a la tiranía del clima y sus metamorfosis, cuya estabilidad puede ser centenaria o milenaria, pero nunca eterna. Si el sujeto quiere trascender esa dinámica subyugante y arbitraria, debe introducir ese nuevo principio de determinación autónoma y suficiente, aunque sea como bosquejo de una posibilidad no constituida inmediatamente en realidad plena y total.

La importancia de las grandes invenciones del mesolítico y del neolítico consiste, entonces, en esto: que al introducir un principio de domesticación de las especies vegetales y animales inaugura un periodo de autodeterminación efectiva y potencial que le permite al sujeto comenzar a independizarse de la base material que la naturaleza le ofrece espontáneamente sin su intervención productiva y

transformadora. La acumulación, producción y conservación efectiva de especies vegetales y animales como reservorio fundamental para la reproducción de la vida humana trasciende, de un solo golpe, el imperio de la casualidad y la oportunidad, construyendo, simultáneamente, el espacio de las provisiones y los fondos seguros para el mantenimiento de la colectividad. El sujeto ya no tendrá que depender de la escasez o abundancia de ciertas especies animales o vegetales en ciertos periodos, estaciones o climas, sino que contará con una reserva constante que deberá administrar con cautela para asegurar el éxito de la reproducción social. El espacio mismo de esa acumulación, producción y conservación es ya la aparición concreta de la acumulación, producción y conservación del conocimiento relacionado, y, por lo mismo, el espacio de su *ahorro*, de su mantenimiento y transmisión intergeneracional. El *horizonte histórico de sentido*, tal como lo hemos denominado provisionalmente, se ha transformado.

Sin importar, en primera instancia, si esa modificación se traduce en una disminución efectiva del tiempo de trabajo socialmente necesario para conseguir los bienes indispensables para la reproducción de la vida humana, el hecho es que la actividad y el espacio modificados apuntan en la dirección de la independencia efectiva de la colectividad de sujetos frente a la arbitrariedad tiránica de la naturaleza, y, en consecuencia, inaugura un periodo de acumulación de conocimiento técnico y ahorro de tiempo en múltiples dimensiones (búsqueda, investigación, organización, etc.).

Ciertamente, la liberación plena de los ritmos y condiciones materiales no se consolida inmediatamente. Es evidente que la práctica de la agricultura depende, en principio, de un conocimiento de las condiciones naturales y sus ritmos: las temporadas de lluvias y sequías, la calidad de los suelos, la cercanía de ríos o caídas de agua, los tiempos de rotación y descanso de la tierra (siembra, cosecha, barbecho), etc. Pero, en principio, se establece una actividad y un espacio autónomos que no dependen de la espontaneidad de la naturaleza para conseguir sus propios objetivos (y que, además, pretende adelantarse a la posibilidad de un cambio inesperado o de una factible escasez futura). Sólo el control milenario de los procesos iniciados en ese momento se traducirá,

potencialmente, en una liberación plena de las condiciones espontáneas impuestas por naturaleza. Por supuesto, esta liberación no puede ser absoluta, por cuanto el hombre es un ser natural que depende de la materia natural para reproducir su vida; pero la liberación apunta, desde el comienzo, a ser una liberación de *principio*, esto es, a establecer como posibilidad plena una ley autónoma de determinación práctica, independiente del orden natural espontáneo. De ahí que el neolítico sea también la época en la que comienza la aparición sistemática de la llamada “esfera cultural”, esto es, un espacio no inmediatamente determinado por la necesidad que, sin embargo, se convierte en un ámbito coordinado de labor colectiva regular (no sólo esporádica). Y esto sólo puede suceder si, en principio, el tiempo se ha liberado ya de la sujeción de la ley heterónoma de la naturaleza.

2.3. El sistema de las necesidades o el sistema organizado de la economía y la producción material (Fórmula completa: N-L-N)

Así, la libertad del sujeto se ha vuelto el principio determinante del proceso general de la reproducción vital, pero sólo porque se ha atado, definitivamente, a un espacio de producción sistemática de las condiciones materiales para la satisfacción general de las necesidades. Éste ya no es el espacio puramente “natural”, el de los ciclos predefinidos de la naturaleza, sino el verdadero espacio humano de la producción material que, finalmente, aparece como la verdad que sostiene la posibilidad histórica de afirmación plena de la libertad real de los sujetos.

La fórmula se completa (N-L-N): la necesidad original de la que parte toda la acción para conservar y reproducir la vida humana encuentra en la libertad de la praxis la única verdad desde la que se organiza el proceso de adaptación y transformación de la materia, a tal punto que la libertad se termina imponiendo a la forma natural espontánea (ordenada por la labor consuetudinaria y repetitiva del

sujeto), modificando sus ritmos cíclicos y estableciendo un sistema de organización total de los objetos y los sujetos sociales, de tal manera que, finalmente, la libertad ordenadora se subordina a ese mismo proceso de producción y reproducción necesaria e insuperable. El sujeto vuelve a descubrir en la necesidad su verdad última, sólo que esa necesidad ya no es la expresión espontánea de la naturaleza que se presenta, en un comienzo, como la monstruosidad aterradora de lo informe e inconmensurable, que tiene que ser sujeta a una mirada escrutadora que establezca rutas y tiempos de la acción, sino como un sistema de necesidades y capacidades humanas, resultado no sólo de la regularización de la praxis laboral colectiva, sino del cambio del horizonte histórico de sentido que abandona la “comodidad” del seguimiento esclavizador de la naturaleza y asume, como principio rector de toda la acción, la autodeterminación humana más allá de lo que se pueda encontrar en la regularidad externa de los ciclos naturales.

La libertad, así, se esclaviza al sistema de necesidades, e, incluso, se ata de una manera cada vez más potente a la exigencia de un mayor control del proceso de producción y reproducción, y de una mayor y mejor satisfacción de las necesidades humanas. El mismo concepto de escasez se altera y, en los hechos, funda su nuevo imperio, porque al contrario de lo que pasaba en las sociedades nómadas, que se conformaban con la obtención promedio de sus alimentos y bienes de consumo según lo obtenían sin tanto esfuerzo de la naturaleza, el sujeto encadenado al sistema general de necesidades no sólo busca, por sus propios recursos, con un mayor desgaste físico, los medios de subsistencia indispensables, sino que además trata de prevenir las oscilaciones futuras, de reservar e incrementar lo que se pueda obtener para hacer frente a las variaciones posibles de la naturaleza. Se trata, por todos los medios posibles, de construir un espacio donde no tenga cabida la escasez (concebida no sólo como la carencia inmediata de medios de subsistencia y fuerzas para producirlos, sino como toda alteración futura de esa misma situación ideal). Ése es, por decirlo de nuevo así, el “proyecto existencial” de la época.

La diferencia principal, sin embargo, con respecto a la primera esclavitud al mundo de la necesidad es que el ser humano se vuelve esclavo de un sistema general de necesidades producido por él mismo, esto es, creado por su propia libertad transformadora de la naturaleza circundante. El ser humano se esclaviza a su propia libertad. Esto significa, entonces, que el sistema de necesidades, tal como aparece en la base de todo pensamiento económico del proceso productivo, no es nunca natural ni transhistórico, sino resultado de un cambio radical del horizonte histórico de sentido que establece el mecanismo de la regularidad productiva y reproductiva como consecuencia de la negación de un estado de sumisión a la ley heterónoma de la naturaleza. Esto es fundamental para negarse a aceptar de principio cualquier presupuesto de “naturalidad” en el proceso de producción de la riqueza social, lo que llevaría a pensar en una “forma verdadera” de organizar la economía social en su conjunto. No. El proceso de reproducción social, tal como aparece organizado desde el reconocimiento original de un sistema de necesidades y capacidades colectivas, es ya un resultado histórico de la propia libertad del sujeto que, por circunstancias coyunturales que le descubrieron la relevancia de su propia autodeterminación práctica, decide asumir el riesgo de la sistematización total del proceso de su reproducción vital y su mantenimiento y proyección futuras.

La primera transformación profunda que impone el novedoso horizonte histórico de sentido determinado por el proceso de sedentarización y dominio de las especies vegetales y animales consiste en un cambio sustancial en la relación entre el sujeto y su espacio. De ser concebido, éste último, como lugar de desplazamiento constante, dentro del proyecto de movilidad cíclica, se transforma en lugar de asentamiento. El espacio ya no puede ser abandonado con facilidad, porque de su cuidado, conservación, mantenimiento e, incluso, acrecentamiento, depende la posibilidad de sobrevivencia colectiva. El espacio mismo, como propiedad privilegiada de producción de los medios de subsistencia necesarios para la vida, se convierte en un territorio que debe ser defendido de cualquier posible invasor (animal o humano). Si en la fase nómada se daba el encuentro con algún grupo hostil que disputaba el acceso a cierta zona con abundancia en

alimentación potencial, el desplazamiento a otra que pudiera proveer a los miembros del grupo de una situación similar era fácilmente pensable y realizable porque el proyecto colectivo no estaba encadenado a un espacio determinado como único centro de generación de la riqueza material de la que dependía su vida, sino a los ritmos estacionales de la naturaleza, cuyos efectos benéficos se expandían por un largo territorio, del que nadie podía apropiarse en su totalidad. Pero la sedentarización obliga a la defensa del espacio como acceso privilegiado a los medios de subsistencia, que ya no son simplemente recogidos o cazados, sino producidos sistemáticamente en terrenos preparados *ad hoc* y que no pueden ser simplemente abandonados, sino que exigen de un cuidado intensivo y regular. En estas condiciones, el *otro* que aún no se ha adaptado a este estilo de vida y no sabe respetar el concepto de propiedad territorial se presenta como un enemigo potencial que, en circunstancias determinadas, debe ser contenido, sometido y, en su caso, eliminado.

La aparición de la práctica de la guerra como un ejercicio regular, incluso con la paulatina constitución de una clase “guerrera”, se da precisamente en estas circunstancias relacionadas con la defensa del territorio como propiedad colectiva-privada. Y con ella hace también su aparición otro fenómeno decisivo en la historia: la esclavización de seres humanos. La esclavización a la defensa del espacio como territorio privilegiado de reproducción material obliga a la eliminación de cualquier enemigo potencial capaz de apoderarse de esas condiciones de generación sistemática de la riqueza social. Y la eliminación puede ser total (aniquilación), o bien implicar la subordinación del sujeto al servicio del poder colectivo que, muy pronto, por la incorporación del cuerpo ajeno, empieza a generar una división clasista en su interior.

Esta división clasista, por más detestable que resulte (y, de hecho, lo es), es la expresión de una realidad productiva que, con el tiempo, se va haciendo cada vez más patente: que el trabajo sistemático de la colectividad sobre el territorio y los medios de producción disponibles genera un incremento en la producción global, liberando tiempo que, en el caso de las sociedades clasistas, es aprovechado enteramente por los grupos dominantes. Así, como Marx lo

explicaba, la posibilidad de la división clasista de la sociedad se da en el momento en el que el desarrollo de las fuerzas productivas técnicas llega a tal punto que permite generar un plusproducto colectivo, el cual crea las condiciones materiales de posibilidad para que un grupo, al interior de la comunidad, logre imponerse sobre los otros y escapar a la obligación de trabajar. A esto habría que agregar ahora, únicamente, que su verdad depende de que se dé la aparición de un nuevo horizonte histórico de sentido en el que el debate entre tiempo de trabajo necesario y tiempo libre o de libertad sea el resultado de una imposición autónoma del hombre sobre la naturaleza, a partir de la producción sistemática de las condiciones materiales de su existencia. De otra manera, esta división clasista no se daría, aun cuando el individuo obtuviera más con el despliegue de un mínimo tiempo de trabajo, o bien dispusiera de mucho tiempo libre.

Los sujetos liberados del trabajo aparecen concretamente como la representación del objetivo colectivo, consciente o inconsciente: la posibilidad de realización plena de la existencia humana sin la obligación de estar sometida a la coerción de la naturaleza ni a la apremiante necesidad del trabajo. Sólo que esta "humanidad idealizada", en las condiciones de las sociedades clasistas, puede afirmarse únicamente mediante la conformación de un carácter absolutamente "inhumano", que acepta la esclavización, maltrato y aniquilación de los otros como precondition de su realización libre. Esta inhumanidad es la más clara expresión de que la colectividad en su conjunto, también la que se representa en el grupo dominante, está esclavizada al proceso de reproducción material y a las condiciones económicas de generación de la riqueza social, de las cuales no pueden escapar aun cuando así se lo figure idealmente.

La economía se aparece como el factor determinante de la vida social, pero sólo porque en ella se debate internamente la posibilidad misma de la afirmación de la vida humana en su plenitud. Porque lo que se juega en la economía no es sólo la producción misma de los bienes necesarios para la reproducción de la vida material, sino el ahorro de tiempo de trabajo y la liberación paulatina de tiempo para el disfrute colectivo (monopolizado, en las sociedades clasistas, por la clase

privilegiada). La clave de este ahorro radica en la sistematización de todos los momentos de la producción general de la riqueza material.

Los dos primeros sistemas son los de las *necesidades* y las *capacidades*, cuya existencia dista mucho de estar determinada por el azar. Lo que se necesita, independientemente de que pueda ser cubierto en su plenitud o no, depende íntegramente de lo que se puede producir con los instrumentos y medios de los que se dispone en un momento histórico determinado. La capacidad productiva autónoma es la expresión del grado en que los sujetos sociales han logrado controlar metódicamente cada una de las fases del proceso de generación de la riqueza material. El suelo requiere de una preparación específica y de un tiempo de descanso; de un periodo de cultivo, otro de cuidado y otro de cosecha, etc. O bien, en el caso de los animales, es indispensable el desarrollo de una serie de técnicas coordinadas de amansamiento, amaestramiento, reclusión, pastoreo, alimentación, curación de enfermedades, sacrificio, ordeña, preparación de productos derivados, etc. Cada tiempo marca el ritmo y la periodicidad de las necesidades, y también la riqueza y alcance de cada una de ellas. Las necesidades son la expresión sintética del grado de desarrollo de las fuerzas productivas. No hay forma de determinar un núcleo básico de necesidades que tenga validez transhistórica, porque su formación depende del desarrollo de las capacidades sociales, determinado a su vez por el avance histórico de las fuerzas productivas.

Por su lado, las capacidades mismas son, a su vez, inmediatamente, necesidades sociales. Una vez que se ha logrado un desarrollo técnico que facilita la realización de alguna labor indispensable, y que esta innovación se ha difundido hasta convertirse en un elemento de uso cotidiano en el sector correspondiente, el trabajo en el que se emplea resulta inimaginable sin él. La técnica misma, su conocimiento y empleo, se vuelve necesaria al grado de que sin utilización, ya interiorizada por los sujetos laborales y por la constitución de los objetos con y sobre los que se trabaja, el trabajo y la producción se vuelven imposibles de realizar. Hasta avanzados los años setenta del siglo XX, por ejemplo, la producción fabril se llevaba a cabo sin ayuda de ningún tipo de aparatos digitales.

Hoy en día, resulta inimaginable concebir la producción industrial sin una compleja red de robots y computadoras que organizan y regulan las labores al interior de la fábrica. Si, por algún motivo, dichas computadoras fallaran simultáneamente (por ejemplo, al interior de una maquiladora automotriz) no habría forma de producir lo que se tiene planeado, aun cuando los sujetos supieran cómo hacerlo, porque la construcción misma del espacio laboral está subordinada al funcionamiento adecuado de esa red tecnológica específica. A pesar de que durante siglos se produjo de otra manera, sin ayuda de ningún aparato digital, en la actualidad no hay manera de regresar al pasado, porque el conjunto del sector industrial necesita insoslayablemente de ese desarrollo tecnológico. Las fuerzas productivas objetivadas, que median la relación entre el sujeto y el objeto a producir, son una necesidad de primer grado, tan importante y fundamental como la de la existencia de aquellos objetos que cubren directamente los requerimientos nutricionales de una persona.

Ahora bien, cada avance en el desarrollo de las fuerzas productivas implica una diversificación de las labores necesarias en las que éstas se despliegan, una división funcional que se traduce, en el momento posterior de organización del ejercicio productivo, en una *división y distribución del trabajo*. La sistematización generalizada de las necesidades y capacidades sociales sólo puede organizarse bajo un esquema reproductivo en el que éstas mismas se afinan analíticamente, hasta poder funcionar con relativa independencia unas de otras. El conocimiento detallado de las capacidades o facultades colectivas en un determinado momento histórico es el resultado de la práctica consuetudinaria del acto productivo que, en conexión con el cada vez más variado sistema de necesidades, estatuye una diversificación de las actividades laborales con el objetivo de efectivizar su despliegue y realización, lo cual no significa ninguna otra cosa más que la disminución efectiva del tiempo de trabajo socialmente necesario.

Visto en su conjunto, el proceso de trabajo es una unidad indivisible, una totalidad que abarca las distintas fases que lo constituyen en un vínculo que no puede romperse más que a costa de romper la posibilidad de su plena realización y continuidad. El proceso de trabajo abarca y engloba al proceso de producción.

No todo trabajo desplegado es un trabajo productivo. Existe tanto trabajo productivo como trabajo improductivo (el cual no encierra ninguna connotación negativa; simplemente expresa la realidad del trabajo que se ejerce fuera de la esfera de la producción). La red completa de organización del trabajo exige la coordinación de los dos tipos de praxis laboral, y, consideradas las cosas en su totalidad, ninguna de las dos tiene más peso que la otra. Si, por cualquier circunstancia, al finalizarse plenamente el trabajo que produjo, digamos, una serie de herramientas necesarias para el cultivo de la tierra, éstas no llegan a las manos de los trabajadores que las requieren para realizar su labor porque hubo problemas al momento de transportarlas o de hacerlas llegar a su lugar de destino, de nada sirve que hayan sido completamente producidas e, incluso, empaquetadas y dispuestas para su consumo final (que en este caso significa su utilización productiva en otra esfera de trabajo): de no llegar nunca a las manos que las piensan utilizar, desde el punto de vista del proceso de reproducción social, tanto valen como si no hubieran sido producidas.

Así pues, el proceso de trabajo debe funcionar como una unidad indisoluble para que su despliegue cobre sentido pleno. Todas las esferas del sistema económico (la producción, la distribución y el consumo) deben ser atravesadas exitosamente para que el proceso de trabajo, cuyo centro se halla en el trabajo productivo, se cumpla a cabalidad. Ahora bien, mientras más se repiten los ciclos a lo largo de la historia de la sociedad, y mientras más coordinadas están las distintas esferas de la vida económica, más necesaria se hace una especialización de cada sector para evitar contratiempos en la ejecución de las labores señaladas y en la consecución de los fines propuestos. De esa manera, a mayor sistematización del proceso general del trabajo, mayor especialización y división analítica de sus distintas fases, a tal punto que los individuos y los grupos más aptos se ocupan de las tareas que mejor pueden realizar. Esta división analítica del proceso de trabajo (tanto productivo como improductivo) alcanza su máxima expresión con el surgimiento del capitalismo industrial, que pulveriza la labor productiva en microfases, superespecializando al obrero y arrancándole de tajo su capacidad para producir un objeto completo, como lo podía realizar cuando era

artesano. Antes del capitalismo industrializado, en términos generales, los trabajadores con preparación tenían la capacidad potencial de completar fases totales del proceso laboral.

Para evitar la dispersión que puede provocar la división del trabajo en diversas fases laborales (algo inevitable para la ejecución eficiente de las tareas conjuntas de la reproducción social), es indispensable contar con una *planeación* que ejerza un efecto sintético sobre la totalidad del proceso. Esto ya se había señalado desde que se estudió el primer paso de sistematización formal de la praxis, cuando se habló del disciplinamiento generalizado del trabajo como primera forma de producir un sentido de mundo y subordinar los objetos naturales a la voluntad de los sujetos. En ese momento, sin embargo, se mencionaba que, al implicar apenas una construcción *formal* del sentido totalizado de mundo, el ejercicio práctico-laboral escindía analíticamente las funciones de planeación y ejecución, si bien ambas podían ser realizadas por el mismo individuo, en la consideración de que se hablaba de un momento de muy bajo desarrollo de las fuerzas productivas e, incluso, anterior a la etapa histórica de la sedentarización colectiva de las sociedades primitivas.¹⁷ La división analítica se daba, más que en el plano de la ejecución efectiva, en el de la *idea*, o bien en el de la forma conceptual en la que se enfrentaba el proceso en su conjunto. Pero para la fase de la que damos cuenta en este momento, caracterizada por una ordenación sistemática del proceso de reproducción social, ambas tareas tienden a escindirse cada vez más, mientras más se desarrollan y especializan las labores específicas que enlazan la labor productiva con las otras esferas de la economía. La planeación misma surge como un trabajo independiente, como una labor necesaria para asegurar la consecución definitiva del proceso de reproducción social.

En primer lugar, la planeación, como preparación global del proceso de trabajo, es *reconocimiento* del sistema de necesidades y de capacidades, que anteriormente fue expuesto como ya existente en el plano de la objetividad social. Ahora tiene que ser aprehendido conscientemente con la finalidad de establecer el

¹⁷ Ver p. 25 del presente escrito.

piso de lo que se necesita en su conjunto y en los casos particulares (esto es, lo que la sociedad necesita como totalidad viva y lo que requiere cada grupo, familia o individuo en su especificidad), y de las capacidades o fuerzas productivas con las que se cuenta para satisfacerlo (y éstas se refieren tanto a las capacidades técnicas de los individuos, indiscernibles de su corporalidad y de su mente, como a los objetos, herramientas y maquinarias necesarias para el despliegue del trabajo productivo e improductivo). Ese balance exterior, que objetiviza tanto al sistema de necesidades como al de capacidades, es ineludible como medio para adquirir la conciencia de los requerimientos y posibilidades del colectivo; como medio, incluso, para medir y calcular el despliegue laboral práctico y saber el tiempo que implicará realizarlo. El reconocimiento planificador es el que posibilita, posteriormente, la distribución de los sujetos laborales y los objetos (herramientas) de trabajo en los lugares y tiempos de la ejecución efectiva del proceso de laboral. ¿Qué individuos corresponden a qué área? ¿Cuántas herramientas e instrumentos de trabajo se requieren en las distintas esferas económicas? ¿Cuánto tiempo se calcula que implicará la praxis laboral en su conjunto? ¿Qué dificultades pueden surgir a la hora de su producción y su distribución? ¿Qué hacer con los productos que no se consuman inmediatamente? ¿Dónde almacenarlos para su conservación?, etc. Todas estas son preguntas que tiene que enfrentar la planeación como proceso de preparación del trabajo, la cual, a su vez, se coordina con el trabajo de administración, que acompaña, vigilándola, la ejecución efectiva de la praxis laboral en sus distintos momentos, con la finalidad de evitar su desviación, postergación, interrupción, o bien para contribuir a la solución de problemas que se vayan presentando en el camino.

Lo planeado sólo puede mostrar su efectividad (o realidad) en la ejecución. La ejecución atestigua la capacidad previsor de la planeación, la facultad que ésta tiene para adelantarse al proceso laboral concreto (del cual ella misma es parte y expresión). Evidentemente, la praxis laboral concreta, la que realiza los planes que la organizan, modifica casi siempre la idealidad programática coordinadora, a tal punto que ella misma se vuelve reorganización y replaneación del trabajo. Por ello, el ejercicio de la producción es también, inmediatamente,

modificación y replaneación de la producción, así como la planeación es la producción ideal del trabajo, sin dejar de ser nunca trabajo (intelectual).

Al producir, con las readaptaciones y modificaciones espontáneas que vengan al caso, se consumen, como lo explica Marx, tanto fuerzas subjetivas (físicas y mentales) como objetos de trabajo (herramientas, materias primas, etc.). La producción es una especie de proceso digestivo en el que lo creado sólo puede adquirir forma por medio de la deglución laboral de objetos y sujetos que fungen como las materias primas esenciales. Producir desgasta, quita tiempo, roba fuerza, energía, vida..., pero, simultáneamente, crea las condiciones necesarias para la reproducción de la vida misma, que es desarrollo, crecimiento, tiempo.

Más tarde, al concluir la fase productiva, lo generado debe ser distribuido, por distintos medios, para alcanzar su fin principal: el consumo individual y colectivo. La distribución, empero, no puede ser reducida a la mera circulación formal de los productos del trabajo. Distribuir significa establecer de antemano y efectivamente tanto los destinatarios como el tipo y las cantidades de productos que habrán que hacerse llegar a sus consumidores finales. Significa determinar, de una vez por todas, cómo se asignará a cada uno la riqueza social producida. Aquí no puede valer la igualdad aritmética, porque lo que cada quien necesita depende de muchos factores irreductibles a un principio abstracto: edad, condición física y económica, situación familiar, ubicación espacial, función social, participación en el proceso laboral, etc.

Finalmente, el consumo puede ser de dos tipos: consumo final o consumo productivo o intermedio. Ciertamente, como lo señala de nuevo Marx, todo consumo es siempre productivo, incluido el consumo final individual, porque al consumir los objetos que se necesitan (sean alimentarios o de vivienda, habitación, etc.) los individuos producen y reproducen su propia vida o, por lo menos, las condiciones que hacen posible la continuidad de su vida. De la misma manera, el consumo productivo (de instrumentos y medios de producción o de materias primas) simplemente prolonga la esfera de la producción a la del consumo, mostrando que, en el fondo, existe una unidad real del proceso total, que lo hace único e indisoluble.

Completado el ciclo de conexión entre la esfera de la producción y la del consumo (mediatizada por la circulación y la distribución de la riqueza social), el colectivo humano no puede detener el proceso laboral como si se hubiera alcanzado una satisfacción plena de las necesidades de una vez por todas. La supervivencia colectiva reclama la repetición constante e indetenible del proceso, el cual, por su persistencia y consolidación temporal o histórica, comienza a marcar las pautas y los ritmos del conjunto social como una realidad que se impone a la manera de una ley física inviolable. Aquí es donde la economía, entendida como el sistema planificado de la reproducción social, demuestra todo su peso, toda su fuerza de atracción, y cómo la colectividad no puede relacionarse con ella más que a la forma de una esclavitud insuperable. Todo depende de que dicho proceso se repita una y otra vez, prácticamente sin variación alguna, para asegurar la supervivencia del conjunto. Es como si todo el esfuerzo humano, toda la saga de su subjetivación, no fuera más que la historia de la sumisión voluntaria a una totalidad sistémica que él mismo produce.

Pero no existe la repetición perfecta. Todo acto de repetir y transmitir es, al mismo tiempo, un acto creativo, alterador, que introduce leves modificaciones en las partes o en el todo, lo cual, en un determinado momento, se manifiesta como la creación de nuevos procesos, nuevas técnicas, nuevas fuerzas productivas, desarrolladas consciente o inconscientemente, de manera espontánea o planificada. La reproducción sistemática del proceso laboral en su totalidad, así como de sus resultados principales, ya sea a escala simple (manteniendo el mismo número de objetos y sujetos dentro de las diversas fases del proceso de trabajo) o a escala ampliada (incrementando el número de esos mismos sujetos y objetos), tarde que temprano se manifiesta como algo distinto, como algo que *desarrolla* en su interior una potencialidad que perfecciona o simplifica la dinámica global, a tal punto que se introduce un verdadero ahorro en el tiempo de trabajo socialmente necesario. El desarrollo constante e intergeneracionalmente transmitido de las fuerzas productiva esboza, así, la posibilidad de romper tres circunstancias aparentemente insuperables: 1) por un lado, la concepción y la vivencia de lo social como lo inmutable, lo que sólo puede existir bajo una forma

específica subordinada a los ritmos repetitivos de la reproducción social; 2) la continuación de la existencia bajo un medio de penuria intrascendible, que, por sus mismas características, impide el despliegue enriquecido y pleno de la existencia, y obliga al sometimiento de la voluntad al proceso laboral para asegurar la continuación de la vida a costa de su sacrificio cotidiano; 3) la subordinación vital y temporal a la cadena reproductiva que, si bien no se supera en cuanto tal (y nunca se podría hacer, porque de ella depende la supervivencia global de los sujetos), aparece como algo cuyo predominio puede ser reducido paulatinamente más y más conforme avance el tiempo y se desarrollen aún más las fuerzas productivas.

El desarrollo de las fuerzas productivas, que es, simultáneamente, el desarrollo de las capacidades sociales colectivas, que anuncia tanto la posibilidad de la abundancia material como la de reducir al máximo el tiempo de trabajo socialmente necesario para incrementar el tiempo libre o de libertad, dibuja en el horizonte la factibilidad de trascendencia del ámbito reproductivo, no, por supuesto como medio insoslayable para la continuación de la vida individual y colectiva, sino como proceso subordinante del tiempo vital, que anula la posibilidad de un despliegue realmente independiente y autónomo de la existencia subjetiva. El horizonte de la libertad aparece, entonces, no como ese “más allá” inalcanzable, sino como una posibilidad auténtica dentro del campo de lo realizable a partir del mejoramiento incesante de las fuerzas técnicas que sostienen el proceso de reproducción, pero que, al mismo tiempo, lo alteran, lo transforman, lo revolucionan, al punto que podría dejar de ser el peso muerto que todos los sujetos cargan sobre sus espaldas.

La narración del sujeto social adquiere, así, su figura completa: es la historia de la lucha por la libertad mediada por el desarrollo de las fuerzas productivas (subjetivas y objetivas) que, tendencial y potencialmente, prometen la superación del estado de escasez y la disminución o la desaparición (a través de la utopía de la automatización general del proceso laboral) del tiempo de trabajo socialmente necesario. La libertad aparece como la posibilidad concreta de la realización de la existencia subjetiva ya no subordinada al proceso de

reproducción social, a la economía, o, lo que es lo mismo, al sistema organizado de producción y reproducción de objetos, a través del cual el humano subordina a la naturaleza a su proyecto existencial e histórico, subordinándose simultáneamente él mismo a ella. Lo que se narra el sujeto prototípico del mundo sedentarizado, sometido al sistema organizado de la reproducción social ya explicada, es la historia de la trascendencia de la tiranía del mundo natural que, en cuanto segunda o tercera naturaleza, él mismo ha instituido como poder central que gobierna su existencia.

Es necesario insistir: esa narración, a pesar de todos los efectos duraderos e insuperables dentro de la realidad social, es una *ficción*, un *simulacro*, pero un *simulacro real*, que mientras siga existiendo el sistema organizado de la economía (independientemente de que se trate de una organización desorganizada, como en el capitalismo), establece las pautas de su desarrollo y su superación. La historia económica (y política) de la lucha por la libertad, entendida tal como se acaba de aclarar más arriba, es la historia de esa ficción real de alcances insospechados.

Lo interesante es que, al establecerse por completo la figura última del objetivo social inconsciente, o sólo vuelto consciente por el desarrollo mismo del sistema que lo estatuye de manera inexorable, se vuelve evidente que, desde el comienzo, el sistema de la necesidad que subordina finalmente al de la libertad (N-L-N), por una mediación histórica compleja, se halla englobado por el proyecto de la misma voluntad del sujeto social que se aparece, ahora, en su totalidad, como mediadora de sí misma. El fin no es nunca, en ningún momento, la subordinación de los objetos o del sistema de los objetos, sino la construcción utópica-programática de la subjetividad colectiva como fin necesario en sí mismo, como algo que no puede nunca ser explicado por el sistema de los objetos, sino que siempre está más allá de él, a pesar de que su alcance o predominio tiende, en los momentos de mayor escasez, a absolutizarse o a imponerse como única realidad social efectiva. La “humanidad”, ya no mediada por el proceso de la reproducción social, por el esclavizante mundo de la economía, se propone a sí misma como su único objeto, aun cuando aparezca envuelta o mezclada con las

impurezas materiales de la objetividad productiva. Es ella la que se trabaja a sí misma, la que se produce a sí como entidad independiente, transnatural, transobjetiva. El imperio de la economía se opaca frente al predominio de la intersubjetividad constituida como autodeterminación fundante de la totalidad de la praxis mundana. Su significado está en ella, pero existe más allá de ella. Es la trascendencia de lo político que se impone como voluntad inflexible a lo largo de todo el proceso, que, por salirse del cauce de la necesidad inexorable, se ve obligado a narrarse de nuevo a sí mismo su propia leyenda, pero bajo otra perspectiva. En resumen: es la libertad misma, la falta, pero tematizada ahora como el logro de la voluntad autofundante de vida colectiva, lo que, evidentemente, es otra ficción, pero de proporciones aún más formidables.

¿Debe existir la Historia Económica?

Fabiola Jesavel Flores Nava

Desde sus orígenes, y hasta mediados del siglo XX, la Historia Económica había sido considerada, dentro de la ciencia económica, como una materia auxiliar o complementaria en el desarrollo y en la formación de los economistas. A pesar de ello, los historiadores de la economía respondieron a ese “desprecio” disimulado luchando por diferentes vías para incorporarse plenamente tanto en los planes de estudio correspondientes a la ciencia económica como en aquéllos que se abocaban a la formación académica en la ciencia de la Historia.

Con el paso del tiempo, la Historia Económica ha edificado su episteme en estrecha dependencia con estas dos áreas del conocimiento. Justamente de ahí proviene la dificultad de establecer un concepto propio de dicha disciplina. Por su puesto, siempre ha dependido de la corriente de pensamiento desde la que se le tematicó, la formulación específica del marco teórico con el que se aproxima a la realidad histórica y económica del mundo, así como la metodología determinada para pensarla.

Es preciso entender que las construcciones de una episteme social, así como el desarrollo de sus marcos teóricos, están siempre vinculados con contenidos que no son neutrales, objetivos o políticamente imparciales (a diferencia de lo que postula la ciencia positiva), ni enteramente relativos (como gusta formularlo, en la actualidad, el discurso posmoderno). Pensar la formulación histórica del concepto de Historia Económica tomando en cuenta las diversas dimensiones de la realidad que la integran implica pensar las diversas raíces sobre las que se fundamenta. En primera instancia, es necesario pensar en su dimensión política, que desde el siglo XVII se haya ligada al pensamiento que se construye desde la razón del Estado. En segundo lugar, es inevitable tomar en cuenta a algunos pensadores de la economía vinculados al discurso crítico de la modernidad, el cual tomó un rostro más visible a partir de las revoluciones europeas de 1848 (por ejemplo, la

concepción materialista de la historia). Finalmente, es fundamental recapacitar sobre el proceso que condujo a la institucionalización de las ciencias, el cual, en la última parte del siglo XIX, incorporó a la Historia Económica (HE) en el mundo académico en estrecha relación con la ideología del discurso dominante del Sistema Mundo Capitalista, que logró una hegemonía global durante gran parte del siglo XX.

El otro marco temporal en que ubicamos a la HE, pensándola desde una perspectiva mundial, es la etapa posterior a los años 60, porque, desde nuestra perspectiva, a partir de esas fechas las estructuras de saber del mundo moderno entraron en un proceso de reorganización cada vez más radical. Ello no significa, por supuesto, que antes no hubieran sufrido transformaciones y cambios, sino que la particularidad de esta última etapa radica en el cuestionamiento que se hizo a los paradigmas en que se fundaron los saberes modernos, es decir (refiriéndonos particularmente a las ciencias sociales), al cuestionamiento radical de aquel objetivo que pretendía convertir esos saberes en ciencias positivas que, bajo supuestos rigurosos, objetivos, exactos y precisos, dejaran a un lado el discurso crítico, tachándolo de poco neutral y pleno de juicios de valor, como si el apearse a los pilares de la ciencia institucionalizada en el siglo XIX permitiera una neutralidad absoluta. Al contrario, lo que se ha demostrado con el paso del tiempo es que la búsqueda de neutralidad en las ciencias sociales es simplemente imposible de principio, incluso en sus versiones oficiales o “cientistas”, no sólo por su vínculo con lo humano (y, en ese sentido, con su carácter político y social), sino porque el discurso dominante se distingue, precisamente, por sostener y defender la imposibilidad de la transformación o el cambio social antisistémico, anticapitalista, antijerárquico, antipatriarcal, etc., es decir, porque las ciencias sociales institucionalizadas en el siglo XIX han perseguido, desde el principio (si bien disfrazándolo de “seriedad” científica), un interés claramente político, cuyo fundamento no es otro más que el control radical de la posibilidad de transformación social (Wallerstein, 2004).

Teniendo en cuenta este panorama, ¿es posible defender la necesidad de la existencia de la Historia Económica como una disciplina fundamental para los

estudios referentes al ámbito económico?, ¿o bien requiere, para mantenerse y reactualizarse, reafirmarse con una episteme propia dentro de las ciencias sociales, en particular, frente al triunfo de un discurso dominante que ha marcado gran parte del desarrollo de las disciplinas en la Historia y en la Economía? (Cipolla, 1991).

I

Es importante señalar que las formulaciones del pensamiento económico siguieron un camino muy apegado a las problemáticas económico-políticas de los países europeos durante varios siglos. Posteriormente, cuando a principios del siglo XX se radicalizó aún más la división de las disciplinas y el proceso de su institucionalización, la ciencia económica se propuso estudiar los comportamientos individuales en el mercado –en abstracto, a nivel nacional y, posteriormente, a nivel internacional–, insistiendo en la necesaria separación de lo político y lo económico, es decir, eliminando el estudio de las funciones del Estado del plano económico, resaltando, en exclusiva, el funcionamiento “natural” y “autónomo” del mercado. Sin embargo, dicha pretensión no pudo evitar que la gobernanza y conducción de las poblaciones se convirtiera en una tarea importante del análisis de los economistas (Foucault, 2006).

Para adentrarnos a la crítica particular que haremos en este escrito, partiremos de una idea que nos permitirá replantear uno de los postulados más importantes sobre el que se construye el discurso dominante de la Historia Económica, es decir, aquél que sostiene que el objetivo central de ésta es descubrir las leyes que rigen las etapas del crecimiento y del desarrollo económico en una sociedad determinada. Bajo esta perspectiva, el desarrollo y el crecimiento económico capitalista es puesto como sinónimo de progreso social y humano. En sentido contrario a esta perspectiva, lo que se intentará aquí es realizar una crítica a las bases teóricas sobre las que se ha construido dicha idea. Para ello, reintroduciremos las herramientas de la teoría o de la crítica de la economía política, que reconstruye, desde el presente, el origen de las contradicciones

inherentes a la economía capitalista, gracias a lo cual se puede entender que no todo en la historia económica de la modernidad es mero progreso.

Un eje fundamental para comprender la relación histórica entre el avance del capitalismo como sistema moderno (basado en la subordinación formal y real del trabajo al capital) y el desarrollo contradictorio de su economía es aquél que da cuenta de la forma en la que se logró el sometimiento paulatino de los diferentes procesos de reproducción social al modo capitalista de producción y reproducción, el cual fue extendiéndose gradualmente a lo largo de todo el mundo, de tal manera que canceló la posibilidad de una modernidad capaz de trascender la escasez tanto de bienes materiales como de “riquezas” simbólicas que posibilitaran la reproducción de la vida de acuerdo a las necesidades humanas y no a las de un ente abstracto como lo es el valor que se valoriza. Ahora bien, este eje, aparentemente abstracto, tiene, en realidad, un contenido concreto, cuyo aporte particular es fundamental para entender los caminos abiertos por la historia moderna del sistema, así como, a la par, del desarrollo de las ciencias sociales modernas, que difícilmente pueden separarse de su contexto histórico (Echeverría, 1986).

En todo el mundo (en algunos lugares más desgarradoramente que en otros) se ha vivido, desde hace siglos, la contradicción característica del sistema:

La acumulación de riqueza en un polo es al propio tiempo, pues, acumulación de miseria, tormentos de trabajo, esclavitud, ignorancia, embrutecimiento y degradación moral en el polo opuesto, esto es, donde se halla la clase que produce su propio producto como capital (Marx, 1982a:805).

Si bien se puede decir que la humanidad libra, desde siempre, una guerra cotidiana por superar todo tipo de problemas, no sólo económicos, sino sociales, políticos, psicológicos, culturales, médicos, etc., la principal batalla es la de sobrevivir día a día, como consecuencia de la destrucción económica que ha dejado el reordenamiento mundial y la crisis estructural del Sistema-Mundo capitalista.

Si bien resulta inevitable arrancar de ciertas generalidades que permitan entender el desarrollo global del capitalismo, la historia concreta de cada proyecto o respuesta particular (nacional) a las contradicciones generadas por el moderno Sistema-Mundo está llena de elementos singulares que permiten enriquecer, fortalecer o contradecir, en el mejor de los casos, las tendencias generales de su desarrollo histórico. En ese sentido, el ensayo partirá de la exposición de algunos de los aspectos más generales que constituyen las bases del sistema, para luego rastrear las relaciones concretas sobre las que se tejió una determinada práctica ideológica, cuya procedencia no se ubica en algo irreal o en una falsa conciencia, sino en un objetivo auténtico y concreto, sea explícito o no, consciente o inconsciente, desde el que se han constituido las diferentes zonas que integran el Sistema-Mundo Capitalista.

El objetivo, pues, es comprender cómo los paradigmas de desarrollo y crecimiento se han establecido, desde el origen del capitalismo, articulados a un proyecto global dirigido desde una liderazgo económico, impulsor de un determinado tipo de modernidad capitalista, la cual, desde sus centros de poder, ha negado toda forma de reproducción social diferente o contraria a la que impulsa el devenir de su economía, por lo que toda alternativa de reproducción socio-política diferente a la desarrollada por ella ha sido simplemente negada. Es importante señalar aquí que dicho proyecto ha ido siempre de la mano del poder político del Estado; y es desde éste que se deriva, a la vez, un tipo determinado de discurso “económico”, que fortaleció y sustentó el desarrollo conjunto del sistema.

¿La pregunta central es por qué ha triunfado un tipo determinado de discurso económico al interior de la episteme de la HE, centrado en promover la imagen de una modernidad progresiva y racional como la única posible?

Desde el horizonte dominante del discurso institucionalizado de las ciencias sociales, la economía continúa defendiendo la construcción de una fantasía social, desde la cual la modernidad capitalista es vista, en su pleno desarrollo, como la única forma capaz de construir una sociedad no escindida por antagonismos, en la que el nivel de vida de las poblaciones acusa un crecimiento paulatino, por lo que toda derrota de aquello que se opone al “progreso” de la civilización capitalista es

festinada como un triunfo para la humanidad. Todo este discurso forma parte de una realidad ideológica que impacta históricamente en el desarrollo de la ciencia económica, desde su nacimiento, y, con especial fuerza, a partir de su institucionalización en el siglo XX. El presente escrito plantea abrir vías de investigación sobre cómo podría entenderse el concepto de desarrollo económico formulado desde la primera expansión del sistema mundo capitalista.

El proyecto surge del interés por entender cuáles han sido las bases teóricas principales sobre las que se sustentó la idea de que la Historia Económica tiene como objetivo estudiar el proceso de desarrollo y crecimiento económico de las diferentes regiones y países que conforman el mundo. Su finalidad es la de deconstruir el contenido ideológico que plantea que:

... el estudio de la historia económica puede abordarse, hasta cierto punto, como la historia del desarrollo económico [...], pues el desarrollo humano ha sido posible, entre otros elementos, gracias al progreso material en el [...] desarrollo de la producción, de los factores productivos, de la distribución y del consumo de bienes y servicios (Cabrera, 2011: 86).¹⁸

Por ello se insiste que en un plano aparente o ideológico de la realidad dicho discurso ha funcionado históricamente desde el lado “positivo” de la modernidad, sobre el que se sustenta la propia realidad de la economía capitalista; es decir, si se observa la forma en la que se desenvuelve la modernidad capitalista, dicho planteamiento cumple la función de afirmar la falsa promesa sobre la que se erige dicho sistema: “La posibilidad de trascender” la escasez fundante de las economías precapitalistas (Echeverría, 1989: 41-62).

De esta manera, el trabajo avanza en el desciframiento de los elementos reveladores del origen ideológico de la concepción progresista que se encuentra en la base discursiva del sistema. Con ese fin en mente, se expondrán los proyectos de desarrollo económico que, de manera consciente o inconsciente, se impulsaron desde el horizonte económico-político abierto desde el origen del sistema capitalista.

¹⁸ No suponemos que el autor de este texto simpatice plenamente con esta idea, lo retomamos porque sintetiza de manera precisa el punto que queremos criticar.

Resulta importante cambiar el centro de análisis para demostrar que las ideas de desarrollo y crecimiento no implican necesariamente la confirmación de un progreso humano a nivel global. Revelar las contradicciones del sistema y las bases ideológicas sobre las que se construye es de trascendencia cardinal para que la Historia Económica tome conciencia de lo medular que resulta la transformación de la realidad, con el objetivo de combatir la falsa promesa que sostienen que el perfeccionamiento económico del capitalismo es la única forma para que la humanidad supere un día la escasez fundante de las economías precapitalistas y con ello las jerarquías y contradicciones sociales.¹⁹ El edificio ideológico sobre el que se institucionaliza la HE disuelve teóricamente todos los antagonismos originados por las desigualdades y contradicciones del Sistema Mundo Capitalista. Hablar del crecimiento exponencial del nivel de vida de las poblaciones occidentales, de la lucha de las naciones subdesarrolladas contra el hambre, las enfermedades y la pobreza, para acercarse a los niveles de vida de las economías centrales, construye una fantasía social, contrapartida necesaria del concepto de antagonismo: “una fantasía es precisamente el modo en que se disimula una figura antagónica” (Žižek, 1992:171,1749).²⁰

La representación fantaseada de un Sistema Mundial sustentador del proceso de desarrollo económico progresivo e incluyente no es más que una simple y vulgar expresión ideológica de nuestro tiempo. Desde esta tergiversación de la realidad, se construye la imagen política de que el capitalismo puede existir sin escisiones antagónicas, en una constante lucha por consolidar el progreso humano en general. El propósito político de la fantasía ideológica es construir una imagen de una sociedad que no se halla escindida por antagonismos, en la que las relaciones entre sus partes son orgánicas y se complementan armónicamente.

¹⁹ Immanuel Wallerstein hace un análisis muy detallado del origen de la propaganda desarrollista y de cómo está ha sido adoptada como discurso oficial de todos los Estados en el Sistema Mundo a partir de los años 70. (Wallerstein, 1990).

²⁰“Así, por ejemplo, nadie se atrevería a decir hoy por hoy que ‘apoya un proyecto insustentable’, ya que la ‘sustentabilidad’ y el ‘desarrollo sustentable’ han pasado a ser parte de la fantasía de completitud gestada y manipulada ideológicamente por las Naciones Unidas y el Banco Mundial. Siendo, por lo tanto, términos marcados, que aparecen como ‘objetivos’, deseos, fantasías de casi cualquier práctica social, esté o no relacionada directamente con políticas de esos organismos”. (Mastrangelo, 2006: 04).

Esto no significa que todos los países no puedan introducir nuevas formas de producción mecanizada o tecnologías de información avanzadas, rascacielos o cualquiera de los símbolos exteriores de la modernización. Hasta cierto punto todos pueden hacerlo. Pero eso no significa necesariamente que todo el país, o al menos la mayoría de su población, vaya a estar mejor. En realidad, tanto el país como el pueblo pueden quedar peor, a pesar del “desarrollo” visible (...). La geo-cultura del desarrollo —la construcción histórica de una presión cultural para que todos los estados emprendan un programa de “modernización” o “desarrollo”, programa que para la mayoría de los países debe ser necesariamente inútil— nos ha llevado al callejón sin salida en que nos encontramos hoy. Estamos desencantados con el “desarrollo” tal como se predicaba en el periodo 1945-1970. Ya sabemos que puede no llevar a ninguna parte. En consecuencia, buscamos opciones que, sin embargo, a menudo se formulan todavía como caminos opcionales hacia el “desarrollo nacional”. Ayer era la planeación estatal y la sustitución de importaciones; hoy es el ajuste estructural (o terapia de choque) y la especialización del mercado dirigida por las exportaciones. Y en algunos lugares es un tercer camino no muy claro. Pasamos de una fórmula mágica a otra, frenética y desesperanzadamente y a veces con cinismo. En el proceso algunos prosperan, pero la mayoría no. ¿Habremos de pasar los próximos treinta años en esta jaula giratoria? Esperemos que no, porque indudablemente enloqueceríamos y tendríamos ataques de violencia (Wallerstein, 1999: 140).

II

Así pues, partiremos de un propósito general: exponer el desarrollo de la economía capitalista desde el mirador de la construcción de la hegemonía de un capitalismo histórico que ha dado forma global al Sistema-Mundo Moderno. El objetivo central es mostrar cómo se construyó, en sus diversas versiones ideológicas, el mito articulador del desarrollo económico para todas las naciones.

Empecemos señalando que:

La hegemonía es una rara condición; hasta la fecha sólo Holanda, Gran Bretaña y los Estados Unidos han sido potencias hegemónicas en la economía mundo capitalista. Cada uno de estos países ha ocupado esta posición durante un periodo relativamente breve, y Holanda el que menos plausiblemente, porque no fue en modo alguno el gigante militar de su época (Wallerstein, 2005, TII:5).

Es preciso entender la forma en la que el proyecto ideológico de modernidad y el propio desarrollo capitalista, para las distintas regiones del mundo, partió de un centro hegemónico. Dicho proyecto tuvo, desde el comienzo, un sustento mítico o fantástico, ya que, desde su origen, el Sistema-Mundo Capitalista se construyó a partir de una escisión geográfico/espacial jerarquizada, dada por la división internacional del trabajo promovida desde los centros hegemónicos, lo que no implicó, en ningún sentido, un avance o progreso económico para la mayoría de las zonas del mundo –incluidas las extensas zonas del Estado hegemónico mismo–, incorporadas al circuito de la economía mundo capitalista, y en particular las definidas como periferias por el país cuyo liderazgo se hizo valer en determinado periodo histórico.²¹

Desde el punto de vista de la división geográfica del mundo, el papel de las economías centrales está siempre en juego por la importancia que para ellas tiene la lucha por alcanzar las mayores ventajas competitivas en determinada época histórica. Lo que se busca, en primera instancia, es asegurar las mayores tasas de ganancia en el mercado mundial, por lo que, a la par, en segunda instancia, se lucha por afianzar el poder político, nacional e internacional, que les permita controlar los intercambios de valor como mejor convenga a sus capitales y a sus gobiernos. En ese sentido, las economías centrales son las que verdaderamente pueden competir por el desarrollo económico impulsado por un determinado país hegemónico en una determinada dinámica espaciotemporal del Sistema-mundo capitalista.

En esta lucha, los países periféricos quedan atrapados dentro de los circuitos de producción e intercambio de las economías centrales, con las cuales tienen o despliegan lazos económicos, políticos, sociales, culturales e históricos. Los lazos

²¹ El intercambio crea una geografía propia de la interacción humana; se aglomera en un espacio con el fin de acortar la fricción de la distancia. Las divisiones territoriales y del trabajo surgen de esos procesos de intercambio en el espacio. “La actividad capitalista produce así un desarrollo geográfico desigual, aun en ausencia de diferenciación geográfica en la dotación de recursos y posibilidades materiales, que suman su peso a la lógica de las diferenciaciones y especializaciones regionales y espaciales (...) los capitales individuales buscan ventajas competitivas, en el seno de esa estructura espacial y tienden a desplazarse donde los costes son bajos o las tasas de beneficio más alta. El capital excedente en un lugar puede utilizarse en algún otro en el que no se ha agotado todavía las oportunidades rentables. Las ventajas de ubicación desempeñan para los capitalistas individuales un papel similar a las tecnológicas”. (Harvey, 2004: 84).

son tales que, tanto los gobiernos de las periferias como sus capitales (nacionales, privados o de retaguardia), se ven obligados a defender ese tipo de desarrollo, subordinado gran parte de su actividad económica a una determinada división internacional del trabajo favorable al centro. A pesar de que su dinámica les impide alcanzar la tan anhelada meta de “crecimiento y desarrollo económico”, correspondiente únicamente a las naciones dominantes y a sus economías centrales, la ideológica liberal promueve constantemente dicha fantasía desarrollista. Las áreas externas al sistema mundial se encuentran en una posición aún más débil, ya que muchas veces son vistas y establecidas como simple zonas de saqueo, de tal forma que no tienen la más mínima oportunidad de participar en la organización política del Sistema Interestatal Mundial.

De esta manera, la posibilidad auténtica de un desarrollo nacional dentro del marco de la economía mundo capitalista resulta imposible para la mayoría de los Estados y regiones del mundo. No hay manera en que muchas o varias zonas del mundo se “desarrollen” de forma similar (y esto es válido tanto para la actualidad como para el largo siglo XVI en el que se origina el Sistema Mundo Capitalista).

Por ello mismo, para que la Historia Económica coadyuve, en realidad, como una herramienta de comprensión y transformación de nuestro presente y futuro, es indispensable un cambio de enfoque teórico. Con ese objetivo en mente, se propone modificar el punto de partida del análisis y la interpretación de la realidad histórico-económica por un horizonte que considere y retomé la perspectiva abierta por la teoría crítica en su concepción sobre el capitalismo y su economía política, con la finalidad de abrir líneas de investigación que permitan pensar alternativas reales a los proyectos modernizadores impulsados desde las economías centrales y el Estado hegemónico.

III

Bajo estas premisas, es importante repensar la historia económica desde una perspectiva que dé cuenta del porqué de esta formación jerárquica de la geografía histórica del capitalismo, sobre todo para entender que el desarrollo económico de

un país hegemónico, o economía central, no implica un “desarrollo” igual para una economía periférica; de modo contrario, las economías periféricas, dadas las condiciones históricas sobre las que se fundamenta la división jerarquizada del Sistema Mundo Capitalista, difícilmente podrían monopolizar las actividades económicas de mayor valor añadido dado que son zonas en las que la productividad del trabajo es muy baja, en las que los sistemas financieros no está monopolizado por ellas mismas, y sobre todo porque que desde su entrada a la economía mundo capitalista han estado incorporadas en una dinámica histórico-económica particular, muy conectada con la división mundial del trabajo desde desde el centro, es decir, como áreas incorporadas a las necesidades productivas, comerciales y financieras de los focos de la economía mundo capitalista.

Para ampliar más esta idea, es preciso señalar que hay diferentes bases históricas que se articulan alrededor de esta interpretación y presentar, de forma general, cada una de ellas para complementarlas con una perspectiva que recupere el discurso crítico de Marx, así como los planteamientos de los historiadores pertenecientes a la corriente de la teoría crítica.

1.- Bases materiales para la expansión y hegemonía del Modo de Producción Capitalista (MPC).

La dinámica histórica que impulsan los procesos de acumulación basados en la tendencia a subordinar el proceso de reproducción social histórico concreto (la producción, la circulación y el consumo de la riqueza social) a la lógica del capital, es decir, a una lógica que reproduce y desarrolla la vida social desde su sometimiento al proceso de valorización del valor, expresa que la acumulación de capital es continua porque existen mecanismos y tendencias mediante las cuales el que actué de otro modo será excluido de la escena social capitalista (Wallerstein, 2005:20).

En este punto, es importante hacer una formulación histórica sobre las formas en las que se consolida dicho mundo jerarquizado, ya que con el desarrollo de la producción capitalista se genera una “nueva relación de hegemonía y

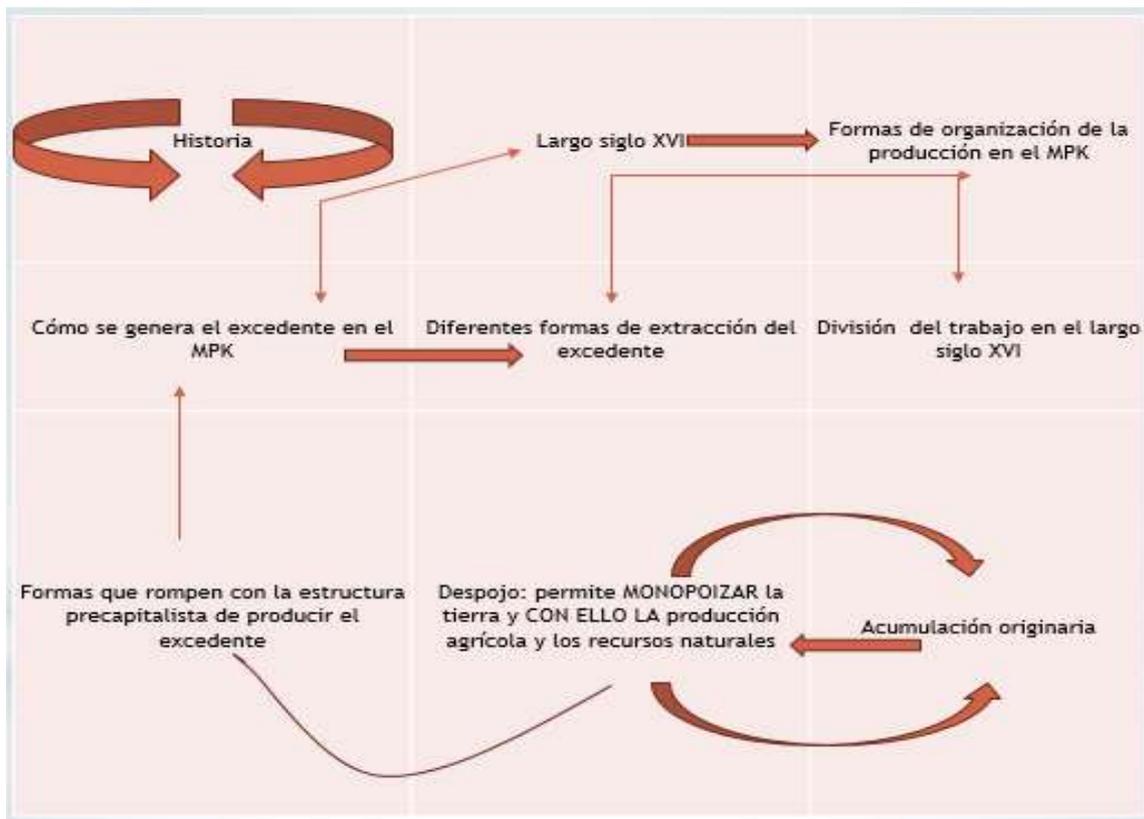
subordinación –que a su vez produce también sus propias expresiones políticas.” (Marx, 1984:62). Entender cómo se impulsa esta primera hegemonía es un punto de partida necesario, que en los posteriores ciclos del desenvolvimiento histórico del capitalismo se desarrolla con sus características particulares y con una complejidad cada vez mayor.

Lo primero que debe tomarse en cuenta en esta explicación es cómo se genera históricamente el excedente en el modo de producción capitalista (MPC), porque de él emana la base de la forma en que se reproduce y desarrolla la producción de la riqueza social en el moderno Sistema-mundo.

Retomando el planteamiento de Wallerstein (Wallerstein, 2005, TI: 21-93) sobre el origen de la Economía Mundo Capitalista (EMC), se puede establecer que para que dicho MPC se desarrollara fueron necesarios tres elementos:

- *Una expansión del volumen geográfico del mundo europeo.* Dicha expansión se dio al interior y al exterior de Europa, implementando procesos de despojo y colonización en diferentes áreas del mundo cuyas formas de reproducción social aún eran pre-capitalistas, pero que se transformaron por este proceso de ocupación, dando pie a una metamorfosis del espacio social.
- *Desarrollo de varios métodos de explotación del trabajo para diferentes productos y zonas de la economía mundo.* Para que se desarrollaran dichos métodos fue necesario que el trabajador fuera despojado de sus medios de producción o de sus comunidades reproductivas –como fue el caso de grupos poblacionales esclavizados.
- La creación de relativamente fuertes aparatos de Estado, hasta quedar integrados en los Estados del centro de la EMC.

Los tres puntos anteriores fueron impulsados por el proceso de acumulación originaria, como se explica en el esquema 1 y 2. Es muy importante entender que estos métodos de extracción de excedente son los que iniciaron, en gran parte, las transformaciones sociales que complicaron el proceso de reproducción social precapitalista y lo subordinan formalmente a la producción de plusvalor.



En ese sentido, la acumulación originaria de capital (AOC) sirve para marcar una etapa inicial del capitalismo, da origen al sistema actual, y sin ella, no se hubiera podido desarrollar de la manera como lo ha hecho hasta nuestros días.²²

Las principales características de la AOC son: la separación del productor de sus medios de producción o de vida; la consecuente tendencia a la formación de la mercancía fuerza de trabajo, producto de la expulsión del campo, y la concentración en pocas manos de las tierras de cultivo (lo que dio origen a una agricultura intensiva bajo la forma capitalista). “Los capitalistas burgueses

²² En términos de Adolfo Sánchez Vázquez, quien desarrolla una perspectiva de análisis social con especial énfasis en lo histórico-estructural, apunta que es necesario establecer una génesis de las estructuras (económica, política, social, etc.) para visualizar su desarrollo y futuro fin; sin esta cualidad, no se puede pensar la conclusión de un ciclo social que derive en la transformación o tránsito (re-evolución) a otra forma de organización social, política y económica. Como concepto histórico, la Acumulación Originaria, nos indica un punto fundante o de partida o de arranque del capitalismo, como concepto económico nos indica un proceso constante de avance y expansión de las relaciones capitalistas, necesario para la reproducción ampliada de capital. (Sánchez, 1997)

favorecieron esta operación, entre otras cosas, para convertir el suelo en un artículo puramente comercial”. (Marx, 1973, Tomo I:616).

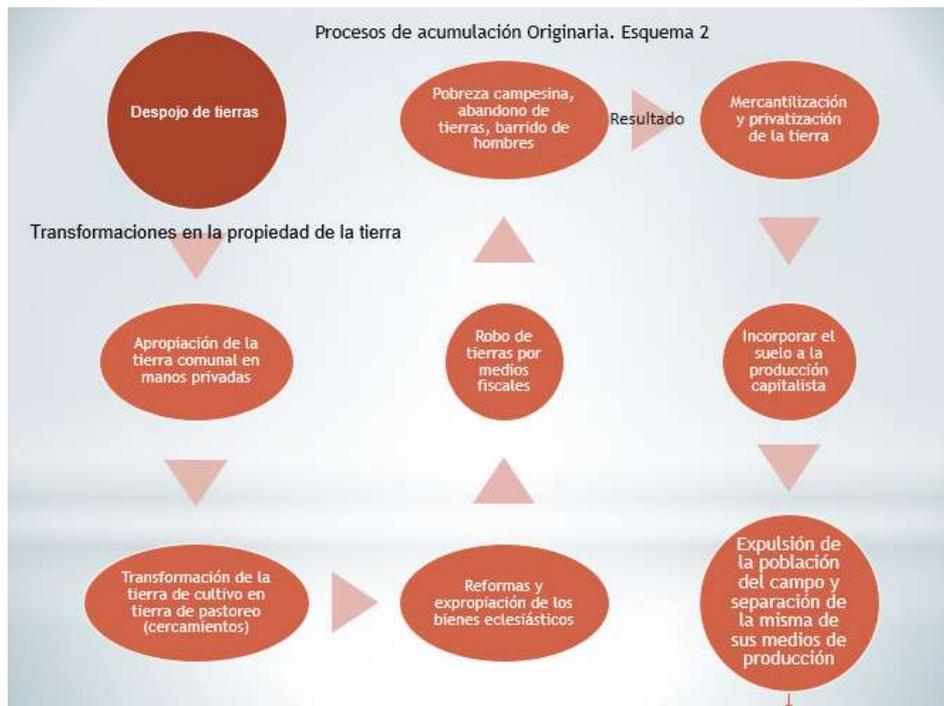
Esta Acumulación Originaria debe entenderse como un proceso económico, cuya dimensión histórica marca un origen claro del modo de producción capitalista, aunque, como señala Henry Lefebvre, podemos decir que con la historia de este modo de producción, tenemos también la confirmación de un “doble monopolio”: por un lado, el que hace referencia a la concentración de los medios de producción, particularmente en la industria y estrechamente ligado al crecimiento de las ciudades, y por otro, el que habla de la centralización cada vez más significativa de tierras, desde donde se ejerció un control de la producción agrícola, así como de la apropiación monopólica de varios recursos naturales (Lefebvre, 2013).

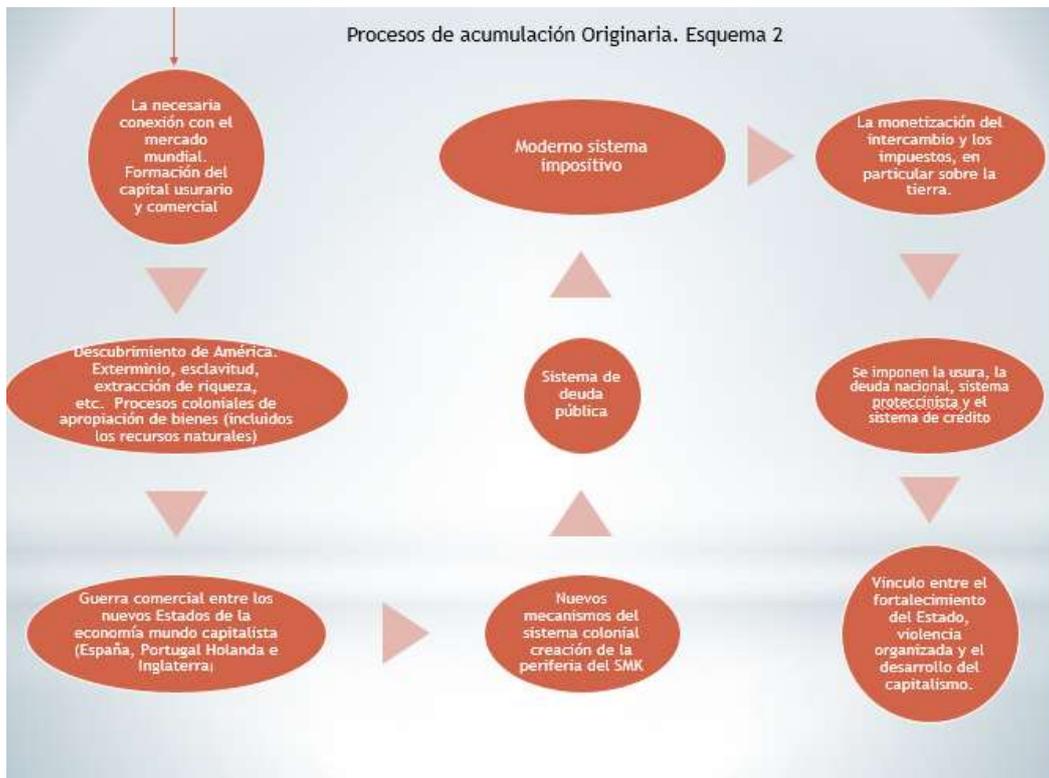
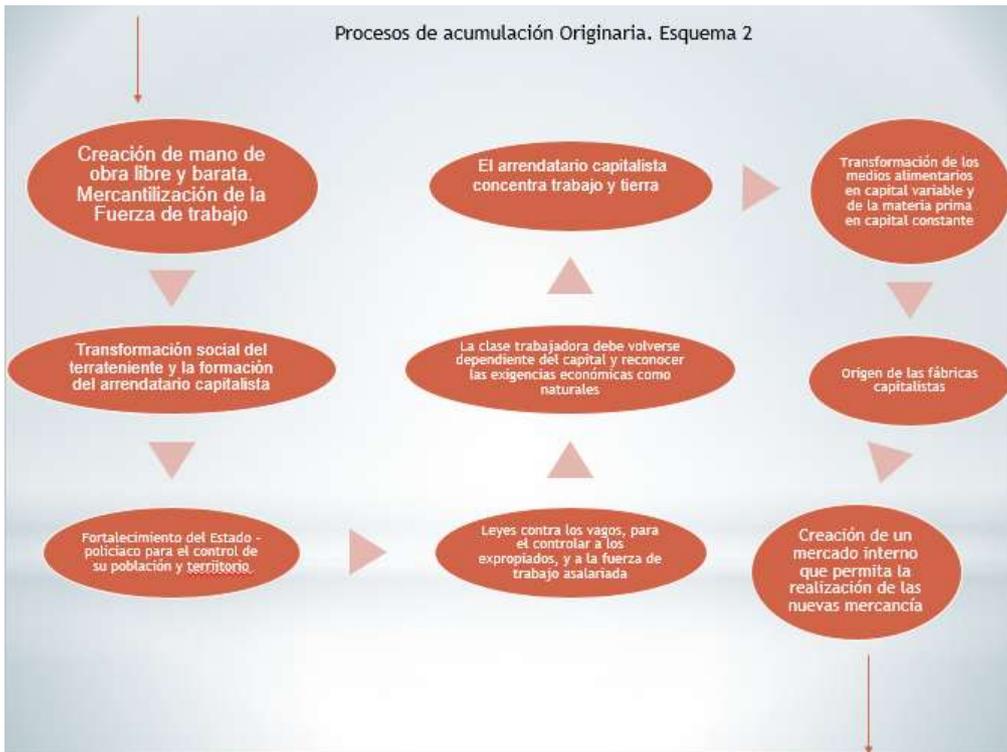
Es importante señalar que la primera expansión de la EMC, al cambiar las formas de reproducción social precapitalistas, supuso un desarrollo desigual que dotó al sistema de una cierta unidad bajo la formación de múltiples capas que polarizaron la distribución de la riqueza de manera diferencial.

Así, concretamente, en el siglo XVI existían oposiciones entre el centro de la economía-mundo europea y sus áreas periféricas, en el seno del centro europeo, entre los Estados, en el interior de los Estados, entre las distintas regiones y estratos, en el seno de las regiones, entre la ciudad y el campo, y en último término en el seno de unidades más locales. (Wallerstein, MSM, p.115).

Como hemos señalado, hasta aquí “la llamada acumulación originaria no es, pues, más que el proceso histórico de disociación entre el productor y sus medios de producción. Se le llama “originaria” porque forma la prehistoria del capital y del régimen capitalista de producción.” (Marx, 1973, Tomo I:608). Sin embargo, es importante señalar que las características de la AOC mencionadas por Marx deben ser pensadas como totalidad, envueltas en procesos en desarrollo, nunca como simples hechos dados que acontecen en un mismo momento histórico, ya que todas éstas, “han seguido poderosamente presentes en la geografía histórica del capitalismo hasta el día de hoy.” (Harvey, 2004:117).

En el siguiente esquema presentamos las más importantes:





2. Formas de producir el excedente en el MPC: la división europea del trabajo, 1450-1640

La acumulación de capital presupone la plusvalía, la plusvalía la producción capitalista y ésta la existencia, en manos de los productores de mercancías, de grandes masas de capital y fuerza de trabajo. Todo este proceso parece moverse dentro del círculo vicioso, del que sólo podemos salir dando por supuesta una acumulación "originaria" anterior a la acumulación capitalista; una acumulación que no es resultado, sino punto de partida del régimen capitalista de producción. (Marx, 1973, Tomo I, 607).

El punto de partida sigue siendo el mismo: el desarrollo desigual en la economía capitalista es la base de dicho sistema y se puede observar de mejor manera en que, si bien es cierto que el trabajo libre es un elemento definitorio del capitalismo, no lo es en todas las empresas productivas que desempeñan funciones particulares a lo largo de la historia moderna. En este punto, es importante indicar que el trabajo libre fue la forma de control que se utilizó para los trabajos calificados en los países del centro de la EMC, mientras que, en contraparte, en las áreas periféricas, el trabajo obligado fue utilizado ampliamente en vinculación con los sectores productivos menos especializados. Dicha combinación, señala Wallerstein, es esencial para el capitalismo. En el siguiente cuadro exponemos las formas más importantes.

División del trabajo en el MPK durante el largo siglo XVI			
División geográfica del mundo	Formas de extracción del excedente	Formas de organización de la producción	Propietarios de la tierra y de otros medios de producción
Centro	Forma clásica: Trabajo asalariado, intermitente (asalariado-autoconsumo). Ubicados casi en su totalidad en Europa Occidental.	Agricultura intensiva, la tierra pasó de ser arada a ser usada para pastos, cultivos variables y especializados. Desarrollo artesanal y manufacturero	Reyes, terratenientes, arrendatario capitalista, nobles, yeomen, gentry, aparceros, comerciantes, usureros, pequeños campesinos, etc.

Productos estratégicos de cada zona	Tipo de trabajo	Ganancias
carnes, granos y productos más diversificados.	Tipo de trabajo: trabajo cualificado, trabajo diversificado y especializado	<p>La expansión económica: un período de Crecimiento demográfico, de mayor productividad agrícola y de la «primera revolución industrial». Señaló el establecimiento de un comercio regular entre Europa y el resto del mundo habitado</p> <p>La tierra a otros usos (pastizales, con una mayor tasa de ganancia, o arrendamiento a cambio de dinero a los pequeños campesinos, suponiendo ambas soluciones el prescindir de las prestaciones de trabajo feudales) y utilizar las nuevas ganancias para invertir las en el comercio y la industria y/o en lujos aristocráticos Noroeste de Europa.</p>

Periferia	<p>Sobreexplotación del Trabajo: Trabajo esclavo (de origen africano- localizada en el hemisferio occidental).</p>	<p>Productos con uso intensivo de mano de obra, poca habilidad para la cosecha-poca inversión en supervisión, pero con supervisión brutal. Población limitada en zonas para monocultivos cultivos para el mercado. Trabajo poco especializado.</p>	<p>El Estado: Reyes, virreyes, colonizadores, nobles, burguesía patricia.</p>
	<p>Trabajo obligado en cultivos para el mercado. Clase "servil" ubicada en Europa oriental y en menor medida de indios americanos en el hemisferio occidental. Encomiendas (peonaje), protoasalariado -población indígena, ubicada en la América Española.</p>	<p>Productos con sistemas de control del trabajo agrícola en la cual el trabajador se le obliga, por medio de algún medio legal estatal, cumplir al menos un tiempo parcial en dominios de grandes dimensiones que produce productos para su venta en el mercado mundial . Suministro de FZW.</p>	<p>Estado: Zares, Nueva clase de terratenientes, campesino medio, campesino acomodado, arrendatario capitalista, latifundistas, caciques.</p>

<p>Monocultivo: Azúcar y algodón. Grandes plantaciones. Cultivos para el mercado mundial como granos y productos maderables.</p>	<p>Trabajo esclavo poco especializado.</p>	<p>Las ganancias inmediatas de la empresa eran compartidas, como veremos, por grupos de las áreas centrales, grupos de comercio internacional y personal local supervisor (que incluye, por ejemplo, tanto a los aristócratas en Polonia como a los funcionarios públicos y los encomenderos en la América española). La masa de la población estaba dedicada al trabajo obligado, un sistema definido, circunscrito e impuesto por el Estado y su aparato judicial. Los esclavos eran utilizados en la medida en que era rentable hacerlo, y donde tal extremosidad jurídica era excesivamente costosa, la alternativa de una mano de obra formalmente libre, pero legalmente sometida a coerción, fue empleada en los cultivos para el mercado</p>	
	<p>Trabajo semilibre un poco más productivo en cultivos para el mercado. En ambos casos la tecnología se basaba en el uso intensivo de mano de obra, y el sistema social, en la explotación del trabajo.</p>	<p>Por otra parte, podía intentar obtener mayores ganancias intensificando la producción de cultivos básicos para el mercado (en especial de grano), invirtiendo después sus nuevas ganancias en el comercio (pero no en la industria y/o en lujos aristocráticos)</p>	
<p>Semiperiferia</p>	<p>Trabajo bajo el régimen de aparcería. Asalariado. Campesinos de la Europa occidental y meridional.</p>	<p>Agricultura semi intensiva, producción para el mercado mundial, y agricultura con pequeñas propiedades sin riesgos grandes.</p>	<p>Reparto de los riesgos entre Terratenientes y pequeños campesinos.</p>
<p>Cereales y productos agrícolas.</p>	<p>Trabajo semiespecializado.</p>	<p>La aparcería, como respuesta parcial a la creación de una economía-mundo capitalista, en la forma de empresas semicapitalistas, sin duda adecuadas para las áreas semi-periféricas.</p>	

Fuente: (Wallerstein, 2005 TI: 93-187).

Basándonos en el cuadro anterior, queremos mostrar que las relaciones de producción que definen a un sistema son las relaciones de producción del sistema en su conjunto, y el conjunto de éste es el de la economía mundo capitalista europea con sus conexiones al interior y al exterior de dicho continente. La combinación de las formas de control, que surgieron en el largo siglo XVI, fueron la esencia del capitalismo. Sus diferentes modos de organizar el trabajo (esclavitud, segunda servidumbre, sistema asalariado, aparcería), todo combinados en el mismo punto temporal en el seno de la economía mundo capitalista le dieron unidad y establecieron las bases sobre las que se sustentó el desarrollo desigual en el SMC.

De este modo, el SMC ha sido desde sus comienzos una economía mundo, y dicha economía ha sido hasta el momento capitalista. Como economía mundo abarca desde los inicios una zona geográfica extensa. En cuanto economía capitalista, se formó a partir de una división del trabajo que le dio unidad. La división del trabajo (DT) es importante, ya que a partir de ella se da el intercambio de mercancías con intensos flujos de capital y trabajo. La forma en que se estableció la DT fue eficaz porque se trazó en función de la riqueza en constante expansión de la economía capitalista, que provee una acumulación continua de capital (valor que se valoriza). Evidentemente, aquí no se plantea el establecimiento de un acuerdo explícito entre las clases dominantes para organizar de ese modo la economía, sino de un complejo proceso dialéctico: las diversas naciones y empresas capitalistas se valieron de las circunstancias histórico-concretas con las que se encontró la expansión de la economía mundo europea para sacar ventaja económica de cada zona geo-histórica-social del mundo en su conjunto, lo que, al mismo tiempo, les permitió consolidar el poder económico que les conduciría a ejercer un tipo de actitud o comportamiento *ad hoc* a la dinámica económica internacional.

Un sistema tal de múltiples estratos, de estatus y de recompensa social se relaciona a grandes rasgos con un complejo sistema de distribución de las tareas productivas: en general, aquellos que producen fuerza de trabajo mantienen a los que producen comida, que mantienen a los que producen otras materias primas, que a su vez mantienen a los

implicados en la producción industrial (y por supuesto, al progresar el industrialismo esta jerarquía de servicios productivos se hace más compleja según, se va haciendo cada vez más refinada esta última categoría)". (Wallerstein, 2005: 115-116).

Mediante la destrucción de las formas de reproducción precapitalista, nuevas formas de producción del excedente, generadoras de plusvalor, surgieron y acompañaron el desarrollo histórico del sistema.

...en la medida en que la exportación algodonera se transformó en interés vital de esos estados, el trabajo excesivo del negro –a veces el consumo de su vida en siete años de trabajo– se convirtió en factor de un sistema calculado y calculador. Ya no se trataba de arrancarle cierta masa de productos útiles. De lo que se trataba ahora *era de la producción del plusvalor mismo*. Otro tanto sucedió con la prestación personal servil, por ejemplo, en los principados danubianos. (Marx, 1975: 283).

3. Formas en que se desarrollan los ciclos de reproducción del capital durante la acumulación originaria de capital, formación o funcionamiento interno del sistema mundo capitalista.

En esta sección, es importante destacar la importancia de los ciclos históricos para entender cómo se da el proceso de reproducción social bajo la forma capitalista, así como dar cuenta de cómo lo que hemos visto en los puntos 1 y 2 permite explicar las bases sobre las que se despliegan el ciclo de acumulación del capital (Arrighi, 1997).

En el modo de producción capitalista, la riqueza se genera de forma cíclica, en unidad de la fase productiva y consuntiva, y su contenido se repone e incrementa bajo la condición objetiva de las diferentes formas en que se extrae el excedente del factor subjetivo de la producción. Es un proceso que sólo se desenvuelve como soporte de la acumulación y reproducción ampliada del capital, la cual ha implicado un sacrificio de ese factor subjetivo y la expulsión de una parte de éste como población excedente, condenado a una existencia en precariedad, o bien a la muerte. (Echeverría, 1986).

De este modo, las consecuencias de la acumulación originaria (separación de los productores de sus medios de producción, expulsión de fuerza de trabajo, concentración de la tierra, etc.) generó o impulsó, en el centro del sistema, la tendencia a la proletarización de la mayor parte de su población, y en las zonas de expansión periférica, provocó procesos de sobreexplotación del trabajo. Con el paso del tiempo, y conforme la economía mundo capitalista se expandió, se fue desarrollando una concentración de capital, lo que significó que la masa de medios de producción creció en proporción mayor a la masa de fuerza de trabajo necesaria para hacerlos funcionar (Marx, 1973). Este mecanismo constante desde una perspectiva del proceso económico propio del capital –de apropiación de tierras, liberación de fuerza de trabajo, etc. - es lo que dio sustento al proceso de acumulación, entendiendo que se trata del mismo proceso (económico-político) de acumulación, pero que se denomina originaria porque fue la base histórica que fundó el modo de producción capitalista. Dicho concepto, explica de manera general, parte de la problemática de apropiación de tierras, expulsiones, etc. – vigente aún en los países con mayores riquezas naturales-, de modo que lo podemos incorporar al análisis de las relaciones sociales capitalistas en expansión y con ello entender las diferencias abismales entre los países centrales y los países periféricos.

Ahora es necesario hacer referencia a la fase mediadora del proceso productivo y consuntivo de la reproducción social: el proceso de circulación, en el que se despliega espacial y temporalmente el valor valorizado de los productos. La mercancía, producto de la forma en que se crea la riqueza en el modo de producción capitalista, debe cumplir un ciclo que se despliega en tres formas: la forma capital dinero (CD), la forma capital productivo (CP) y la forma que adquiere como capital comercial (CC). Lo importante es entender los diferentes ritmos con que cada uno de esos capitales rotan o cumplen sus ciclos en las distintas fracciones de tiempo. Específicamente, el ciclo improductivo, determinado por la circulación mercantil, obliga al capital a adoptar dos figuras: una como capital fijo y otra como capital circulante, ligada cada una de ellas a un sustrato material diferente (Echeverría, 1986). A su vez, el funcionamiento global de la circulación

mercantil –el mecanismo de cambio de manos– se encuentra sometido a una reorganización esencial, proveniente de la necesidad práctica de servir preferentemente a la reproducción del capital.

Para que se cumpla el ciclo del capital, tiene que haber un desdoblamiento contrapuesto en dos ámbitos que son, sin embargo, complementarios: uno es el surgimiento histórico de un mercado donde circulen mercancías capitalistas, y por otro, al mismo tiempo, un mercado de fuerza de trabajo.

Los elementos de mercancía **FT** y **MP**, que componen el capital productivo **P**, no poseen, como formas de existencia de **P**, la misma figura que revisten en los distintos mercados de mercancías en los cuales se los va a buscar. Ahora están unidos (en **P**), y en su combinación pueden funcionar como capital productivo (Marx, 1975, TII:112)

En la esfera de la circulación se les encuentra en mercados separados.

Desde esta perspectiva, y moviéndonos en el plano de la circulación durante el largo siglo XVI, vemos que la conformación de esos mercados a nivel mundial conllevó un fuerte flujo de capital y trabajo a lo largo de las áreas que conforman la economía mundo capitalista. De este modo, la creación de una desigual división geográfica del mundo se mantiene y exacerba con la expansión del capital en su forma mercantil capitalista, porque dicho proceso forma parte de un ciclo temporal en el que el capital lleva a cabo su proceso de rotación, reproduciéndose y metamorfoseándose en diferentes representaciones, para alcanzar la finalidad última que es lograr que la valorización del valor no se detenga. Que no se detenga porque se necesita que el dinero invertido en la producción y en la circulación se recupere, pero, al mismo tiempo, que la fuerza de trabajo no deje de producir y generar más y más valor. Por eso, al tiempo que acontece el proceso productivo, tiene que suceder el proceso de intercambio mercantil y el proceso de generación de la liquidez dineraria, necesario para continuar con la reproducción global del capital.

En ese sentido, desde el plano de la circulación mercantil, la forma en que se organiza el sistema también expresa una diferencia claramente jerarquizada entre

las zonas económicas que integran al sistema, más aún si lo vemos desde la forma en que se construyen los intercambios comerciales a nivel mundial.

El descubrimiento de América, el rodeo del Cabo abrieron un nuevo campo para la burguesía que estaba surgiendo. Los mercados de la China y de la India Oriental, la colonización de América, el comercio con las colonias, el aumento de los medios de intercambio y de los artículos de consumo, en general, provocaron un impulso jamás visto al comercio, la navegación, a la industria, y así también un rápido desarrollo al elemento revolucionario en la tambaleante sociedad feudal (...) (Marx y Engels, 1968:36).

La circulación de los artículos de consumo y la circulación desarrollada de estos, el comercio, conforman las precondiciones históricas bajo las que surge. Tanto el comercio mundial como el mercado mundial durante el siglo XVI abren la historia moderna del capital (Berch, 1977: 1331, 1333).

Giovanni Arrighi (Arrighi, 1999), en sus estudios sobre los orígenes del Sistema Mundo, subraya algunos lineamientos que forman parte de la historia sobre la que se sustenta el florecimiento de la economía mundo capitalista en la vasta área del mundo mercantil y financiero. Estas dos figuras sobre las que se propaga el sistema adquieren el nombre de: expansión material y expansión financiera.

En la primera, el capital invertido en la producción se concreta en una combinación particular de *inputs* y *outputs* que se encuentran directamente en función de un posible beneficio. Dicho beneficio podrá ser metamorfoseado en incremento del dinero invertido al inicio del ciclo reproductivo de cualquiera de las formas históricas que adquiera el capital en su proceso global de reproducción. De este modo, el proceso que lleva a la transformación de dinero en mercancía sólo ha sido un medio para conseguir más dinero, que es, digamos, la finalidad última de las transformaciones del capital y el terreno, como diría el propio Arrighi retomando a Braudel, donde el capitalismo se siente más a sus anchas, ya que, en su forma dineraria, el plus de valor toma la forma de mayor fluidez, maleabilidad, manipulación y flexibilidad. En ese sentido, lo que llama expansión material es un terreno en donde el capital-dinero, capital invertido, va a poner en circulación un creciente número de mercancías. Su análisis da pauta para

entender las fases sobre las que el sistema mundo capitalista crece en virtud de una única senda de desarrollo marcada claramente por los Estados líderes de economía mundo capitalista.

¿Cómo sucede esto? En los orígenes del Sistema mundo capitalista se puede hablar de un ciclo que origina los procesos de acumulación de capital (Ciclos sistémicos de acumulación) con una clara división y estratificación social del trabajo que desde los centros de poder de la economía mundo europea van a fundar la primera forma que adquiere el sistema en relación con las diferentes zonas que componen el conjunto de relaciones interestatales, las cuales impulsan de determinada manera y de modo significativo el modo de producción capitalista.

Desde esta perspectiva, la expansión material, y luego la expansión financiera del largo siglo XVI, indican que fueron las ciudades-Estado del norte de Italia las que ayudaron a promover la primera figura de la oligarquía mercantil, formadora de un poder Estatal ya con claros tintes capitalistas, aunque, como insiste Arrighi, sin ser las que dieron origen al Sistema mundo capitalista en cuanto tal.

Las adquisiciones territoriales –de las ciudades-Estado del norte de Italia- se hallaron sometidas a un cuidadoso análisis coste-beneficio y, por regla general, se acometieron tan sólo como medios subordinados al fin de incrementar la rentabilidad de las actividades comerciales de la oligarquía que ejercía el poder del Estado. (Arrighi, 1999:53).

Esta propuesta nos ayuda a entender cómo es que el proceso de acumulación no es un hecho ciego carente de finalidad -aunque la finalidad última sea abstracta, esto es, la del valor que se valoriza-, pues lo define como un proceso a escala mundial en el que se enlazan un conjunto de estrategias y estructuras a través de las cuales determinados Estados o agencias gubernamentales, así como determinados grupos empresariales líderes, promueven, “organizan y regulan” las expansiones y reestructuraciones recurrentes (fases de cambio continuo y discontinuo) de la economía-mundo capitalista.

La rentabilidad del comercio a larga distancia dependía esencialmente del control cuasi-monopólico de la información sobre un espacio económico más amplio posible (Braudel); de modo similar, la capacidad de los dirigentes capitalistas de gestionar el equilibrio de poder en su propio beneficio dependía primordialmente de un conocimiento cuasi-monopólico de los procesos de toma de decisiones de otros gobernantes y de la posibilidad de seguir la evolución de estos. (Arrighi, 1999:55).

¿Por qué? Porque el monopolio no es un límite para el capital ni para el mercado, ya que éste promueve la competencia y, en ese sentido, las ganas de obtener los mismos beneficios que los que monopolizan las áreas centrales de la economía mundo capitalista, por lo que los capitales harán todo lo que este en sus manos para lograrlo. Si en ese tránsito acaban con poblaciones enteras, no significará mucho para su real objetivo que es el incremento constante de las ganancias.

Dichas agencias y grupos empresariales construyen sus objetivos desde dos lógicas diferentes: en algunos momentos históricos, coinciden, y, en otros, se desenvuelven por caminos que los confrontan y los llevan a reconocer que la lucha por el poder no cesa en ningún momento. A dichas lógicas, Arrighi las nombra: lógica de capital (el mercado capitalista es el que se encarga de “organizar” los procesos de reproducción social) y lógica territorialista (expansión territorial). Aunque ambas persiguen la maximización del valor, las estrategias pueden llegar a contradecirse en un momento dado.

Hay equilibrio entre la lógica territorial y la lógica de capital cuando la segunda se impone a la primera: son más los beneficios que los costes de protección (externalidades), por lo que se inicia un proceso de “equilibrio” sistémico propiciado por un Estado líder (o grupo de Estados “líderes”), así como por parte de las agencias empresariales que controlan las dinámicas más importantes de la acumulación de capital, es decir, de aquellos que monopolizan las actividades económicas que generan mayor valor añadido durante el ciclo de expansión material (procesos impulsados por la acumulación originaria de capital).

Hay un desequilibrio entre estas, o caos sistémico, en dos sentidos: cuando la lógica territorial gana sobre la lógica de capital, y la expansión territorial se vuelve o se traduce en costes mayores que los beneficios inmediatos que genera –el duro tránsito por lo material, por los procesos de expansión que llevan a ampliar el control de los procesos de reproducción social precapitalista, por el control y desarrollo de nuevas fuerzas productivas y de áreas externas al sistema, etc. –. En algunos casos, dichas expansiones son las que dan contenido material y soporte productivo (sobre todo en el control de recursos naturales, territoriales y demográficos) al siguiente ciclo. En otros casos, sólo será el sostenimiento de un liderazgo sin hegemonía, proceso que permite un último respiro del dominio de una economía ya estancada, en decadencia, y que está viendo el surgimiento del poder económico de otro centro económico y de poder del sistema mundial.

Dicho proceso es impulsado por la constante activación del mecanismo de la competencia entre las agencias gubernamentales y empresariales. A lo largo de este periodo, el conflicto de intereses se vuelve imposible de mantener bajo el liderazgo o la hegemonía de una determinada agencia gubernamental, y/o por determinado grupo empresarial. En ese sentido, la guerra de posiciones intraestatal e interestatal, así como la intracapitalista e intercapitalista, se desata de forma más descarnada, lo que no significa que antes no hubiera violencia económica, sólo que este proceso lleva a una recomposición de todos los elementos que impulsarán el nuevo ciclo económico.

La competencia entre los países centrales de la economía mundo capitalista se vuelve cada vez más intensa; el conflicto estalla también entre las metrópolis y sus periferias, agudizando, en muchas ocasiones, el control territorial o debilitando los lazos hacia éstas, que al mismo tiempo impulsan una nueva expansión capitalista a zonas del mundo que antes del fin del ciclo estaban integradas sólo como áreas externas al sistema.

En términos de la conformación del sistema, estos procesos han representado un momento de reestructuración, o bien el impulso de medidas que permiten contrarrestar la caída o el estancamiento de las ganancias. Desde esta perspectiva, es el momento en el cual la lógica capitalista se ve guiada de la

esfera de la circulación mercantil (expansión material) a la esfera financiera. Esta esfera ayuda al Estado hegemónico en decadencia –en el caso que ahora analizamos, al grupo de poder que sostiene este primer ciclo de acumulación– a sostener por más tiempo su liderazgo, pero también, representa un momento de debilidad frente a la competencia, Intra/Interestatal e Inter/intra empresarial, cuyo origen se remonta al inicio de su etapa de liderazgo económico. Por ello, dicho proceso nunca se detiene en el devenir histórico del sistema, y puede prolongarse en un caos sistémico durante mucho tiempo, por lo que las fuerzas históricas nacieses serán cada vez más complejas, ya que entraran en juego tanto las diferentes temporalidades que estructuran al sistema como los diferentes procesos que propongan o pugnen por desestructurarlo. Bajo esta dinámica, el propio funcionamiento, que en un momento histórico determinado impulsó delimitadas estructuras, empezará a sufrir fallas, que en algunos casos pueden ser irreparables (si bien hasta la fecha se ha reestructurado, su recuperación nunca ha sido plena).

Así pues, lo que sugiere Arrighi es que hay una estrecha relación entre el Estado (de formación capitalista), los capitalistas mercantiles o comerciantes, los capitalistas bancarios o banqueros, los capitalistas agroindustriales y las estrategias de guerra (violencia económica), obedeciendo todos ellos a la puesta en práctica de un análisis costo-beneficio que permita impulsar de mejor manera la dialéctica entre la lógica de capital y la lógica territorialista.

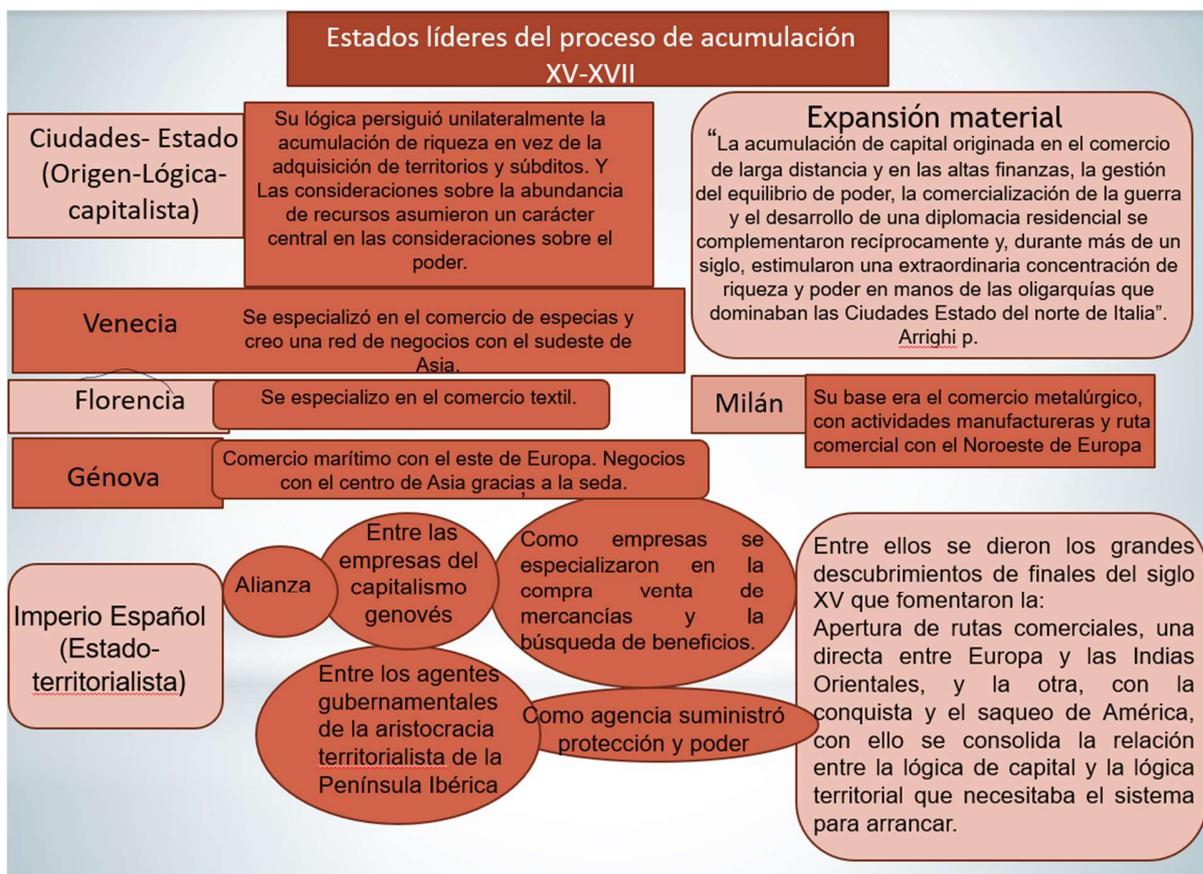
La acumulación de capital originada en el comercio de larga distancia y en las altas finanzas, la gestión del equilibrio de poder, la comercialización de la guerra y el desarrollo de una diplomacia residencial se complementaron recíprocamente y, durante más de un siglo, estimularon una extraordinaria concentración de riqueza y poder en manos de las oligarquías que dominaban las Ciudades Estado del norte de Italia. (Arrighi, 1999:56).

Posterior a la conformación de esta dinámica, se estableció una alianza entre Génova (lógica capitalista) y los Reinos de España (lógica territorial), como se

muestra en el siguiente esquema (Estados líderes del proceso de acumulación. XV-XVII).

La primera forma que adquieren las ciudades-Estado del norte de Italia no constituyó propiamente al sistema, pero puso las bases con las que la lógica capitalista en combinación con la lógica territorialista, en estrecha alianza a partir del siglo XVI, crearon e intensificaron la división jerárquica del mundo desde la perspectiva del control geoestratégico de los principales circuitos monetarios, mercantiles y territoriales (riqueza social material, riqueza natural y riqueza poblacional), impulsados por la división internacional del trabajo de la que se habló más arriba. En ese sentido, el ciclo reproductivo, en su forma ampliada, y asumiendo todas las figuras del capital (forma dineraria, forma productiva, forma mercantil), recorre un tiempo extendido de formación espacial y temporal durante el largo siglo XVI (1450-1650).

Su geografía construida a partir del entrelazamiento de dos sistemas primitivamente más separados, el sistema mediterráneo cristiano, centrado en las ciudades del norte de Italia, la red de comercio entre Flandes y la Hansa en el norte y el noroeste de Europa, Polonia y algunas otras áreas de Europa oriental, por una parte, y por otra las islas atlánticas y de partes importantes del Nuevo Mundo. “Chaunu señala que, en los 5 años que van desde 1535 a 1545, España logró el control de más de la mitad de la población del hemisferio occidental y desde entonces hasta 1670-80, el área de control europeo paso de tres millones de kilómetros cuadrados a aproximadamente siete para el siglo XVIII (Wallerstein, 2005: 95).



Arrighi plantea que el capital genovés, en alianza con los imperios hispano-burgueses, con su mercado mundial embrionario (en Amberes, Lyon y Sevilla), movilizó un gran flujo de metales preciosos, letras de cambio, excedentes monetarios y contratos con el gobierno imperial Español, elementos que permitieron una primera expansión material, pero cuya senda de desarrollo, para el capital genovés, alcanzó sus límites en 1560, cuando los grandes descubrimientos ya no permitieron la autoexpansión del capital y se retiraron a las altas finanzas. Todo esto lo volvió rehén de la lógica territorialista de sus aliados, pasando de una expansión material a una expansión financiera, de modo que el capital genovés se volvió el banquero del imperio ibérico (Arrighi y Silver, 2001).

Fue, entonces, el nuevo tipo de Estado capitalista, el de las Provincias Unidas, el que tuvo la oportunidad de transformar el sistema a una escala más amplia, escala desde la cual se aprovecharon de mejor manera todas las posibles

ventajas de constituir su posición hegemónica permitiendo que las exigencias de la acumulación de capital a escala mundial se desarrollaran de manera más compleja.

El nivel de competencia entre los agentes gubernamentales y empresariales admite una lucha encarnizada por mantener y monopolizar las actividades económicas que generan las mejores rentas en un periodo de tiempo determinado. Pero sostener dicha ventaja competitiva requiere una movilización de recursos políticos, financieros y militares que no puede ser sostenida por cualquier Estado dentro del sistema mundial. Por ello fue necesario el fortalecimiento del Estado (absolutista en esta época), una estrecha vinculación entre los centros de poder financiero (mayor liquidez) y un acceso cuasi exclusivo a las rutas de comercio mundial –con las rutas no sólo se controlan los mares, se controla también el tráfico de los principales mercados en donde circulan los recursos (materiales y poblacionales), que se extraen para sustentar el ciclo productivo y reproductivo del capital (lugar en donde se genera el valor de la economía capitalista).

En ese sentido, para que funcione de mejor manera la acumulación de capital y se impulse una determinada división internacional del trabajo, se requiere de una “cooperación interestatal” que permita acomodar las piezas hacia una “dinámica” que admita el flujo de capital y trabajo en beneficio de la potencia económica que para determinado momento histórico haya alcanzado una especie de “gobierno global” (no imperio) dentro de la economía mundo capitalista. Esto fue lo que ocurrió durante el largo siglo XVI. Por supuesto, dicho proceso no se da de manera pacífica; requiere de una fuerte violencia económica que reactive todos los canales de la acumulación a favor de determinadas agencias gubernamentales líderes, así como a favor de los capitales hegemónicos. Por todo esto es que se requiere de un fuerte liderazgo en varios niveles:

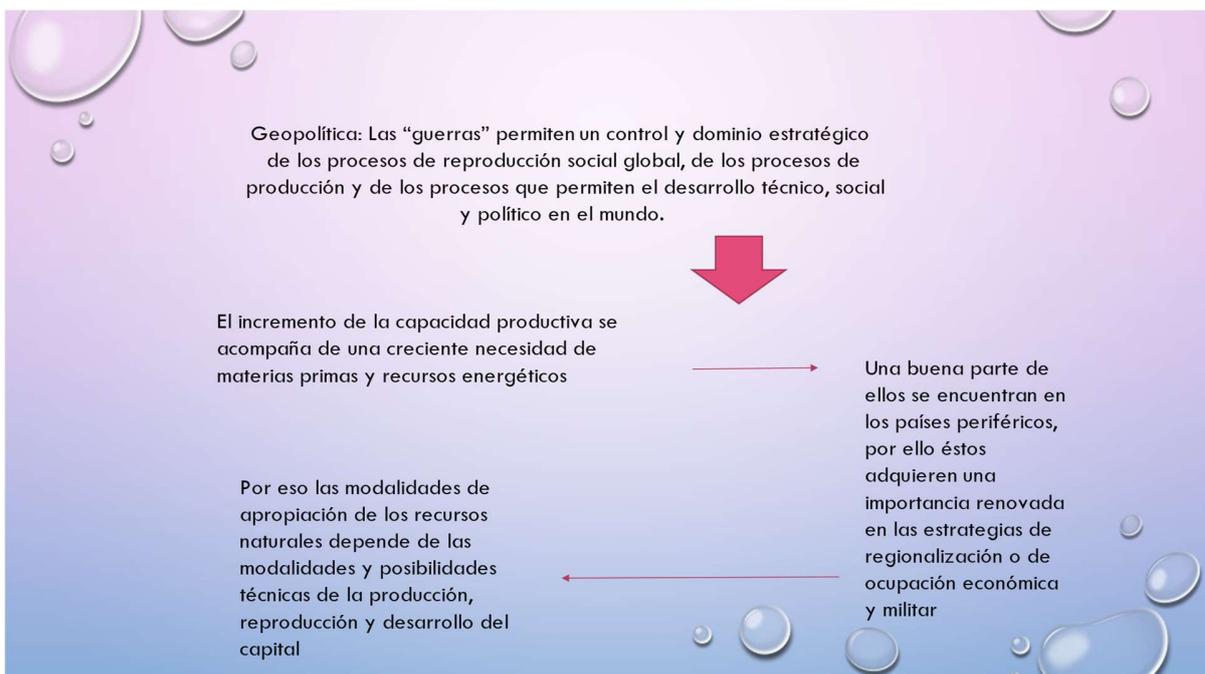
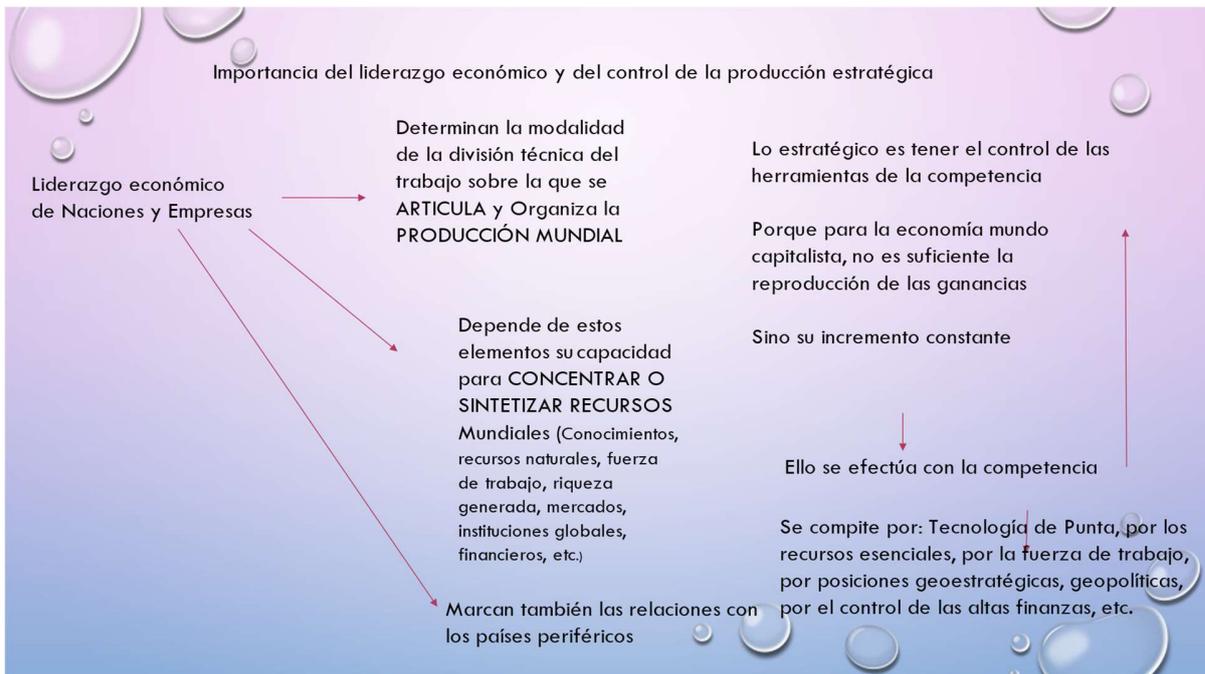
-Económico, con un importante control de los procesos productivos (espacios donde se crea el valor), así como de las innovaciones tecnológicas, agroindustriales, financieras, comerciales y militares.

-Político, que logre definir la lucha de clases para controlar los aparatos de Estado (lucha intraestatal), y al exterior con la diplomacia impositiva, con la fuerza militar o económica (lucha interestatal). ¿Cómo se logra la integración de los diferentes Estados a las dinámicas de un sistema interestatal formado por un grupo de Estados Líderes? Se requiere que los países del centro alcancen determinados acuerdos con las agencias gubernamentales líderes del proceso de acumulación para que la introducción, apertura y creación de nuevos mercados, tanto de bienes de capital (los que se integran al capital fijo) como de bienes de consumo productivo y consuntivo (capital circulante), se desarrollen a su conveniencia. En este proceso es necesaria la incorporación de países periféricos en los que se pueda aplicar una serie de medidas que permitan la expansión de los mismos capitales hegemónicos en diferentes formas. Dicho proceso impulsará la creación de nuevos grupos de poder al interior y al exterior de los Estados. Es decir, de un sistema interestatal sustentado en el liderazgo económico de una potencia hegemónica o de un grupo de Estados centrales de la economía.

-Ideológico: con él se difunde la creencia de que determinada forma de expansión será la mejor para todos, un impulso en la geo-cultura del mundo que tienda a que domine y prepondere el discurso oficial de la gobernanza, propuesto por la potencia hegemónica (Foucault, 2006).

Una vez definido el liderazgo económico debe reestructurarse el mismo impulsando dialécticamente el liderazgo político.

En el siguiente cuadro se muestra la importancia del liderazgo económico fundamentado en el control de la producción estratégica.



Desde este mirador histórico, queda claro que la noción de desarrollo, utilizada por la historia económica convencional, se mueve bajo el presupuesto falso de que las unidades individuales o nacionales se desarrollan todas de la misma manera, pero a ritmos distintos, de modo que todos los estados terminan llegando más o menos al mismo punto en un determinado momento. Con todo lo expuesto

hasta el momento, resulta evidente que dicha hipótesis no es más que una idea ilusoria como punto de partida, ya que implica asumir que el Estado más desarrollado, el modelo para los otros Estados menos desarrollados, será el punto hacia el que todos se dirigen si aceptan de buena manera la senda de económica que las metrópolis diseñan para sus periferias.

La realidad, tal como se ha presentado en este ensayo, es que hay un mundo conectado por una compleja red de relaciones de intercambio económico que impide que todas las naciones se desarrollen por igual. En ese sentido, el tema del liderazgo económico toma relevancia para complejizar aún más y entender que la hegemonía de un determinado país alrededor de la cual se conformó históricamente el sistema, su configuración jerárquica original, implica reconocer, al mismo tiempo, que su existencia provoca e impulsa una reorganización constante del Sistema mundo capitalista y un cambio en las propiedades originales sobre las que se sustentó dicho liderazgo, pero no que dentro del proceso desaparezca la estructura jerarquizada sobre la que se sustentan las relaciones de intercambio desigual en las que se desenvuelve el sistema interestatal y el sistema económico capitalista en particular.

Los cambios de cada ciclo hegemónico han tenido muchas particularidades, debidas, principalmente, a los diferentes movimientos sociales, económicos, políticos, culturales, etc., que han pugnado por transformar el sistema mismo. Desde este mirador, queda claro que la hegemonía no es un dominio puro y limpio, sino como lo planteara Gramsci, siempre hay un juego dialéctico entre dominio coercitivo y consensuado, así como un complejo número de mecanismos que permiten mantener dicho dominio por periodos extensos. Al mismo tiempo, la constante pelea por la hegemonía lleva a una guerra por posicionarse en el mejor sitio de poder económico, moral, cultural, social y político. La tendencia al reacomodo de todo el sistema impulsa nuevos paradigmas histórico-económicos, pero no por ello desaparecen las contradicciones y jerarquizaciones bases del modo de producción capitalista, ya que sin ellas el sistema mismo no podría funcionar.

Bibliografía

Arrighi y Silver (2001), *Caos y orden en el sistema mundo moderno*, Akal, España.

Arrighi, Giovanni (1997), *El largo siglo XX*, Editorial Crítica, España.

Berberoglu, Berch (1977), “La transición del feudalismo al capitalismo: otra mirada al debate Sweezy-Dobb”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 39, No. 4 pp. 1323-1334, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Cabrera, Aparicio (2011), “Iniciación al estudio de la historia económica general”, en *Economía Informa*, núm. 366, enero-febrero, México, p. 86.

Cipolla, Carlo (1991), *Entre la historia y la economía. Introducción a la historia económica*, Editorial Crítica, Barcelona.

Echeverría, Bolívar (1986), *El discurso crítico de Marx*, Era, México.

Echeverría, Bolívar (1989), “Quince tesis sobre modernidad y capitalismo en Cuadernos Políticos”, número 58, México, D.F., editorial Era, octubre-diciembre de pp. 41-62.

Foucault, Michelle (2006), *Seguridad, territorio, población*, Fondo de Cultura Económica, Argentina.

Harvey, David (2004), *El nuevo imperialismo*, Akal, España.

Herrera, Carlos (2021), *De la producción material y simbólica*, en prensa.

Lefebvre, Henri (2013), *La producción del espacio*, Capitán Swing, España

Marx, Karl (1975), *El capital*, T I y TII, vol. 1, vol. IV, Siglo XXI, España, p. 283
Marx, Karl (1973) *El capital*, Tomos I y III, Fondo de Cultura Económica, México.
Marx, Karl (1982), *El capital*, tomo I, vol. 3, Siglo XXI, México.

Mastrangelo, Andrea (2006), "Nuestro sueño es un mundo sin pobreza. Un estudio etnográfico sobre el banco mundial", en *Avá. Revista de Antropología*, núm. 8, Universidad Nacional de Misiones Argentina.

Sánchez Vázquez Adolfo (1997), *Filosofía y circunstancias*, Ed. Anthropos, España.

Wallerstein, Immanuel (1990), *Después del Liberalismo*, Siglo XXI, Siglo XXI, México.

Wallerstein, Immanuel (2004), *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*, Siglo XXI, México.

Wallerstein, Immanuel (2005), *El Moderno Sistema Mundial*, tomo I y II, Siglo XXI.

Zizek, Slavoj (1992), *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, Buenos Aires

3. MÉXICO EN EL LARGO SIGLO XX HISTÓRICO. PISTAS WALLERSTEINIANAS PARA SU REINTERPRETACIÓN

Carlos Antonio Aguirre Rojas

“Emiliano Zapata, un indígena, dirigió una Revolución dentro de la Revolución [Mexicana], la cual triunfó durante un tiempo, pero luego fue derrotada en términos militares. Después (...) los indígenas mayas del Estado de Chiapas, renovaron la lucha de Zapata, llamándose a sí mismos zapatistas”.

Immanuel Wallerstein, “La bomba de tiempo mexicana”, 1 de octubre de 1999.

Introducción.

Si observamos con cuidado el conjunto de trabajos que han intentado *caracterizar* la historia de México en el siglo XX, nos llamará de inmediato la atención el hecho de que, en su gran mayoría, esos trabajos no han sido escritos por historiadores mexicanos sino por historiadores extranjeros, o también, por sociólogos, politólogos, economistas, filósofos o antropólogos, entre otros. Lo que no solo refleja el todavía muy alto grado de atraso de la historiografía mexicana en su conjunto, aún temerosa y reticente de explicar, desde las herramientas de Clío, nuestro pasado más reciente y nuestro más actual presente, sino también la

propia complejidad intrínseca del abordaje, desde estrictas perspectivas históricas, de esos pasados recientes, cercanos e inmediatos.

Complejidad considerable para diagnosticar con seguridad y certeza los acontecimientos, las coyunturas y los procesos con los que convivimos cotidianamente, o que han sucedido hace apenas unos pocos años, lustros o décadas, que no ha impedido sin embargo que este tipo de diagnóstico haya sido acometido y desarrollado, además de explícitamente reivindicado como necesario, por pensadores críticos de la estatura del propio Carlos Marx, pero también por grandes autores como Marc Bloch, Fernand Braudel, Norbert Elías, Edward P. Thompson, Michel Foucault, Carlo Ginzburg o Immanuel Wallerstein, entre otros. Diagnóstico crítico y densamente histórico de nuestro más actual presente y de nuestro pasado inmediato y cercano, que se nos impone claramente si queremos ser coherentes con el obligado compromiso social que, necesariamente, deriva del ejercicio de la práctica rigurosa y científica de cualquiera de las actuales ciencias sociales, y entre ellas también naturalmente, de la verdadera y genuina historia *crítica*.

Porque es imposible comprender adecuadamente cualquier momento o etapa del pasado humano sin comprender también el propio presente desde el cual recuperamos, interrogamos y analizamos a ese pasado, configurando en cada distinta etapa histórica esa dialéctica profunda entre presente y pasado que siempre está viva y actuante en el ejercicio crítico del oficio de Clío. Porque cada presente interroga a los diversos pasados de una manera diferente y específica, priorizando diversos temas, o periodos, o dimensiones, o ángulos y emplazamientos de análisis siempre cambiantes y distintos, y siempre conectados por vías complejas con las propias encrucijadas de ese particular presente. Lo que obviamente no implica ningún relativismo irracionalista postmoderno, sino más bien el hecho esencial de que, como en todos los conocimientos humanos, también la verdad en historia es siempre una verdad *relativa*, aunque, al mismo tiempo, cada vez más completa, compleja y capaz de dar cuenta racional e inteligentemente de la específica realidad histórica bajo estudio.

Entonces, y partiendo de la asunción de esta necesidad y complejidad de la explicación de nuestro pasado reciente y de nuestro presente, queremos reconstruir aquí varias pistas fundamentales para la construcción de una posible *otra interpretación* de la historia del siglo XX mexicano. Pistas derivadas de la rica obra que Immanuel Wallerstein ha legado a las actuales ciencias sociales del siglo XXI cronológico. Pistas wallersteinianas sobre el itinerario de México en el siglo XX histórico, que incluyen, primero, varias tesis generales enunciadas por Immanuel Wallerstein, que nosotros trataremos de recuperar y utilizar para “aplicarlas” al caso de México en particular. Pero también, en segundo lugar, aquellas hipótesis que el propio Wallerstein formuló *explícitamente* sobre este mismo caso mexicano, al analizar o caracterizar en algunos de sus textos los diversos fenómenos o procesos, históricos o contemporáneos, de la historia o de la situación de México en el mencionado largo siglo XX histórico, que no cronológico.

Algunas coordenadas de larga duración de la historia mexicana.

Como buen discípulo intelectual de Fernand Braudel, también Immanuel Wallerstein ha sabido incorporar dentro de sus distintos análisis las ricas y originales perspectivas de la *larga duración histórica*, detectando y explicitando en múltiples ocasiones esas estructuras profundas, durables y esenciales que, entre otros factores, son también determinantes generales de los diferentes procesos históricos concretos que han vivido y recorrido las diversas naciones del entero globo terráqueo.²³ Y entre otras, también el país que hoy se llama México, aunque hace apenas dos siglos y medio se llamaba todavía Nueva España, y hace cinco

²³ Sobre estas perspectivas de la larga duración histórica, y de las estructuras que en la historia corresponden a ella, cfr. Fernand Braudel, “Historia y Ciencias Sociales. La larga duración”, en *Escritos sobre Historia*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1991. También, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Las lecciones de Fernand Braudel sobre los tiempos de la historia”, en el libro *Lecciones de Teoría Crítica*, Ed. Prohistoria, Rosario, Argentina, 2019.

siglos se nombraba aún con los múltiples nombres de los diversos pueblos y civilizaciones indígenas que coexistían en este mismo territorio.

Entonces, cuando hablamos del país que hoy es México, y lo miramos desde las pistas de larga duración histórica que nos plantea Immanuel Wallerstein, debemos comenzar ubicando el hecho de que forma parte de lo que hoy se llama América Latina, y que ayer se llamaban las colonias, los virreinos y las provincias americanas del Imperio hispano portugués, y de que todo este conjunto ha sido, desde hace medio milenio, tan sólo una *periferia* del sistema mundial capitalista. De hecho, su *primera periferia* constitutiva, la que nació de manera simultánea al nacimiento mismo del capitalismo como sistema social global, universal y planetario. Estar ubicado en esta zona *periférica* del capitalismo implica, como lo ha explicado bien Wallerstein, encontrarse siempre situado en el escalón más bajo y más desfavorecido de todo el sistema, en donde la economía y la sociedad se integran no en función de sí mismas, ni de sus propias poblaciones, sino sobre todo de las necesidades de *otras* economías y sociedades externas, y donde el Estado es siempre débil, subordinado y sometido a otros Estados fuertes y centrales, mientras la cultura y la ideología dominantes vienen también siempre del exterior, para imponerse sobre cualquier otra cultura o cosmovisión más local o autóctona de cada lugar.²⁴

Condición periférica y por ende subordinada, sometida y dependiente de toda América Latina en los cinco siglos del periodo de vida capitalista de las sociedades humanas, que es una *primera coordenada general* de la historia de México, desde la conquista española de inicios del siglo XVI hasta el propio día de hoy. En el largo siglo XX histórico que analizamos, se ha manifestado lo mismo en el constante injerencismo de Estados Unidos en los asuntos de México, que en el

²⁴ Immanuel Wallerstein ha construido toda su explicación de la historia global del capitalismo mundial en torno de varios principios generales, uno de los cuales es la jerarquización interna de todo el sistema, y su división en tres zonas funcionales e interdependientes: el centro, la semiperiferia y la periferia, explicando además las consecuencias de estar ubicado en cada una de ellas. Al respecto, cfr. Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, tomo I, Ed. Siglo XXI, México, 2011, especialmente el capítulo 2, “La nueva división del trabajo, ca. 1450-1640”, pp. 93-183, y también el capítulo 7, “Repaso teórico”, pp. 489-502. Véase también Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Immanuel Wallerstein. Crítica del sistema-mundo capitalista*, Ed. Lom, Santiago de Chile, 2004, en particular, Primera Sección, pp. 33-53.

también recurrente doblegamiento de los sucesivos gobiernos mexicanos ante las duras presiones hegemónicas e imperialistas estadounidenses. Pues desde el abierto y escandaloso intervencionismo norteamericano en la Revolución Mexicana, o las fuertes presiones al gobierno cardenista, igual que en las acciones abiertas o encubiertas de la CIA, la DEA o el ICE en territorio mexicano, desplegadas en el último medio siglo, y hasta la imposición del Plan Puebla-Panamá, de la Iniciativa Mérida, o de las muy recientes amenazas de Donald Trump sobre los aranceles de ciertos productos mexicanos, lo que subyace siempre en todos estos hechos es el papel hegemónico planetario de Estados Unidos y la condición periférica subordinada de México.

Sometimiento *estructural* de México a Estados Unidos, que explica la siempre resignada, aunque a veces reluctante aquiescencia de los gobiernos mexicanos frente a las imposiciones estadounidenses, aquiescencia que en el caso del gobierno actual ha llegado a un extremo vergonzoso, al aceptar México el triste y degradado papel de 'policía' protector de la frontera sur norteamericana, que reprime y contiene de mil maneras y a cualquier precio, a la creciente migración mundial hacia Estados Unidos que atraviesa el territorio de nuestro país, y al renovar un Tratado de Libre Comercio en donde México es el socio perdedor, y en donde los nuevos términos y condiciones del mismo fueron totalmente definidos y dictados solamente por Estados Unidos. Además, la condición periférica de México en la larga duración es la que explica también la estructural condición de debilidad del Estado mexicano, la que se manifiesta en el frágil Estado en permanente crisis de los dos primeros tercios del siglo XIX, pero también en el precario Estado que nació después de la Revolución Mexicana, o más recientemente, en el verdadero *Estado fallido* que existe en México desde hace cuatro o cinco lustros. Porque hoy, en 2020, el Estado mexicano *no* tiene el control ni es capaz de proveer seguridad mínima a sus ciudadanos en amplias zonas del norte de México, de Guerrero, Veracruz, Michoacán, etc., pero tampoco en varias ciudades importantes ubicadas a todo lo largo y ancho del territorio nacional.

Y esto porque, a pesar de la intensificada militarización del país que se ha llevado a cabo con la creación de la Guardia Nacional, ella se está utilizando *no* para retomar el control de los vastos territorios que hoy son dominados por el narco y por diversas mafias, ni para aumentar la seguridad de la población mexicana en general, sino más bien para reprimir a las crecientes olas de la migración centroamericana y mundial que intentan llegar a Estados Unidos vía México, y para reprimir a la creciente e imparable protesta social que están provocando las distintas políticas y los diversos megaproyectos neoliberales que impulsa el propio gobierno.

Junto a esto, y también derivado de su situación como periferia del sistema capitalista, la cultura mexicana del largo siglo XX es una abigarrada mezcla de la constante aunque bastante fallida difusión del *american way of life* estadounidense, con la cultura barroca mexicana nacida del forzado mestizaje cultural del tiempo de la colonia, y con un claro predominio, en el nivel académico e intelectual, de la cultura francesa contemporánea. Es decir, una mezcla de elementos culturales venidos en su gran mayoría del exterior.

Una *segunda coordenada general* de la historia de México, directamente conectada con la primera, es el hecho de que América Latina, al haber sido la *primera* periferia del sistema mundial capitalista, es por ello mismo su periferia *más vieja*, y en consecuencia, aquella en donde los efectos de dicha periferialización se han desplegado de la manera más extensa, agudizada y profunda. Y dichos efectos son los de la explotación, la jerarquización y la polarización,²⁵ lo que significa que Latinoamérica, y dentro de ella también México, es la zona del planeta que durante más tiempo y en una mayor medida que otras zonas del mundo, ha sido saqueada, explotada y estrujada por el capitalismo, pero también la que alberga hoy las sociedades más *desiguales* del orbe, no las más pobres, sino las más *polarizadamente desiguales*, y junto a ello, las de las más marcadas y asimétricas jerarquías sociales de todo tipo.

²⁵ Immanuel Wallerstein ha explicado y evocado estos tres rasgos del sistema capitalista mundial en muchos de sus textos. Al respecto mencionamos sólo *El capitalismo histórico*, Ed. Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1988, y *Análisis de los sistemas-mundo. Una introducción*, Ed. Siglo XXI, México, 2005.

Por eso, en el México del largo siglo XX histórico, podemos ver conviviendo al hombre que en varios años, según la revista *Forbes*, ha sido el hombre más rico del planeta, Carlos Slim, junto a sesenta y cinco millones de pobres y pobres extremos o miserables, al mismo tiempo en que los bancos españoles obtienen más ganancias de sus sucursales mexicanas que de sus propias matrices, y que en México, país rico y diverso en recursos naturales, se pagan salarios que están entre los más bajos de América Latina, e incluso del mundo entero. Sociedad mexicana enormemente polarizada y desigual, en la que el trabajador produce en promedio, en sólo diecisiete minutos de una jornada laboral de ocho horas, el valor equivalente a su salario, dejando entonces más de quince dieciseisavos de su trabajo como ganancia del capitalista, que a esta desmesurada tasa de explotación del trabajo vivo suma también la reproducción de múltiples y muy acendradas jerarquías sociales de todo tipo. Por ejemplo, la absurda y abismal jerarquía de los políticos de toda la clase política en su conjunto, sin excepción alguna, frente a los ciudadanos comunes, jerarquía en donde la profesión de la política es una corrupta y constante fuente de enriquecimiento legal y también muchas veces ilegal, aunque siempre ilegítimo, y en donde aún prosperan los más ridículos rituales de exhibición del poder y de afirmación de las diferencias frente al ciudadano ordinario, junto a toda una serie de privilegios y canonjías completamente innecesarios e injustificados.

O también la jerarquía religiosa, que primero fomenta y luego encubre y banaliza el terrible flagelo de la pederastia, o la jerarquía militar, que otorga el fuero para cometer crímenes, abusos y violaciones, todos impunes y de todo tipo en contra de la población civil, o la antigua y a la vez renovada jerarquía patriarcal, que se expresa en el dato realmente alarmante de que México es hoy el país sin guerra en donde se cometen más feminicidios de todo el mundo, o también la jerarquía social clasista, que en el ámbito jurídico corrompe y sesga a la justicia, para exonerar ágilmente a los ricos y a los poderosos, mientras castiga en cambio, y muchas veces injustamente, a los pobres y a los desposeídos de todo orden.

La *tercera coordenada general* de la historia de México, conectada también con las dos anteriores, es la de la necesidad profunda y estructural de la permanente y esencial reproducción de la condición periférica y de la condición dependiente de México, y también de toda América Latina y de gran parte del mundo. Porque como lo ha explicado bien Immanuel Wallerstein, gran parte de la riqueza global que los sucesivos centros del sistema capitalista mundial gozan, disfrutan y hasta derrochan, *no* se genera en ellos mismos sino en la vasta y mayoritaria periferia del sistema. Lo que quiere decir que para que hoy Estados Unidos, Europa occidental y Japón puedan ser en general muy ricos, es imprescindible que todo el resto de los países sean, unos pocos, los de la semiperiferia, menos ricos, y la inmensa mayoría, la periferia, pobres y hasta muy pobres.

Porque la riqueza producida en la periferia del sistema fluye todo el tiempo hacia su centro, mediante diversos mecanismos que van, desde la abierta condición colonial de esa periferia hasta el montaje de los actuales Tratados de Libre Comercio entre distintos países, junto a las estructuras del secular intercambio desigual, o los asimétricos vínculos de los préstamos sesgados, las deudas externas y los leoninos intereses que acompañan a ambos. Entonces, para que esta riqueza de la periferia continúe siempre fluyendo hacia el correspondiente centro vigente en cada etapa histórica, dicho centro impulsa, mantiene y renueva constantemente diversos procesos de *periferialización* de las naciones dependientes,²⁶ que incluyen lo mismo los bloqueos directos o las cooptaciones tramposas de los desarrollos tecnológicos generados en la periferia que la imposición de intercambios comerciales mediante distintos Acuerdos y Tratados, forzosos y sesgados siempre en beneficio de esos mismos centros.

Lo que para el caso del largo siglo XX histórico mexicano se hace evidente, por ejemplo, en la *primera* invención de la televisión a color, realizada por el

²⁶ Sobre estos procesos de periferialización, y sobre sus múltiples consecuencias, procesos desplegados en *toda* la vida histórica del capitalismo y en todo el planeta, cfr. Immanuel Wallerstein, *The capitalist world-economy*, Ed. Cambridge University Press - Ed. de la Maison des Sciences de l'Homme, Cambridge, 1997, y *The politics of the world-economy*, Ed. Cambridge University Press - Ed. de la Maison des Sciences de l'Homme, Cambridge, 1984, obras que inexplicablemente aún *no* han sido traducidas al español.

Ingeniero Guillermo González Camarena en México, pero luego bloqueada y en parte cooptada y readaptada por una empresa estadounidense, que terminó siendo utilizada por la NASA de Estados Unidos en las misiones espaciales Apolo y Voyager. Igual que en el caso de la invención de la píldora anticonceptiva por el Ingeniero Luis Ernesto Miramontes, también inventada y descubierta en México, que sin embargo fue comercializada y difundida en todo el mundo por los laboratorios Pfizer, Upjohn, Schering y Searle de Estados Unidos. Bloqueos o tramposas reapropiaciones de avances tecnológicos generados en México, que son parte de los mecanismos habituales de la mencionada periferialización. Igual que el hecho de que México destine hoy aproximadamente el 80% de sus exportaciones a Estados Unidos y compre a este último país entre el 50 y el 65% de sus importaciones, lo que convierte a México en una economía completamente *dependiente*, en el sentido más agudo y literal posible de este término, de la propia economía estadounidense. Lo que entonces da sentido a la oprobiosa calificación que se ha hecho de México, y a veces de toda América Latina, al ser calificados como el verdadero 'patio trasero' de los Estados Unidos.

Lo que sin embargo no es solo un calificativo denigrante, sino también un dato importante de la actual lógica geopolítica de Estados Unidos, el que en virtud de esta alta dependencia económica mutua entre los dos países, pero también del hecho de que comparten una amplia frontera de tres mil kilómetros, y de la cruda realidad de que un nada despreciable 8% de la fuerza de trabajo activa en Estados Unidos es mexicana, estaría dispuesto a intervenir incluso militarmente en territorio mexicano, en cualquier momento en que lo considerara necesario y útil para sus propios intereses, tal y como llegó a amagar varias veces Donald Trump.²⁷

Estas son, brevemente planteadas, tres de las coordenadas *generales* que han determinado la historia del país que hoy se llama México en los últimos cinco

²⁷ En este sentido es interesante ver también como Immanuel Wallerstein plantea la posibilidad de una invasión militar de Estados Unidos a México, en el todavía hipotético aunque cada vez más cercano y posible caso en el que se desarrollara en México una nueva revolución social. Al respecto, cfr. su texto “La bomba de tiempo mexicana”, en el sitio del Fernand Braudel Center, <https://fbc.binghamton.edu>, Comentario del 1 de octubre de 1999.

siglos, y también, naturalmente, en el largo siglo XX histórico. Tres estructuras de larga duración señaladas por Immanuel Wallerstein, la de la condición periférica, la de la dependencia múltiple, y la de la continua periferialización, que siguen siendo completamente vigentes hasta el día de hoy, y que, como es evidente, el actual gobierno mexicano de Andrés Manuel López Obrador *no* ha cuestionado para nada, y no piensa modificar en absoluto, a pesar de las duras y negativas consecuencias que la vigencia de esas coordenadas han tenido y siguen teniendo, sobre el conjunto del pueblo mexicano y de todos sus sectores subalternos, y más en general, sobre la totalidad de nuestro país.

Porque continuando sin conflicto el claro giro *conservador* que instauró Vicente Fox, y que prolongaron Felipe Calderón y Enrique Peña Nieto respecto de la relación con Estados Unidos, el gobierno actual ha profundizado y agudizado de distintas maneras la condición periférica, la dependencia múltiple, y los varios mecanismos de la continua periferialización de México. Por eso está impulsando, en contra de la oposición abierta de todos los pueblos indígenas de México y de varios sectores de la población mexicana, sus principales proyectos económicos, y entre ellos, el del canal transístmico, que es especialmente útil y necesario, no para las necesidades de la economía mexicana, ni para el mercado interno nacional, sino sobre todo para agilizar el comercio de mercancías de Estados Unidos entre su costa oeste y su costa este, frente a la saturación del Canal de Panamá, y en virtud también del incremento importante del flujo de mercancías provenientes del lejano Oriente, sobre todo China, Japón y Corea del Sur hacia los mismos Estados Unidos.

O también el proyecto del tren maya, concebido no para fomentar el turismo interno de los mexicanos, sino para incrementar el turismo estadounidense y europeo hacia el Sureste mexicano, además de para agilizar, en una lógica claramente *contrainsurgente*, el traslado y movimiento terrestre de tropas militares en grandes cantidades hacia el hoy cercado y hostigado Estado de Chiapas; lo mismo que la utilización que ya antes mencionamos de la Guardia Nacional como policía migratoria, lo que convierte todo el territorio nacional en una vasta frontera

segura de Estados Unidos, en donde los crecientes flujos de migrantes de Centroamérica y de todo el planeta son en parte absorbidos, o retenidos, y en parte reprimidos o devueltos a sus países de origen, y en parte recibidos y albergados en muy precarias y lamentables condiciones, mientras esperan respuesta sobre su posible asilo en Estados Unidos.

E igualmente los sesgados y selectivos apoyos a la agricultura o a la industria mexicanas, cuyo objetivo central no es ni la autosuficiencia agrícola de México ni tampoco el desarrollo del mercado interno nacional, sino más bien mantener el flujo ágil y continuo de la provisión de materias primas agrícolas nacionales para las empresas norteamericanas, y el desarrollo de las industrias, maquiladoras y no maquiladoras, que abastecen igualmente al mercado de nuestro abusivo e impositivo vecino del norte.

Políticas de gobierno totalmente funcionales a la economía central de Estados Unidos, que paradójicamente se encubren con una retórica pseudoprogresista y populista, que afirma que deben estar “primero los pobres”. Y si es claro que los recientes gobiernos que fueron llamados “progresistas” en América Latina, como en los casos de los gobiernos de Hugo Chávez, Lula Da Silva, Evo Morales, Rafael Corrales los dos Kirchner, fueron gobiernos que *no* eran para nada anticapitalistas, pero sí y en distintos grados genuinamente antiimperialistas, dado que representaban a sus respectivas burguesías nacionales y *no* a sus pueblos, también es claro que el gobierno de López Obrador, aunque represente igualmente los intereses de la burguesía nacional mexicana, no es ni anticapitalista ni tampoco antiimperialista, sino abierta y confesamente procapitalista, y vergonzosa y sometidamente proimperialista.²⁸

Clara contradicción de ser el representante político de la burguesía nacional mexicana y al mismo tiempo doblegarse de manera tan vergonzosa frente a todos los pedidos e imposiciones del gobierno de Donald Trump, que solo se explica en

²⁸ Sobre esta caracterización de los gobiernos “progresistas” de América Latina, vale la pena ver los Comentarios de Immanuel Wallerstein incluidos en su libro, *La crisis estructural del capitalismo*, Ed. Quimantù, Santiago de Chile, 2016, “Parte II. América Latina en la crisis terminal del capitalismo”, pp. 130-239. También, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *América Latina en la encrucijada*, Ed. Contrahistorias, México, 2009, y *Movimientos antisistémicos y cuestión indígena en América Latina*, Ed. Desde Abajo, Bogotá, 2018.

virtud de que México está en vísperas de una nueva y radical revolución social, la que solo será comparable con las revoluciones de 1810 y 1910. Entonces, lo que hoy vive México, y que explica su indigno sometimiento a Estados Unidos, no es una ridícula y vacía “cuarta transformación”, sino las vísperas estrictas de una tercera gran revolución social, tal y como lo ha atalayado desde hace tiempo el propio Immanuel Wallerstein, en su ensayo ya citado “La bomba de tiempo mexicana”, y tal y como lo han planteado también sabiamente y desde hace años los dignos indígenas neozapatistas mexicanos.²⁹

México en el primer siglo XX histórico.

Como lo enseñó la mal llamada “escuela” de los Annales, y después de ella también Immanuel Wallerstein, los siglos históricos *no* coinciden nunca con los homogéneos e irrelevantes siglos cronológicos, sino que establecen su específica duración y periodización en función de los procesos históricos fundamentales que ellos mismos albergan, y que los caracterizan de manera general. Con lo cual, se ha hablado por ejemplo de un 'largo siglo XVI', el de los orígenes mismos del capitalismo mundial entre los años de 1450 y 1650, igual que de un 'largo siglo XIX', que iría desde la Revolución Francesa de 1789 hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 y la irrupción de la Revolución Rusa en 1917. Y también se postula en ocasiones un 'breve siglo XVII' desde 1650 hasta 1730, o un 'breve siglo XX', desplegado entre 1914/17 hasta 1989/94.

Y si Wallerstein, en 1974, todavía hablaba de estos siglos largos y cortos, postulando para el siglo XX un comienzo que se situaba en 1917 y cuya conclusión quedaba en aquellos tiempos abierta, en cambio ya en 1999 había modificado su punto de vista a este respecto, postulando que lo que existían

²⁹ Al respecto, cfr. Immanuel Wallerstein, “La bomba de tiempo mexicana”, ya citado, el discurso del Subcomandante Insurgente Marcos, “Reunión con el Magisterio y otros sectores de Tlaxcala”, 20 de febrero de 2006, incluido en el sitio del EZLN en internet: <https://www.ezln.org.mx>, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, “México2005-2010: obra en trece actos”, en *Contrahistorias*, núm. 12, 2009.

siempre eran siglos largos, los que entonces y de manera necesaria se superponen entre sí y se encabalgan continuamente, dándonos por ejemplo un 'largo siglo XIX' que cubre desde 1789 hasta 1914, lo que es el argumento de su tomo IV de *El moderno sistema-mundo*, junto a un posible 'largo siglo XX' que arrancarían desde 1873 y que se prolongaría aún hasta el día de hoy.³⁰

Largo siglo XX histórico, partido en dos, con un 'primer siglo XX' que iría de 1873 a 1968, y un 'segundo siglo XX' que abarcaría desde 1968 hasta hoy, según el corte propuesto por el mismo Wallerstein, que no casualmente coincide también con un posible 'largo siglo XX' histórico mexicano, que arrancarían en 1877 con el inicio del Porfiriato, y que se extendería hasta la situación actual, aunque subdividiéndose igualmente en dos siglos XX, a partir de la enorme ruptura que representó, también en México, la profunda revolución cultural de 1968. Y si para Wallerstein, los dos procesos centrales que caracterizan en su conjunto al largo siglo XX son, primero, el ciclo de emergencia, afirmación, triunfo, despliegue y luego crisis y decadencia de la hegemonía estadounidense sobre todo el planeta, y segundo, la proliferación y triunfo de los movimientos anticolonialistas en todo el mundo, que implicó el desmantelamiento en general del dominio europeo sobre gran parte del globo terráqueo, es claro que estos procesos están también presentes en México, aunque en este caso, vividos desde la posición y desde los horizontes de un país ubicado en la *periferia* del sistema capitalista.³¹

Así, México ha padecido durante todo el largo siglo XX histórico esa emergencia, consolidación y luego decadencia de Estados Unidos como potencia hegemónica central del sistema mundial capitalista, lo que explica la frase atribuida a Porfirio Díaz, pero realmente escrita por Nemesio García Naranjo, que dice “Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos”, y cuyos

³⁰ Sobre estas diversas posturas de Immanuel Wallerstein, cfr. *El moderno sistema mundial*, tomo I, citado, p. 17, la larga entrevista *Immanuel Wallerstein. Crítica del sistema-mundo capitalista*, ya citado, pp. 212-214, y el tomo IV de *El moderno sistema mundial*, Ed. Siglo XXI, México, 2014, pp. 12-13 y 18. Sobre la periodización específica del siglo XX, y sobre el debate que ella ha suscitado, cfr. Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Balance crítico del siglo XX histórico: ¿breve, largo o muy largo siglo XX?”, en el libro *Para comprender el siglo XXI*, Ed. El Viejo Topo, Barcelona, 2005.

³¹ Sobre la tesis de estos dos procesos como los definitorios del largo siglo XX, cfr. Immanuel Wallerstein, “El siglo veinte: ¿oscuridad al medio día?”, en *Eseconomía*, nueva época, núm. 2, invierno 2002-2003.

desastrosos y negativos efectos vigentes hasta el día de hoy ya hemos mencionado anteriormente. De otra parte, el proceso del encogimiento del dominio europeo sobre el mundo, se ha expresado en nuestro país en la efectiva reducción de la presencia europea dentro de nuestra economía y nuestra sociedad, para que su lugar haya sido sustituido, en una gran parte de ese largo siglo XX histórico, por el incremento del dominio y de la presencia estadounidenses en la sociedad y la economía mexicanas.

Pero según Immanuel Wallerstein, esa reducción del dominio europeo sobre el planeta Tierra, y ese auge del proceso de la *descolonización* del mundo, también se han expresado en la periferia, en el desarrollo y fortalecimiento de movimientos nacionalistas o de liberación nacional, que han llevado a cabo múltiples revoluciones nacionalistas triunfantes en diferentes países y en distintos momentos del primer siglo XX, el que abarca desde 1873 hasta 1968. Y entre estas revoluciones nacionalistas triunfantes, el gran autor de *El moderno sistema-mundo*, incluye también a la Revolución Mexicana de 1910-1921, revolución que al producirse en los años de la transición desde la decadente hegemonía inglesa hacia la entonces solo emergente hegemonía estadounidense, le permite a dicha Revolución Mexicana y a los primeros gobiernos derivados de ella desplegar un limitado y moderado aunque verdadero nacionalismo, que alcanza su punto de clímax con el tibio gobierno de Lázaro Cárdenas.³²

De este modo, el proceso *central* del primer siglo XX mexicano, desplegado entre 1870 y 1968, será el de la gestación, despliegue, vigencia y luego decadencia y fin de la Revolución Mexicana de 1910-1921. Y en esta misma lógica, y dado que para Wallerstein el periodo posterior a 1968 y hasta hoy, el que podríamos llamar el segundo siglo XX histórico, es el periodo de la *crisis terminal del capitalismo*, entonces pensamos que el proceso central de este segundo siglo XX mexicano sería sin duda el de la gestación, afirmación y vigencia hoy todavía en curso del digno movimiento neozapatista mexicano, y el de todas las

³² Immanuel Wallerstein enuncia esta tesis sobre la Revolución Mexicana en varios de sus textos, por ejemplo, en “Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos”, o en “El CNA y Sudáfrica. Pasado y presente de los movimientos de liberación en el sistema-mundo”, en su libro *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*, Ed. Contrahistorias, México, 2008.

transformaciones que él ha implicado hasta ahora y que seguirá sin duda implicando en el futuro. Movimiento neozapatista que siempre fue seguido con mucha atención por Immanuel Wallerstein, y al que él le brindó no sólo su solidaridad práctica permanente, sino también su análisis riguroso, en varios y sucesivos momentos de su breve historia transcurrida.³³

Primero y segundo siglos XX mexicanos nucleados respectivamente en torno de la Revolución Mexicana, y luego del movimiento neozapatista, cuyos rasgos fundamentales también han sido caracterizados en general por el mismo Immanuel Wallerstein.

Si pensamos entonces en el primer siglo XX mexicano, que va desde 1877 hasta 1968, y cuyo eje estructurador sería la Revolución Mexicana de 1910, no es extraño que su inicio coincida con el arranque del Porfiriato, en virtud de que el país que hoy, en 2020, llamamos México, delimitó sus fronteras físico-territoriales hoy todavía vigentes, en una etapa tan tardía como la de la primera mitad del siglo XIX cronológico, definiendo su actual frontera sur en 1823, 1824 y 1842, con la separación de Guatemala, la permanencia de Chiapas, y la definitiva incorporación del Soconusco respectivamente, y su actual frontera norte en 1846-1848, con la invasión y el abusivo despojo de la mitad de nuestro territorio por parte de los Estados Unidos de América.³⁴

Delimitación físico-geográfica de las fronteras de México, que luego de la invasión francesa y de los sucesivos gobiernos de Benito Juárez, plantea como

³³ Sobre la tesis de la etapa actual como crisis terminal del capitalismo, cfr. Immanuel Wallerstein, *La crisis estructural del capitalismo*, antes citado, *Después del liberalismo*, Ed. Siglo XXI, México, 1996, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Para comprender el siglo XXI*, ya citado. Y sobre el gran interés de Wallerstein en torno al neozapatismo mexicano, véase por ejemplo la entrevista de 2005 concedida a la revista *Contrahistorias*, donde dice: “Encuentro entonces que esta rebelión neozapatista es, en primer lugar, un movimiento que ha jugado un papel fundamental a nivel mundial, y en segundo lugar, considero también que la estrategia que ha sido construida por los neozapatistas, es una estrategia que tuvo ecos igualmente en otras partes del mundo”. Y continúa “Naturalmente, estoy esperando con mucha atención que [los neozapatistas] nos digan cuál es su nueva propuesta. Lo espero, como lo esperan, creo yo, muchísimas personas en todas partes”, y luego “...si los neozapatistas proponen algo que pueda aplicarse a nivel chiapaneco y a nivel mexicano, pero que *mutatis mutandis*, pudiera aplicarse también a nivel mundial, yo estaría naturalmente muy contento de incorporar esta contribución de los neozapatistas a este proceso [del Foro Social Mundial] de nuestra ‘consulta virtual mundial’”, en “Chiapas y los nuevos movimientos antisistémicos de América Latina”, *Contrahistorias*, núm. 5, 2005, pp. 102 y 106-108.

³⁴ Sobre este punto, cfr. Enrique Florescano (Coordinador), *Atlas Histórico de México*, Coedición Secretaría de Educación Pública-Siglo XXI Editores, México, 1983, pp. 100-105.

central el problema que deberán de encarar sucesivamente Porfirio Díaz, la Revolución Mexicana, y los sucesivos gobiernos posrevolucionarios de ese primer siglo XX histórico, y que es el problema de *unificar en una sola dinámica nacional* las tres dinámicas del país del norte, el país del centro y el país del sur, los que en la larga duración histórica han coexistido dentro del suelo mexicano, desde el siglo XVI y hasta hoy. Unificación de tres dinámicas macrohistóricas, que es a la vez la creación real y orgánica del país México, animado por *un* solo proyecto nacional global, integrado económicamente en *un* solo mercado interno nacional, gobernado realmente por *un* solo Estado y compartiendo *una* única cultura nacional.³⁵

Unificación de los tres Méxicos en un solo México, cuyo primer gran obstáculo será el de compartir en todo el largo siglo XX una frontera de tres mil kilómetros con la emergente y luego real potencia hegemónica mundial, con Estados Unidos, el que no sólo ha saboteado la creación del mercado interno nacional con sus inversiones en distintas ramas, y con su avasallante presencia de empresas transnacionales en nuestra economía, sino también con su voraz apetito y luego férreo control de nuestro petróleo, con su absorción constante de nuestra migración laboral, con el ya referido doblegamiento continuo del Estado mexicano a sus propios intereses, y con el control geopolítico general sobre nuestro país. Presión y perturbación reiteradas de los procesos internos nacionales de México por parte de Estados Unidos, que a pesar de todo, no logró impedir que Porfirio Díaz creara las bases reales de la unidad física de los tres Méxicos, al montar la vasta red de los ferrocarriles mexicanos, o al instaurar el sistema de correos nacional, o mediante los brutales desplazamientos forzados de la población mexicana desde el norte y el centro del país hacia su zona sur, y con el encuadramiento general de los poderes y los cacicazgos locales dentro del incipiente Estado nacional.

³⁵ Sobre esta tesis de los tres Méxicos presentes en la historia de larga duración de México, cfr. Friederich Katz, *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, Ed. Era, México, 1980, *La guerra secreta en México*, Ed. Era, México, 1982, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Contrahistoria de la Revolución Mexicana*, Ed. Universidad Michoacana, 2a. edición, Morelia, 2011.

Inicio de la unificación de los tres Méxicos, que la Revolución Mexicana va a acelerar y a profundizar, al provocar la movilización masiva de cientos de miles y hasta de millones de mexicanos por todo el país, en la famosa marea demográfica llamada “la bola”, o también a través de la asombrosa aunque lógica autoalfabetización masiva y generalizada de las tropas revolucionarias de todos los bandos, igual que en la integración de la red del mercado interno en escala realmente *nacional*, y con ello, la creación de una real burguesía nacional mexicana, o en la formación de tendencias políticas y de proyectos políticos igualmente nacionales.

Y si como es evidente, la Revolución Mexicana de 1910, igual que la Revolución Francesa, no fue una sino muchas revoluciones simultaneas dentro de una revolución, entonces es comprensible que ella incluya desde la revolución conservadora y restauradora representada por Victoriano Huerta y después por Venustiano Carranza, hasta la revolución campesina, popular y radical, encarnada en personajes como Pancho Villa y Emiliano Zapata, y pasando por la revolución liberal clásica defendida por Francisco I. Madero, o por la revolución burguesa, pragmática y acomodaticia, dirigida por los miembros del llamado “Grupo Sonora”. Y aunque la revolución jacobina radical de los campesinos mexicanos fue finalmente derrotada, triunfando en cambio la revolución instrumental burguesa de Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, sin embargo la potencia y la fuerza de esas masas campesinas mexicanas, que en 1914 y 1915 eran prácticamente *dueñas* del ochenta por ciento de México, siendo las fuerzas dominantes y hegemónicas en todo el territorio nacional, era una fuerza tal, que a pesar de su derrota, logró que el Estado mexicano nacido de la revolución de 1910, fuera durante medio siglo un *Estado liberal socializante*, el que tuvo vigencia en México entre 1921 y 1968, aproximadamente.

Pues como lo ha explicado Immanuel Wallerstein en varias de sus obras, un resultado esencial de la Revolución Francesa de 1789, fue el del nacimiento de las tres ideologías y las tres tendencias políticas principales de los últimos dos siglos, el conservadurismo de derecha, el liberalismo centrista y el socialismo de

izquierda. Y el fruto de la lucha entre estas tres ideologías, desplegado a lo largo de todo el siglo XIX histórico, fue el de la victoria del liberalismo centrista, y la concomitante “cooptación” o absorción del socialismo, para crear la variante del liberalismo *socializante*, y de otra parte, la asimilación o absorción del conservadurismo, en la variante del liberalismo conservador.³⁶

Si recuperamos entonces esta tesis de Wallerstein para la explicación del largo siglo XX histórico mexicano, y en particular para la explicación del *primer* siglo XX mexicano, podemos postular que dada la enorme potencia del movimiento campesino radical dentro de la Revolución Mexicana de 1910-1921, y a pesar de su derrota, el Estado posrevolucionario que funcionó en México desde 1921 y hasta 1968 fue un Estado *liberal socializante*, el que tratando de pacificar y de someter nuevamente a esos campesinos radicales e insurrectos recién derrotados, se vio obligado a inclinarse hacia la izquierda, moviéndose desde el liberalismo centrista hacia el liberalismo socializante. Clara inclinación hacia la izquierda, que alcanza su punto de auge durante el gobierno cardenista de 1934 - 1940, para luego ir decayendo y desdibujándose hasta colapsar totalmente en 1968. Inclinación que explica varios hechos aparentemente extraños a primera vista, y entre otros, el de que la educación en México en los años treinta haya podido declararse *explícitamente* como una “educación socialista”, aunque *no* lo era, y que la Reforma Agraria de Lázaro Cárdenas haya sido una reforma sin duda *burguesa*, pero al mismo tiempo extensa, orgánica y en algunos pocos casos incluso hasta radical.

Porque el cardenismo es ese punto de clímax de dicho Estado liberal socializante, lo que también le permite hacer alianzas explícitas con el movimiento obrero de su época, o nacionalizar el petróleo, a la vez que acoge en nuestro país a la emigración republicana de la guerra civil española, o a León Trotsky, haciendo gala de un supuesto “nacionalismo revolucionario”. Punto de clímax de un liberalismo inclinado a la izquierda, que después de 1940 se irá desgastando

³⁶ Sobre esta tesis, cfr. Immanuel Wallerstein, “La Revolución Francesa como suceso histórico mundial”, en *Impensar las ciencias sociales*, Ed. Siglo XXI, México, 1998, *Después del liberalismo*, ya citado, y *El moderno sistema mundial. El triunfo del liberalismo centrista*, tomo IV, también ya antes citado.

progresivamente hasta terminarse en 1968, fecha de la revolución cultural mundial, y también mexicana, pero igualmente del fin histórico de todos los procesos abiertos por la Revolución Mexicana de 1910.

Claro proceso político de desgaste y deslegitimación del Estado liberal socializante mexicano, desplegado entre 1940 y 1968, que se acompasa en el plano económico con el llamado “milagro económico mexicano”, milagro que es el equivalente contemporáneo de los “treinta años gloriosos” de la economía francesa, o del milagro japonés, o del milagro brasileño, entre otros. Pues lo que en verdad subyace a todos estos procesos de fuerte crecimiento económico, es la afirmación de una fase “A” del ciclo Kondratiev, fase que según nos ha recordado Immanuel Wallerstein, ha aumentado los índices de productividad y la escala de la riqueza creada, en una medida que supera a cualquier otra época de los cinco siglos de vida del capitalismo mundial.³⁷

Desgaste del liberalismo socializante y auge económico mexicanos, que desembocan y concluyen en la revolución cultural de 1968, la que, en nuestro país, igual que en todo el planeta, cierra el primer siglo XX, e inaugura el segundo siglo XX todavía hoy en curso.

El segundo siglo XX de la historia de México.

Como lo ha explicado también Wallerstein, esta fecha *simbólica* de 1968 es una fecha compleja, que entrelaza varios virajes históricos simultáneos que incluyen, primero, el paso de una fase “A” a una fase “B” del ciclo Kondratiev; segundo, el punto de inicio de la decadencia hegemónica estadounidense, simbolizado en la derrota de Estados Unidos por parte de Vietnam; tercero, el inicio del colapso definitivo del liberalismo como geocultura dominante del

³⁷ Sobre este excepcional crecimiento económico del periodo 1945-1973, cfr. Immanuel Wallerstein, “La imagen global y las posibilidades alternativas de la evolución del sistema-mundo 1945-2025”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año LXI, núm. 2, abril-junio de 1999, y T. K. Hopkins e Immanuel Wallerstein, *The age of transition. Trajectory of the world-system 1945-2025*, Ed. Zed Books, Nueva York, 1996.

capitalismo mundial, y con ello, el resurgimiento de nuevas derechas belicosas y desvergonzadas y nuevas izquierdas otra vez radicalmente anticapitalistas y ahora también antisistémicas; y cuarto, el inicio de la crisis terminal del capitalismo mundial.

Cuatro virajes complejos y profundos, que determinan en gran medida los perfiles generales del segundo siglo XX, y que naturalmente se hacen también presentes con múltiples efectos dentro de la historia de México del último medio siglo transcurrido. Pues también en México hemos vivido el paso de la fase “A” a la fase “B” del ciclo Kondratiev, con su ineludible consecuencia de abrir un proceso de decrecimiento relativo de todas las variables económicas, desde la inversión, el comercio y las nuevas invenciones tecnológicas, hasta el salario, los ingresos y las ganancias en general. Por eso, poco después de 1968 termina el “milagro mexicano”, y el peso se devalúa significativamente frente al dólar, luego de cinco lustros de gran estabilidad cambiaria entre ambas monedas. Y si la crisis económica no estalla en México en los años setentas sino hasta los años ochenta, eso sólo se debe al dato excepcional del petróleo mexicano, el que retarda durante una década la manifestación aguda de los efectos de esa nueva fase “B” del ciclo Kondratiev.

En cambio, desde los años ochenta y hasta hoy, México vive una creciente depresión económica, que ha provocado que tengamos salarios que están entre los más bajos de toda América Latina e incluso del mundo, y que siga creciendo de manera galopante la aguda *polarización económica* antes ya referida, con su cauda de cada vez más pobreza extrema y miseria, y como su contraparte, de riquezas y ganancias desmesuradas y oprobiosas. Frente a lo cual, el gobierno actual lo único que ha hecho es, primero, aliarse con parte de los empresarios más ricos de México, perdonándoles grandes sumas de pago de impuestos y regalándoles los megaproyectos económicos de su sexenio, y segundo, tratar tibiamente de detener la inflación, pero sólo al precio de *reducir* la actividad económica y de provocar una contracción y atonía económicas, que auguran una

muy posible fuerte devaluación del peso mexicano en el futuro cercano, y con ella, una nueva crisis general de nuestra ya maltrecha economía.

Respecto del proceso de la decadencia hegemónica de Estados Unidos a nivel mundial, que se manifiesta en el hecho de haber tenido un presidente tan impresentable como Donald Trump, decadencia que abarca todo el segundo siglo XX histórico, es evidente que ella es la que ha provocado el proceso de agudización de los reiterados intentos de mantener e incluso aumentar el dominio y la sujeción norteamericanas sobre toda América Latina, y especialmente sobre México. Pues dado que Estados Unidos ha ido perdiendo desde 1968, progresivamente y en todo el mundo, sus antiguos mercados, su influencia política, su anterior fuerza geopolítica y su capacidad de control de otros países en general, entonces es lógico que como alternativa a esta pérdida, haya intentado intensificar y acrecentar su dominación sobre su área geográfica contigua y más cercana, sobre toda Latinoamérica, reactivando de modo extremo la abusiva Doctrina Monroe. Y con ello, en el caso de México, las presiones, amenazas e intervenciones abiertas y encubiertas de todo tipo, sobre toda nuestra sociedad en general.

Aumento de la presión estadounidense sobre México posterior a 1968, que al combinarse con el giro del Estado mexicano realizado en esas mismas fechas, desde un Estado liberal socializante que tuvo vigencia hasta 1968, primero hacia un Estado liberal centrista durante los años setenta, y luego hacia un Estado liberal conservador desde los años ochenta y hasta hoy, provoca el prolongado y cada vez mayor sometimiento de México a las exigencias e intereses de Estados Unidos, el que hoy llega a sus límites extremos con los últimos cuatro gobiernos mexicanos, y en particular con el actual gobierno. Pues en los hechos, y más allá de la retórica, hoy México está *más sometido que nunca* a Estados Unidos, lo que se ha manifestado claramente, primero, en el Tratado de Libre Comercio que tuvo

vigencia desde 1994 hasta 2018, y luego en su versión *empeorada* del actual Tratado Económico entre México, Estados Unidos y Canadá (T-MEC).³⁸

De este modo, y aunque parezca algo paradójico, el gobierno de Andrés Manuel López Obrador ha continuado siendo un Estado liberal *conservador*, que implementa e impone políticas económicas y sociales dura y radicalmente neoliberales, y que se somete amplia y alegremente a los dictados de Estados Unidos, aunque todo ello encubierto bajo la hoja de parra del discurso mentiroso y rimbombante de una Cuarta Transformación, de la prioridad a los pobres y de un cambio de régimen político y no solo de gobierno.³⁹

El tercer proceso señalado por Immanuel Wallerstein como posterior a 1968, y como característico de este segundo siglo XX histórico, es el del colapso definitivo del liberalismo como geocultura dominante del capitalismo mundial. Lo que implica que después de 1968, se acaba el dominio del liberalismo centrista y la doble cooptación que este llevo a cabo, de la izquierda y de la derecha, para dar paso a una nueva situación en la que tanto la derecha como la izquierda recuperan sus verdaderos perfiles esenciales, mientras que el liberalismo centrista va degradándose y desdibujándose hasta colapsar definitivamente. Lo que, igual que en todo el planeta, se reproduce también muy claramente en México.

Pues es a partir de los años setenta en adelante, que en México se afirma la corriente del llamado “neopanismo”, la que se presenta explícitamente como una nueva derecha, belicosa, clerical, racista, patriarcal, desvergonzada y anticultural, que ya *no* tiene miedo ni vergüenza de mostrar estos perfiles

³⁸ Sobre las mutaciones de la política y el Estado mexicano en el siglo XX, dice Wallerstein: "La política mexicana se ha estado moviendo con pasos firmes hacia la derecha durante los últimos sesenta años desde 1940...", en su texto "Las elecciones mexicanas: ¿una victoria para qué?", en *Immanuel Wallerstein. Crítica del sistema-mundo capitalista*, citado, p. 390. Y sobre el TLCAN, del que el T-MEC es solo una versión más agresiva y dañina para México, Immanuel Wallerstein afirmó: "Los grupos dominantes se han acomodado bastante bien bajo esta situación del TLCAN. Pero los estratos oprimidos están hoy peor que nunca antes", en "La tempestad mexicana: ¿Insurrección o guerra civil?", en *Contrahistorias*, núm. 10, 2008. Y véase también en este mismo número "¿Qué es lo que los zapatistas han logrado?".

³⁹ Sobre el gobierno de López Obrador, cfr. Immanuel Wallerstein, "Mexico confronts the future", Comentario del 15 de noviembre de 2018, en <https://fbc.binghamton.edu>, Subcomandante Insurgente Moisés, "Palabras del CCRI-CG del EZLN en el 26 Aniversario", en el sitio <https://www.ezln.org.mx>, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, "Noticias de México. Entrevista a Carlos Antonio Aguirre Rojas por Miguel Riera", en la revista *El Viejo Topo*, núm. 375, abril de 2019.

retardatarios y fascistas, y que comenzará a actuar política y electoralmente hasta lograr ganar la presidencia de México en el año 2000 con Vicente Fox, para luego cometer un escandaloso fraude electoral en 2006, e imponer torcidamente a Felipe Calderón.

Y es también de 1968 que datan las raíces de la actual izquierda mexicana realmente anticapitalista y antisistémica, organizada hoy en el vasto movimiento de La Sexta, y nucleada en torno del importante movimiento neozapatista mexicano.⁴⁰ Nueva izquierda mexicana post1968, que rompiendo con el reformismo de las izquierdas anteriores a 1968, y recuperando la profunda radicalidad de los orígenes de la izquierda del siglo XIX, fue la que apoyó la Candidatura Independiente de María de Jesús Patricio Martínez y del Congreso Nacional Indígena en 2018, siendo también la que ahora se opone de manera activa, militante y anticapitalista, a los megaproyectos capitalistas, al neoliberalismo renovado, y al vergonzoso entreguismo frente a Estados Unidos.

También, y completando el escenario político mexicano del último medio siglo y hasta hoy, junto a la derecha panista belicosa y desvergonzada, y a la izquierda de La Sexta, genuinamente anticapitalista y antisistémica, se ubica el centro liberal hoy en franca decadencia. Centro liberal que incluye, en primer lugar al PRI, pero también al PRD y actualmente al Partido Morena. Porque la supuesta izquierda oficial, que alimentó primero al PRD después del fraude electoral de 1988, y que en el último lustro dio nacimiento al Partido de Morena, es una “izquierda” totalmente domesticada y políticamente correcta, que más allá de sus discursos, acepta en los hechos jugar el corrupto juego político capitalista, respetando las reglas, las leyes, las instituciones y sobre todo la lógica profunda del sistema dominante, desde una práctica concreta igualmente procapitalista y prosistémica.

⁴⁰ Sobre este importante movimiento neozapatista, cfr. Immanuel Wallerstein, “Cuatro acercamientos al neozapatismo mexicano”, en *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*, citado, y “The Neozapatistas: Twenty years after”, Comentario del 1 de mayo de 2014, en <https://fbc.binghamton.edu>, ya referido. Véase también Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Mandar obedeciendo. Las lecciones políticas del neozapatismo mexicano*, Ed. Contrahistorias, 14ª edición, México, 2018, y *La tierra furia. Nuevos ensayos sobre el neozapatismo mexicano*, Ed. Contrahistorias, 4ª edición, México, 2019.

Lo que una vez más nos muestra los enormes límites del gobierno mexicano actual, el que si en el plano general reproduce al Estado liberal conservador que se conformó desde los años ochenta y hasta hoy, de otra parte se apoya en un Partido que encarna actualmente al decadente liberalismo centrista, lo que explica las confusiones y contradicciones de dicho gobierno, y entre otras, el por qué reivindica y utiliza en su iconografía cotidiana a las figuras de Benito Juárez, Francisco I. Madero y Lázaro Cárdenas, todos ellos típicamente liberales y completamente procapitalistas.

Escenario político y social mexicano, cada vez más polarizado entre la derecha y la ultraderecha panistas, y la izquierda anticapitalista del movimiento de La Sexta, entre las cuales se ubica el decadente centro liberal, que a través del Partido Morena es hoy dominante en el gobierno mexicano, coexistiendo y combinándose con el Estado liberal conservador, lo que reproduce en nuestro país, de manera un poco bizarra y complicada, los mismos procesos y escenarios que hoy se viven a nivel mundial, y que son también una de las tantas manifestaciones de la crisis y deslegitimación de todos los Estados del orbe, y más allá, de todas las clases políticas en su conjunto y sin excepción alguna, del mundo entero, procesos que se plasman en el grito del pueblo argentino de 2001 que planteaba “¡Que se vayan todos!, ¡Que se vayan todos y que no quede ni uno solo!”, grito que se repetirá en 2005 en Ecuador, o en 2019 en Chile, o etc., y que es similar a la consigna de los Indignados españoles de 2011, que planteaban “No somos mercancías, en manos de banqueros y políticos”. Crisis terminal del nivel de lo político, que se combina con el cuarto viraje o mutación históricos antes aludidos.⁴¹

Cuarta mutación posterior a la revolución cultural mundial de 1968, que es el proceso global de la crisis terminal del capitalismo mundial, dentro del cual hemos vivido durante los últimos cincuenta años transcurridos. Crisis terminal del capitalismo que al ser una crisis *global* del entero proyecto de la civilización

⁴¹ Sobre este punto, Wallerstein afirma claramente: “Creo que el liberalismo como proyecto político efectivo ya cumplió su función, y está en proceso de derrumbarse bajo el impacto de la crisis estructural de la economía-mundo capitalista”, en el libro *Después del liberalismo*, ya citado, p. 92.

capitalista, no solo tiene una dimensión estrictamente planetaria, sino que también abarca a *todos* los niveles de la realidad social sin excepción, desde lo territorial y lo tecnológico hasta lo artístico y lo familiar, pasando por lo económico, lo social, lo político y lo cultural. Crisis múltiple de todos los órdenes de la realidad social, y de todos los espacios y relaciones de la vida social e individual, que se hace presente igualmente en la sociedad mexicana del segundo siglo XX histórico, potenciando muchos de los procesos y tendencias ya antes señalados, y configurando en conjunto una situación general que vista desde la larga duración histórica, se asemeja notablemente con el México de las vísperas de 1810 y 1910.

Pues la situación que hoy, en 2020, enfrenta México, es la de la antesala evidente de un estallido social de grandes proporciones, que será solo comparable con la Revolución de Independencia de 1810, y con la Revolución Mexicana de 1910, y cuya inminencia e inevitabilidad fue bien percibida por Immanuel Wallerstein, igual que por el neozapatismo mexicano, tal y como lo hemos planteado anteriormente.⁴²

*

*

*

En su último libro publicado, titulado *La izquierda global. Ayer, hoy, mañana*, Immanuel Wallerstein aborda, entre otros temas, el de la composición interna de lo que actualmente se llama la izquierda, analizando a esta última, como es habitual en sus trabajos, desde una perspectiva mundial. Y entonces, uno de sus argumentos centrales respecto de la situación contemporánea de esa izquierda global, es el que observa que ella está hoy dividida en dos grandes ramas, dándonos de un lado a una izquierda reformista, oficial, política y partidaria, que acepta jugar dentro de las reglas que le impone el sistema

⁴² Remitimos nuevamente al lector a los textos de Immanuel Wallerstein, “La bomba de tiempo mexicana”, y “La tempestad mexicana: ¿insurrección o guerra civil?”, del Subcomandante Insurgente Marcos, “Reunión con el Magisterio y otros sectores de Tlaxcala”, y de Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Contrahistoria de la Revolución Mexicana*, capítulo IV, “El pasado y el presente explican el futuro: México en las vísperas de una nueva Revolución Mexicana”, todos ya citados anteriormente.

capitalista, participando en elecciones y construyendo, en el mejor de los casos, tibios gobiernos moderadamente progresistas, pero totalmente procapitalistas, y de otra parte una izquierda revolucionaria, fuera de las instituciones, más social, y con organizaciones laxas y flexibles como la red de redes, que critica frontalmente al sistema capitalista y a la sociedad de clases, y que confronta y se deslinda del Estado y la política burguesas, para reivindicar junto a los movimientos sociales antisistémicos, la construcción desde abajo y a la izquierda, de gobiernos que se inspiren en el principio del “Mandar obedeciendo”, es decir, estructuras del auténtico autogobierno popular basadas en la democracia directa y en una lógica radicalmente anticapitalista.

Dos izquierdas que proponen estrategias y caminos de acción diametralmente opuestos, que según Wallerstein nos remiten de un lado a las acciones inmediatas y de corto plazo defendidas por la izquierda reformista, o del otro lado a los proyectos de mediano y largo plazo encarnados por la izquierda social radical. Distinción entre lo inmediato y lo mediato, que lleva a Wallerstein a proponer que debemos de impulsar *simultáneamente* ambas izquierdas, luchando en lo inmediato por pequeñas reformas que “minimicen los sufrimientos del pueblo” o “atenúen el dolor”, y en el mediano plazo por cambios estructurales que eliminen al capitalismo de la faz de la Tierra e instauren una nueva sociedad igualitaria, justa, más libre y más democrática.⁴³

Pero aunque Wallerstein piensa que debemos apoyar a las dos izquierdas, no se hace la menor ilusión respecto de lo que es capaz de hacer la izquierda reformista, ni de lo que implica el hecho de que ella haya sido capaz de conquistar el poder del Estado, en la medida en que *toda* su acción se limita exclusivamente a “atenuar el dolor” del pueblo bajo el capitalismo actual. Por eso dice claramente: “Al mismo tiempo, es necesario comprender muy bien que atenuar el dolor no es

⁴³ Nosotros discrepamos de esta postura táctica de Immanuel Wallerstein, estando en cambio totalmente de acuerdo con su postura estratégica, que consideramos como mucho más acorde a sus posiciones teóricas y al espíritu general de toda su obra, en donde reivindica claramente la lucha radical y anticapitalista del mediano plazo, sobre la lucha táctica inmediata por pequeñas reformas. Pensamos que la mejor manera de producir o potenciar las reformas, es luchando siempre de manera anticapitalista y antisistémica, confrontando radicalmente y sin concesiones a la izquierda reformista.

para nada una manera de transformar el sistema, idea que fue precisamente la ilusión de la concepción socialdemócrata. Porque atenuar el dolor no hace ninguna otra cosa más que atenuar el dolor”.⁴⁴

Tesis sobre las dos variantes de la izquierda global, que en el México del segundo siglo XX, se presenta como una divergencia clara entre la izquierda reformista encarnada sucesivamente en el Partido Comunista Mexicano, en el Partido Socialista Unificado de México, en el Partido de la Revolución Democrática y hoy en el Partido Morena, y la izquierda radical, revolucionaria o rebelde, que en este último medio siglo se hace presente también, sucesivamente, primero, en los múltiples grupos de la izquierda espartaquista, maoísta, trotskista o libertaria, de la llamada “generación de la dignidad” de los años sesentas, setentas y ochentas, y luego y hasta hoy, en el digno movimiento neozapatista mexicano y en La Sexta. Dos izquierdas mexicanas ubicadas en las antípodas, que hoy vuelven a confrontarse abiertamente, estando la primera, la izquierda reformista, en posesión del aparato del Estado mexicano (que como planteamos antes, sigue siendo un Estado liberal conservador), y con ello con el control del ejército, de la policía y de la Guardia Nacional, y la segunda, la izquierda rebelde y anticapitalista, al lado del Congreso Nacional Indígena, de La Sexta, y de todas las clases, sectores y grupos subalternos de México.

División entre estas dos izquierdas, una la falsa izquierda, y la otra una genuina izquierda radical, que también Wallerstein percibió muy claramente cuando afirmó: “Los zapatistas y los lopezobradoristas representan dos alas de la oposición popular en México. Y ellos plantean estrategias políticas diferentes...”.⁴⁵ Lo que claramente desmiente y refuta la absurda postura de algunos analistas mexicanos, que han querido presentar a Immanuel Wallerstein como un limitado y vulgar partidario del lopezobradorismo hoy en el poder.

⁴⁴ Cfr. Immanuel Wallerstein, *La gauche globale. Hier, aujourd'hui, demain*, Ed. Maison des Sciences de l'Homme, París, 2017, p. 50. Los dos primeros capítulos de este libro están publicados en español en la revista *ContraHistorias*, número 23, 2014. En esta versión en español la cita está en la página 86.

⁴⁵ Cfr. Immanuel Wallerstein, “La tempestad mexicana: ¿insurrección o guerra civil?”, ya citado, p. 57.

En cambio, y muy alejado de esta postura, Wallerstein era escéptico y muy crítico de lo que significaba el actual gobierno de Andrés Manuel López Obrador, tal y como lo planteó explícitamente en su último texto dedicado a México, “México confronta el futuro”, donde dice: “AMLO terminó con el monopolio [del poder] del PRI. Pero ¿va él a reemplazar al PRI con algo realmente diferente? Un analista de izquierda me explicó que el PRI no era un Partido sino más bien toda una cultura. Y me dijo que lo que la izquierda debería de hacer era crear una cultura alternativa a esa cultura priista en México, e incluso en cualquier otra parte. ¿Está la izquierda mexicana [de AMLO] dentro del proceso de llevar a cabo realmente esta tarea?”.⁴⁶

Aguda visión crítica frente al gobierno mexicano actual, que revela la verdadera apuesta profunda de Immanuel Wallerstein respecto de la actual crisis terminal del capitalismo. Apuesta que, como toda su obra en general, y como todos sus análisis, hipótesis y explicaciones en particular, estuvo siempre impregnada por un radical espíritu anticapitalista y antisistémico en general. Vocación antisistémica y rebelde que lo aproximó de modo natural y profundo al movimiento neozapatista mexicano, al que siempre reconoció, aplaudió y apoyó de manera completa, continua e incondicional. Apoyo y solidaridad total que a su vez, y del lado del neozapatismo, se tradujo en una recuperación atenta y cuidadosa de varias de sus tesis centrales por parte de este mismo movimiento neozapatista.⁴⁷

Hoy, Immanuel Wallerstein no está más entre nosotros. Pero nos queda en cambio su rica y aguda obra, llena de pistas para entender la historia y la situación actual del sistema capitalista mundial. Y también, dentro de éstas, parte de la historia y la situación actual de México. Continuemos trabajando entonces para recuperar esas ricas pistas wallersteinianas, que son un legado precioso y valioso

⁴⁶ Cfr. Immanuel Wallerstein, “Mexico confronts the future”, antes ya citado.

⁴⁷ Recuperación crítica, seria y meditada de las tesis wallersteinianas por parte del neozapatismo, que se muestra de modo muy evidente en los textos zapatistas presentados en el Seminario 'El Pensamiento Crítico frente a la Hidra Capitalista', en donde las tesis de Wallerstein son citadas y comentadas en varias ocasiones. Al respecto, cfr. *El pensamiento crítico frente a la Hidra capitalista I. Participación de la Comisión Sexta del EZLN*, Ed. EZLN, México, 2015.

del más contemporáneo y antisistémico *pensamiento crítico*, el que desde Marx y hasta hoy, sigue alumbrando los esfuerzos de todos los que luchamos cotidianamente en pos de un mundo mejor, no capitalista y no clasista, “Un mundo en el que quepan muchos mundos”.

4. Grietas al capitalismo. Las autonomías antisistémicas como horizontes alternativos

Betsy Malely Linares Sánchez⁴⁸

Introducción

Si bien dentro de las Ciencias Sociales existen múltiples corrientes teóricas que permiten abordar el tema de las autonomías, el presente capítulo se fundamenta a partir de la Teoría Crítica del capitalismo con un enfoque marxista, cuyo principal rasgo es el antagonismo con el sistema capitalista para proponer una transformación radical de las estructuras socio-productivas, impulsadas por nuevos sujetos sociales emancipados. Teniendo en cuenta este planteamiento teórico se retomaron las perspectivas de Immanuel Wallerstein, Carlos Aguirre Rojas, Antonio Gramsci, Raúl Zibechi, Silvia Federici, Maristella Svampa, John Bellamy Foster y algunos otros autores, quienes permitieron profundizar en el análisis investigativo desde una mirada crítica.

Asimismo, el método dialéctico permitió situar un enfoque crítico de las resistencias sociales frente al sistema-mundo capitalista. Por tanto, la presente

⁴⁸ Periodista y Licenciada en Ciencias Sociales por la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, es Maestra en Estudios Latinoamericanos y Especialista en Negociación y Gestión de Conflictos Políticos y Sociales por la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente es Doctorante en Estudios Latinoamericanos (UNAM). Sus principales temas y líneas de investigación son: Estado y sociedad: instituciones, procesos políticos y movimientos sociales en América Latina; procesos de paz como construcción social y la cultura en la formación de identidades. Dirección electrónica: betmalisa@gmail.com

indagación se desarrolla en un escenario de dominación-resistencia, es decir entre el sistema -mundo capitalista con una permanente búsqueda de la valorización del valor que mercantiliza todos los espacios, incluso la vida y los movimientos subalternos, los cuales reivindican otras formas de existencia que trascienden y transforman el modelo económico-eficientista por modernidades alternativas.

El analizar las autonomías desde esta postura epistemológica permite la comprensión del sistema-mundo moderno capitalista como una unidad de análisis, en la que existen contradicciones; por un lado se encuentra la dominación y la explotación hacia las clases subalternas por parte de algunos sectores quienes imponen la hegemonía, y por el otro están los movimientos emancipatorios que resisten a través de estrategias en diversos ámbitos en la búsqueda por la autonomía y que han abierto grietas al actual sistema que se encuentra en una permanente crisis civilizatoria. Por tanto, la intención de reflexionar el concepto de autonomía en un marco de interpretación crítico se propone aportar elementos en la construcción de posturas epistémicas que permitan superar los embates del capitalismo.

En razón de esto cobra sentido la filosofía de la praxis que: “considera en unidad indisoluble el proyecto de emancipación, la crítica de lo existente y el conocimiento de la realidad a transformar. El gozne en que se articulan estos tres momentos es la praxis como actividad real orientada a un fin. Se trata de transformar el mundo (proyecto o fin) con base en una crítica y un conocimiento de lo existente. El problema teórico (filosófico) fundamental es, por tanto, el problema práctico de la transformación del mundo humano, social; o sea: el de la autoproducción o cumplimiento del hombre, en un contexto históricos-social dado, en y por la praxis”. (Sánchez Vázquez, 1977)

De manera tal que en este marco referencial cobra entera vigencia el pensamiento de Marx, el cual brinda la posibilidad de entender los fenómenos aquí analizados con la debida complejidad que requieren para la necesaria y apremiante transformación social. Desde la lente de esta reflexión teórica podemos aprehender y explicar a profundidad diversas problemáticas globales,

reivindicando la necesidad de afianzar la unidisciplinariedad, en la que se estudien los fenómenos desde la historicidad en todas las dimensiones, en sus procesos, en la espacio-temporalidad, en el contexto y en su carácter social sin fragmentar el conocimiento por disciplinas.

Del contexto descrito surgen algunas preguntas que se irán desarrollando a lo largo del texto para entender e ir construyendo el concepto de autonomía, entre ellas: ¿Cuáles son las principales motivaciones de los movimientos subalternos en la búsqueda de autonomía? ¿frente a quiénes o qué las disputan? ¿Cómo expresan esa necesidad en un escenario de crisis mundial de la hegemonía capitalista? Y ¿Cuáles son los rasgos que les caracterizan? Para ello, partiremos de dos amplias nociones sobre qué es la autonomía, pasando por la caracterización de las mismas, hasta llegar a la exposición de algunos casos desde la mirada de los conceptos propuestos.

Pues bien, para adentrarnos en el concepto de autonomía se debe señalar que durante las dos últimas décadas en América Latina han sido dos las tendencias que se han acentuado con mayor preeminencia. Por un lado, se encuentran aquellas que señalan una clara demarcación frente al Estado y que han logrado nuevas alternativas sociopolíticas emancipadoras, restaurando la democracia directa más allá de los límites estatales y partidistas, capaces de subvertir al sistema capitalista; tendencia a la que denominaremos autonomías antisistémicas. En la otra vía están aquellas que consideran que al asumir la vía estatal existe la posibilidad de una transformación social; ven en las formas partidarias el punto de encuentro para la toma del poder y con él alcanzar sus objetivos, a esta tendencia la denominaremos autonomías intrasistémicas. Derivadas de estas dos tendencias (antisistémicas e intrasistémicas), existen experiencias autonómicas presentes tanto en el ámbito rural como en el urbano que se explicarán más ampliamente.

1.1 Autonomías, ¿cómo entenderlas desde América Latina?

Aunque distintos autores difieren acerca del momento histórico del origen del capitalismo, tomamos como referente el argumento de Wallerstein, para quien

tiene lugar en el Siglo XVI, cuando algunos países de Europa, entre ellos Francia, Inglaterra y España explotaban los recursos de las tierras tras su Conquista y posterior Colonización. Estas relaciones de intercambio desigual económico hicieron que los primeros obtuvieran una gran acumulación de capital en detrimento de los segundos.

Durante cinco siglos el sistema mundo capitalista ha ido creando y fortaleciendo todas las estrategias posibles para su reproducción. Desde ese momento se han establecido distintas zonas de influencia, divididas en países periféricos, semiperiféricos y centrales. Dando lugar a que los países centrales se disputen entre sí la posición hegemónica, que los países semiperiféricos contiendan en la búsqueda por ocupar un lugar central, mientras que los periféricos intenten no ser relegados a la zona más deplorable. Sin embargo, difícilmente pueden cambiarse estas posiciones a menos que ese sistema sea reemplazado por uno totalmente nuevo en el que el capitalismo no tenga lugar, uno en el que la hidra capitalista, como la llaman los indígenas neozapatistas, no pueda reproducirse más. Para que eso sea posible hay que cercenarle las cabezas, seguir agrietando ese muro sistémico, multiplicar las fisuras que han sido abiertas por las rebeldías que se suman en todo el planeta.

El capitalismo constantemente implementa mecanismos, cabezas de esa hidra para no fenecer; como la explotación, el despojo, la represión y el desprecio, las cuatro ruedas que sostienen el capitalismo definidas por los neozapatistas, aunque existen también otras como el terror y la guerra, la cooptación y la propaganda ideológica, por nombrar solo algunas. No obstante, también es posible y necesario entender las respuestas propositivas emanadas de las sociedades en movimiento para la destrucción de ese sistema a través de las autonomías antisistémicas para la construcción no sólo de un contrapoder, sino de un mundo otro anticapitalista en donde puedan autogobernarse.

Así al retomar los postulados de Marx, Gramsci y otros de los autores críticos aquí revisados consideramos las autonomías antisistémicas como aquellas que proponen una nueva sociedad basada en relaciones igualitarias. Por eso quienes

trabajan en su consecución no consideran al Estado ni al modelo capitalista estructuras que permitan profundas ni verdaderas transformaciones sociales, por el contrario, son conscientes de que exacerban las condiciones de explotación, dominio, despojo y muerte. Estas autonomías impulsadas por movimientos subalternos antisistémicos han sido posibles a través de nuevas formas de autoorganización que han construido a partir de la autonomía global.

Siguiendo la propuesta del Sistema-Mundo Moderno y tal como habíamos dicho convergemos en una fecha histórica fundamental, 1968, año simbólico en la siembra de semillas rebeldes con frutos que han tenido una profunda incidencia en numerosos procesos sociales actuales y permiten analizar algunos rasgos en la presente reflexión acerca de las autonomías antisistémicas.

La fecha de 1968 significó un quiebre a nivel mundial de las estructuras culturales en la sociedad contemporánea por medio de la revolución cultural, protagonizada por una gran diversidad de movimientos sociales cuyos sujetos sociales ya no solamente fueron los obreros, sino mujeres, jóvenes, campesinos, indígenas, y afrodescendientes capaces de cuestionar a los Estados, al patriarcado, a las relaciones coloniales, a las izquierdas tradicionales y al sistema mismo en una constante lucha por la autonomía y la autogestión tanto en las periferias y en el centro, como en las zonas rurales y urbanas.

Desde esa fecha simbólica de 1968 han tenido lugar en América Latina hechos que han marcado las luchas antisistémicas a nivel mundial. Por eso nos atrevemos a afirmar que el ciclo de protestas de finales del siglo XX hunde sus raíces precisamente en esta revolución cultural. Luchas que se acrecentaron en 1992, con un gran despliegue de numerosas manifestaciones por motivo de los “Quinientos Años de Resistencia Indígena Negra y Popular”, ante la mal llamada Conquista de América. Dos años después surge el levantamiento neozapatista que produce una ruptura frente a las viejas prácticas organizativas convirtiéndose en una experiencia reivindicativa de los pueblos indígenas, rescatando los saberes ancestrales con las demandas de los movimientos urbanos.

Sin embargo, aunque estos sean algunos de los hitos más destacados luego del quiebre de 1968 hay que destacar que la lucha por la autonomía ha sido de larga duración, una extensa búsqueda para derribar el colonialismo inter, intra y transnacional, señalado por (González Casanova , 2003) presente en los terrenos económico, político, social y cultural que, explica; la fortaleza de los centros de poder del capitalismo mundial basado en la articulación y combinación de sus propias fuerzas desde los complejos militares empresariales y científicos, pasando por sus redes financieras, tecnológicas y comerciales, hasta la organización de complejos empresariales de las llamadas compañías transnacionales y multinacionales, que controlan desde sus propios bancos pasando por sus medios de publicidad hasta sus mercados de servicios, mercancías, territorios y “conciencias”.

Como se ha señalado la depredación del sistema capitalista despliega distintos mecanismos para la apropiación de la riqueza que han desembocado en profundas crisis no sólo económicas, sino civilizatorias. Las cifras que se observan a diario dan cuenta de cómo la población es un excedente para ese sistema expropiador no solamente de la fuerza de trabajo, sino de la humanidad, basado en una matriz de sobrexplotación con nuevas formas de esclavitud que reconfiguran la división internacional del trabajo, masificando la producción a escala mundial y reduciendo a mínimas cantidades la retribución salarial con una creciente privatización de los medios de producción y del conocimiento.

Wallerstein, afirma que la economía-mundo capitalista ha desarrollado una estructura política compuesta de Estados, cada uno de los cuales proclama el ejercicio de su “soberanía” en una zona geográfica delimitada, Estados que, en su conjunto, están vinculados entre sí dentro de un sistema interestatal, cuya estructura garantiza la persistencia del mercado parcialmente libre, requisito clave para la acumulación del capital. Agrega que en la mayoría de los casos se ha producido la proletarización que ha requerido la desruralización y, por lo tanto, el desarraigo de poblaciones previamente agrícolas. (Wallerstein , 2016, pág. 115).

Por eso es de subrayar que los Estados no sólo no garantizan ni la soberanía, ni la democracia, sino que acentúan las condiciones de desigualdad y explotación. Se encuentran al servicio de las corporaciones y aunque parecieran dos caras diferentes, hablamos de una misma moneda, del poder hegemónico; de un sujeto bicéfalo, desdoblado en el Estado y en las empresas transnacionales, que se apropian de recursos estratégicos inyectando las ganancias para su reproducción, la misma que hoy se encuentra en una crisis civilizatoria.

1.2 Las autonomías antisistémicas, una perspectiva global-integral

Para abordar el análisis de las autonomías antisistémicas vale la pena considerar una pregunta ¿por dónde empezar? Empezaremos por decir que el propósito encarado por las autonomías antisistémicas parte de procesos emancipatorios ante las estructuras del poder que pretenden una transformación estructural total, una revolución y no solamente reformas parciales.

En el escenario de crisis mundial de la hegemonía capitalista expresan esa necesidad bajo formas organizativas cuyo centro medular es la integralidad, es decir la lucha permanente por una autonomía global en la que la praxis no sea efectuada solamente desde alguna de sus expresiones. Ya sea, por decirlo, desde el marco jurídico y se pasen inadvertidos otros ámbitos como el cultural, el social, el político o el económico. Es necesario que exista un equilibrio entre todas las dimensiones sin que carezca de alguna.

Ahora bien, ¿qué es la autonomía global e integral? Siguiendo a Aguirre Rojas, la autonomía global e integral es concebida como una noción multidimensional, que debe construirse en todas las esferas de la sociedad y la civilización, dicha visión se define doblemente: Primero, y en el ámbito todavía de lo político, en la concepción de que esta autonomía es una forma radicalmente distinta del gobierno, y por ende es “el Otro Gobierno”, lo que a su vez solo tiene sentido desde también otro modo radicalmente diverso de ejercer la actividad política misma, es decir desde una “Otra Política”. La concibe como la restitución o el rescate integral, por parte de los sujetos sociales subalternos, de su capacidad para decidir, soberanamente, y de modo libre y voluntario, las figuras deseadas de

su propia socialidad, y con ello los modos específicos de concreción de su propia vida. (Aguirre Rojas, 2018, pág. 21)

La autonomía global integral es el tipo de vida en conjunto que estos sujetos quieren vivir, y retomando a Bolívar Echeverría: “de la figura deseada de su socialidad”, que incluye lo mismo a la economía que a la sociedad, a la política o a la cultura, pero también a la relación que tienen con la naturaleza, o sus específicas relaciones de familia, o sus relaciones de género, su educación e incluso su arte y sus formas singulares de comunicación. Para Aguirre, la autonomía global es uno de los elementos centrales que da sustento a esos inéditos y muy innovadores proyectos de construcción de mundos nuevos, que de manera germinal y larval pero muy firme y consciente, se desarrollan en múltiples espacios de toda América Latina. (Aguirre Rojas, 2013, pág. 91)

Las autonomías antisistémicas son “autonomías sin permiso, al margen de la legalidad vigente, como práctica de desobediencia civil colectiva”, (Aparicio Wilhelmi, 2009), que están pensando más allá de la heteronomía, de reestructuraciones o ajustes estatales, son independientes del Estado y de los partidos políticos, incluyendo a los de izquierda, porque saben que difícilmente a través de ese sistema pueden consolidarse, no sólo por los incumplimientos a pactos cuando se sientan a dialogar como sucedió con los Acuerdos de San Andrés Larráinzar en Chiapas, imprimiendo una constante guerra de baja intensidad en contra de las comunidades en resistencia, por nombrar un ejemplo, sino además por el falso multiculturalismo promulgado por algunos Estados en el que lejos de defender los derechos colectivos se encierra una concepción universalista que legitima la dominación de la hegemonía cultural y política capitalista.

Las autonomías antisistémicas son una posibilidad de transformación que revoluciona el poder desde abajo a partir de las resistencias y las estrategias político-organizativas, capaces de conquistar proyectos de emancipación con la recuperación de los territorios y los bienes comunes ante el despojo, en la constante defensa de la conciencia histórica, en la protección de todas las formas

de vida, en la búsqueda de la dignidad y del respeto por las formas propias de producción cultural, política, económica, al igual que de los espacios constitutivos reales o simbólicos en los que recrean sus identidades, por eso luchan para derribar el arriba, el sistema capitalista.

1.3 Trazos para dibujar las autonomías antisistémicas

Otra pregunta provocadora de constante indagación no sólo entre los movimientos subalternos, sino también debatida ampliamente por académicos y activistas es ¿qué hacer? Y añadiríamos ¿qué hacer frente al sistema capitalista para lograr las autonomías antisistémicas? Si bien no existen fórmulas mágicas que determinen cómo poder hacerlo porque cada experiencia en un tiempo y espacio determinados tiene particularidades que les son propias, e incluso pueden ser cambiantes, sí existen algunos trazos generales dentro de las estrategias organizativas que les caracterizan y que les han posibilitado avanzar en la consolidación de sus proyectos emancipatorios. Dentro de los movimientos subalternos que adelantan procesos autónomos antisistémicos se han podido identificar cinco grandes dimensiones que unidas han fortalecido integralmente estas experiencias y que serán abordadas a lo largo de este apartado.

Una primera dimensión es el **autogobierno** a partir de la autonomía política, en el que reivindican la asamblea como mecanismo para la toma de decisiones consensuadas y aunque existan representantes o autoridades en las organizaciones se rigen por el “mandar obedeciendo”. Cualquier integrante de la comunidad se encuentra en la posibilidad de ejercer los cargos que les sean asignados, porque no hay líderes inamovibles y estos a su vez se guían por dos de los siete principios neozapatistas “servir y no servirse”, además del “representar y no suplantar”.

Una segunda dimensión es la **autonomía jurídica** que promueve la justicia restaurativa alterna, y el reconocimiento de los derechos colectivos, reincorporando a los miembros de la comunidad por medio de acciones que puedan resarcir el daño causado. El responsable del hecho no es solamente el

individuo quien cometió la falta sino el “nosotros”. A diferencia de la justicia punitiva, heredada de la Colonia, que en lugar de reintegrar a los sujetos a la sociedad los aísla, haciendo de ellos población excedente, aprisionándolos en sistemas penitenciarios que funcionan como lugares de castigo en los que difícilmente los encarcelados conseguirán un cambio ni para sí mismos ni para la sociedad.

Una tercera dimensión es la **autonomía económica**, que ha sido uno de los elementos que implican mayor complejidad por los cercos impuestos desde arriba para estas autonomías, con ella se proponen ser cada vez más independientes del mercado, aunque aún deban coexistir en espacios capitalistas, siendo ésta todavía una dificultad. Sin embargo, si bien en principio se produce para el autoabastecimiento y por la defensa de la soberanía alimentaria, la producción adicional es distribuida a través de mercado justo por medio de cooperativas que propenden por una economía solidaria en la que haya un reparto igualitario a través del trabajo colectivo. Como señalaba Luxemburgo: “El trabajo asalariado y la dominación de clase deben ser sustituidos por el trabajo cooperativo, y los medios de trabajo no deben ser el monopolio de una clase sino convertirse en el bien común de todos” (Luxemburgo, 2011, pág. 72).

Una cuarta dimensión es la **autonomía cultural**, que se expresa en el carácter dialógico, horizontal y comunitario que ha creado relaciones sociales de nuevo tipo. Se manifiesta en la importancia que para los movimientos subalternos tiene tejerse al territorio ya sea físico y/o simbólico tanto en las zonas rurales como en las urbanas. Lo demuestran en la revalorización de sus costumbres, identidad, tradiciones o en la forma de construir novedosas prácticas alternativas para crear redes con otras resistencias. De allí que sea cada vez más necesaria la ampliación de sus bases sociales y la existencia de relevos generacionales que sean capaces de continuar con las luchas emprendidas en una suerte de rebeldía plural para recuperar colectivamente la memoria, las prácticas culturales como las lenguas, las líricas, las representaciones artísticas, la tradición oral, la defensa de todas las formas de vida y principalmente para demoler al sistema capitalista.

Asimismo, multiplican sus conocimientos a través de los proyectos pedagógicos, mediante espacios ajenos a las lógicas de la mercantilización educativa en donde ellos determinan cómo construir el conocimiento a partir de sus necesidades, promueven el sentido crítico, recuperan la historia desde abajo reconstruida por los propios actores, aprenden en colectivo, porque todos los saberes son importantes y esos saberes se convierten en praxis, porque los conocimientos no son ajenos a sus realidades.

En la autonomía cultural promueven prácticas contrahegemónicas como la Comunicación para la Re-existencia Social⁴⁹, mediante distintas formas de comunicar, incluyendo a las nuevas tecnologías en un ejercicio de coherencia entre palabra y acción que difunde contenidos críticos con un alto grado de creatividad para animar los procesos de la lucha y para difundir lo que el silencio cómplice de los conglomerados mediáticos acalla o para desmentir los indiscriminados señalamientos de los que son falsamente acusados.

Otro elemento muy significativo en esta dimensión es el rol cada vez más visible que las mujeres desempeñan en los avances hacia la autonomía y que hace frente a la expropiación sufrida en sus cuerpos y a la respectiva transformación para convertirlo en una máquina reproductora de la fuerza-trabajo que se inició hace cinco siglos, con el inicio del capitalismo. Federici considera que cada fase capitalista, incluida la actual, ha venido acompañada de un retorno a los aspectos más violentos de la acumulación originaria, por ello la expulsión de los campesinos de la tierra, la guerra y el saqueo a escala global y la degradación de las mujeres son condiciones necesarias para la existencia del capitalismo en cualquier época (Federici, 2013).

Siguiendo a Segato, hoy la guerra continúa ceñida contra el cuerpo de las mujeres de manera mucho más cruel y sistemática, quien añade que esta violencia corresponde a la transformación política y económica en donde las economías

⁴⁹ Para ampliar información consultar la tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos: *“La Otra Comunicación del neozapatismo en México y el Tejido de Comunicación de la ACIN en Colombia: estrategias políticas de resistencia antisistémica y anticapitalista”*. Linares Sánchez Betsy Malely. Universidad Nacional Autónoma de México (2015).

criminales, las corporaciones y la descomposición del Estado convierten al cuerpo de la mujer en un bastidor para inscribir nuevas formas de dominio y de soberanía por el control sobre el territorio, que se expresa públicamente a través del sometimiento total del cuerpo de la mujer. (Segato, 2013).

En esa lucha por la autonomía las mujeres han construido junto con otros sujetos rebeldes una crítica y un accionar en las estrategias organizativas, mediadas por nuevas relaciones sociales mucho más horizontales para que no sólo sean abolidas las prácticas jerárquicas de subordinación socioeconómica, la división sexual del trabajo, el machismo o las violencias de género, que ya en sí ha implicado importantes resistencias, sino para que sea derribado en conjunto todo el sistema capitalista patriarcal.

Una quinta y última dimensión es la **autodefensa**, que contempla los mecanismos de protección y de resistencia frente a las múltiples estrategias y actores incluyendo al Estado, que pretenden desarticular los procesos organizativos. Estos pueden contemplar el uso de armas para defender la seguridad o también pueden valerse de la vía pacífica, la noviolencia y la neutralidad activa. La autodefensa que han puesto en práctica estas experiencias es análoga a la vivida en la Comuna de París, que dentro de las medidas adoptadas eliminó a las fuerzas de la policía y al Ejército para que fuera el propio pueblo el que tomara el control de su destino.

1.4 Experiencias de autonomías antisistémicas en el ámbito rural

Como se ha mencionado reiteradamente la lucha por la autonomía ha sido de larga duración, librada por múltiples sujetos rebeldes en diversos espacios de disputa y extendida al planeta entero, en el que poco a poco han ido añadiendo

grietas y cortado cabezas de la hidra capitalista. En esa incansable búsqueda autonómica la lucha por la tierra, ahora reinterpretada como una lucha por el territorio, es una conquista impostergable por la defensa de todas las formas de vida y por la producción y reproducción del lugar que habitan; las zonas rurales, que enfrentan como lo anunciaba Wallerstein “una desruralización del campo”, causada por los intereses capitalistas que allí se ciñen para la obtención de los recursos naturales con la reactualización de los aparatos explicados por Marx a propósito de la acumulación originaria, abriendo las puertas a la depredación más voraz causante del exterminio ecocida, del despojo y del desplazamiento de millones de campesinos, indígenas, pueblos afros o de distintos movimientos subalternos enfrentados a la militarización, paramilitarización y a los continuos hostigamientos para que abandonen sus territorios por los que el capitalismo apuesta, al ser zonas rentablemente geoestratégicas para maximizar las ganancias causantes de conflictos de distinta índole.

Fanon afirmaba que, para el pueblo colonizado, el valor más esencial, por ser el más concreto es primordialmente la tierra: la tierra que debe asegurar el pan y, por supuesto, la dignidad. (Fanon, 1963, pág. 39). Por tanto, también en Latinoamérica la lucha por la tierra y las reformas agrarias ha sido un continuum histórico que ha suscitado revoluciones de norte a sur. En México a comienzos del siglo XX Emiliano Zapata proclamó el Plan de Ayala para exigir la devolución de las tierras a los campesinos, tomó medidas como la expropiación de latifundios para la repartición de tierras entre los desposeídos e introdujo el artículo 27 en la Constitución para asegurar la soberanía territorial. Estos acontecimientos se convirtieron en una bandera que más adelante retomaron otros movimientos.

Posteriormente con el quiebre histórico de 1968 que hemos referido, surgieron varias y notables experiencias de autonomías antisistémicas en el ámbito rural y han germinado nuevas. Hacia los años 70's nació en Brasil el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), en la búsqueda de la redistribución para más de millón y medio de campesinos, ocupando tierras improductivas mediante

el acampamiento y asentamiento en las que desempeñan procesos agrícolas que han sumado a más de 140.000 familias en la lucha por la tierra y el territorio.

La relevancia del territorio radica en que “es el espacio en el que se construye colectivamente una nueva organización social, donde los nuevos sujetos se instituyen instituyendo su espacio, apropiándose material y simbólicamente”. (Zibechi, 2008, pág. 29)

En Colombia, mientras el presidente de turno Carlos Lleras Restrepo impulsaba una reforma agraria desde arriba o mejor una contrarreforma agraria, surgió un sólido movimiento combativo en torno a la recuperación directa de las tierras entre 1970 y 1980, constituyendo el primer intento masivo de esta práctica en toda América Latina, intento que al grito de lucha “Tierra para la gente”, logró articular a los indígenas con los campesinos, es decir a los dos principales grupos de la población que han sido despojados históricamente de la tierra y de sus territorios. Y esto es más relevante en el caso colombiano, si consideramos que para el sociólogo (Fals Borda, 2007) la etapa originaria de acumulación del capital en el país no se originó en el crédito o la inversión extranjera, sino en la explotación del trabajo de la tierra, efectuado por los terratenientes desde la Colonia con los latifundios y bajo las figuras de la hacienda y el terraje.

El proceso de la recuperación masiva de tierras, es una forma de acción directa que en sí misma encierra un enorme potencial anticapitalista y antisistémico, estructuró una lucha conjunta de campesinos e indígenas, los que en 1971 dieron paso al mayor número de invasiones de tierras para ser recuperadas en toda la historia del país. Esa movilización se produjo en 13 departamentos y en ella participaron más de 16,000 familias, ubicando sus centros principales en tres regiones: la Costa Atlántica, Huila, Tolima y los llanos orientales, y en el Cauca, en donde los indígenas tuvieron que enfrentarse a los terratenientes que usurpaban los territorios de sus resguardos.

Esa resistencia histórica y la lucha por el territorio, por la defensa de todas las formas de vida y por la autonomía sigue presente. Por eso, desde diciembre de 2014, los indígenas en el Cauca desarrollan el proyecto de la “Liberación de la Madre Tierra” (Umakiwe) y el Buen Vivir (wëtwëtxi'zenxi) en cuatro haciendas, dos de ellas propiedad de Carlos Ardila Lülle⁵⁰, en donde funciona el ingenio azucarero Incauca para la producción de biocombustibles. Hasta hoy, los indígenas se niegan a abandonar los predios, puesto que bajo el decreto 982 de 1999 se restituirían las tierras que les pertenecen.

Para los pueblos indígenas, la Madre Tierra es sagrada, porque gracias a su bondad, surge y se desarrolla la vida. Sin ella, no son posibles nuestro pasado, presente y futuro. Defender y proteger la Madre Tierra es defender la vida y proteger nuestros territorios, así como las relaciones armoniosas que establecemos en ellos (ONIC, 2013).

Pero sin duda una de las experiencias paradigmáticas más reconocidas a nivel mundial porque ha logrado que la autonomía antisistémica sea una autonomía integral o global es el neozapatismo, tras 25 años del levantamiento han enseñado significativas lecciones cuya pretensión no es imponer a otros movimientos que adopten tal cuál las estrategias y organización, sino que extienden una invitación a que encuentren sus propias formas, un camino propio que les permita alcanzar la autonomía.

El neozapatismo, ha posicionado elementos centrales de su resistencia, entre ellos una aguda crítica al poder y al sistema partidario, desmitifican el vanguardismo, proponen nuevas relaciones en torno a la naturaleza y a los vínculos comunitarios. En el “mandar obedeciendo” han encontrado una forma de contrapoder popular y subalterno para transformar las prehistóricas estructuras vigentes.

⁵⁰ Es uno de los empresarios más poderosos del país, nacido en Medellín, fundador, gestor y presidente de la Organización Ardila Lülle que conglomeró grandes empresas colombianas tales como: RCN Televisión, RCN Radio, la marca de bebidas gaseosas Postobón, el polo Agroindustrial Azucarero Incauca - Providencia - Risaralda, las industrias plásticas y de envases de vidrio Iberplast y Peldar, el concesionario automotor Los Coches y el equipo profesional de fútbol Club Atlético Nacional de Medellín, entre otras empresas.

Los indígenas neozapatistas demostraron a los pueblos del mundo, que era posible autogobernarse en los 31 Municipios Autónomos Rebeldes Zapatistas (MAREZ), regidos por “la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos de 1917, las Leyes Revolucionarias Zapatistas de 1993 y las leyes del propio municipio” (CCRI-CG-EZLN, 1994), construyeron nuevas formas de tejerse al territorio con un proyecto integral de organización política atendiendo a las trece demandas (trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia, paz, información y cultura), articulados en los cinco Caracoles, cada uno con su respectiva Junta de Buen Gobierno.

Los MAREZ, son el indicio para entender la conformación de algunas autonomías municipales en el país, que han seguido el camino en la lucha por el autogobierno, al margen de los partidos políticos hasta expulsarlos, como ocurrió en Cherán el 15 de abril de 2011, cuando dijeron: “¡Ya basta!” a la indiscriminada explotación maderera y el tráfico de la misma por parte del crimen organizado, en alianza con grupos paramilitares, que destruyó el ojo de agua, realizó extorsiones, desapariciones y asesinatos.

Ante el despojo de los bienes comunales este movimiento de resistencia civil pacífica decidió organizarse, con un fuerte impulso dado por las mujeres, hasta conseguir la autonomía política, reconocida por el gobierno con una sentencia del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación bajo un marco jurídico internacional, que les confirió la posibilidad de elegir a sus propias autoridades por el modelo de usos y costumbres, sistema normativo que los pueblos indígenas practican desde tiempos pre-coloniales y que ha sido readaptado en otros estados, por los yaquis en Sonora, en la huasteca potosina, los wirrárikas en Jalisco o en algunas comunidades de Oaxaca.

También en 2014 pobladores de 140 colonias en Ayutla de los Libres, Guerrero, decidieron hacerle frente al narcotráfico y la criminalidad de la región al regirse bajo la forma de *Concejo Popular Municipal para garantizar la seguridad que las instituciones no les proporcionaron, asimismo le siguieron los municipios de*

Tecoanapa, San Luis Acatlán y Tlapa de Comonfort, Huamuxtlán, Xochihuehuetlán, Cualac, Olinalá y otros municipios de la Montaña guerrerense o más recientemente Arantepacua, que logró ejercer un gobierno comunal. Aunque también cabe resaltar otros procesos en Latinoamérica como el encarnado por la CONAIE en Ecuador, el del movimiento Pachakutik boliviano o el del movimiento mapuche en Chile.

Éstas son algunas de las experiencias de autonomías antisistémicas que en el ámbito rural consideramos tienen una mayor potencialidad o que engloban elementos mucho más radicales para el fortalecimiento de la autonomía global, aunque existan otras en gestación y maduración que siguen avanzando en sus procesos organizativos.

1.5 Experiencias de autonomías antisistémicas en el ámbito urbano

Aunque son mucho más evidentes las luchas por la defensa del territorio en las geografías rurales, los espacios urbanos también son disputados en el modelo de acumulación del sistema capitalista, del espacio como “materialización de la existencia humana” (Lefebvre, 1991, pág. 102). Por eso a nivel urbano también se suscitan múltiples experiencias en la lucha por la autonomía antisistémica como alternativas de producción de espacios construidos desde abajo, en medio de la especulación inmobiliaria, mecanismo por el cual los capitales se valen del uso del suelo y la vivienda para incrementar la demanda y sus precios aprovechando la escasez para la obtención de cuantiosas rentabilidades.

Desarrollan también proyectos de gentrificación, término derivado de la palabra inglesa “gentry”, que significa alta burguesía y que consiste en una elitización urbana que a través de altas inversiones de capitales privados construye megaproyectos para transformar el modelo urbanístico despojando a los vecinos que han vivido en esos lugares durante décadas como consecuencia de las elevadas rentas, siendo desplazados por otros habitantes con mayor poder adquisitivo bajo la falsa idea de la “recuperación urbana”, el crecimiento y

desarrollo que contrario a ello desarticula el tejido comunitario hilado a través de las prácticas colectivas desempeñadas por los habitantes.

Esos proyectos pensados desde arriba también contemplan convertir distintas zonas del mundo en “Ciudades inteligentes” o 'Smart cities', que apoyadas en las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) suponen un funcionamiento más eficiente y ordenado de las mismas, pero en realidad impulsa las prácticas hegemónicas urbanas en el sentido de mayores niveles de vigilancia, de control de datos priorizando las ciudades y excluyendo a los ciudadanos, son ciudades propicias para el beneficio de las empresas.

Tanto a nivel urbano como a nivel rural la estrategia de acumulación capitalista o en términos de Harvey la “acumulación por desposesión” consiste en mantener el actual sistema capitalista, causando grandes repercusiones en la población más empobrecida como consecuencia de dicha sobreacumulación, donde hay una amplia mercantilización y privatización de la tierra y expulsión forzada de campesinos (también pobladores urbanos)⁵¹ apoyada por el Estado a través del monopolio de la violencia, acudiendo a cuatro factores: la privatización, la financiarización, la gestión y manipulación de las crisis y las redistribuciones estatales de la renta para el beneficio de unos pocos (Harvey, El nuevo imperialismo, 2004).

Es en ese contexto descrito en el que distintos movimientos subalternos disputan el lugar de concreción de su sociabilidad. Así para Ouviaña, las autonomías urbanas son movimientos sociaetales que no pertenecen a sociedades completamente integradas a los preceptos capitalistas, pero tampoco se encuentran absolutamente al margen. Por eso, según advierte existen diferenciaciones entre los movimientos de carácter urbano, y aquellos de raíz rural, indígena y comunitaria. Respecto al espacio urbano hay algunas rupturas porque estos no cuentan con un territorio geo-político propio, ni son

⁵¹ El paréntesis es nuestro.

autosuficientes, hechos que obstaculizan la construcción comunitaria, por el territorio específico. En esos espacios hay una mayor presencia y centralismo del Estado, mientras que en las zonas rurales existen vínculos colectivos y lazos comunitarios que preceden al propio Estado (Ouviña, 2009, págs. 265-269), pero agrega que las asambleas vecinales, los movimientos piqueteros y las empresas recuperadas han sido expresiones radicales en torno a la autonomía urbana.

En su análisis Ouviaña, identifica algunos elementos comunes o potencias transversales en ambos movimientos: 1-La apelación a la acción directa, 2-la crítica al vanguardismo, 3-la dinámica asamblearia y prefigurativa, 4-la creación de una nueva institucionalidad socio-política, 5- el anclaje territorial y la reconstrucción-defensa de lazos comunitarios, 6- la recuperación del espacio público en términos no estatales y 7- la transformación de la subjetividad y vocación contra-hegemónica.

Las autonomías urbanas surgen como consecuencia de las masivas migraciones que se produjeron hace un par de décadas de las áreas rurales hacia las áreas urbanas, es decir a la desruralización procedente en algunos casos por conflictos sociales, como el experimentado en el caso colombiano a raíz de la violencia política, o en otras geografías por el éxodo económico que desencadenó la expulsión de actores quienes fueron proletarizados en las ciudades-centro desde los márgenes de las periferias rurales.

Sin embargo, hoy habría que reflexionar en torno a la creciente expulsión de actores dentro de los propios espacios urbanos⁵², despojados por las crisis como en el caso de España, donde se estima que desde 2007 a enero de 2018 se han ejecutado 745.000 hipotecas dando lugar a más de medio millón de desalojos, quienes han perdido los predios que no sólo no pueden pagar, sino que además son hipotecados por la complicidad entre el sector público y privado, y que puede

⁵² Una película colombiana en la que se retrata visiblemente esta problemática es “La estrategia del Caracol” de Humberto Dorado que evidencia la problemática de la vivienda para algunas familias bogotanas de bajos recursos hostigadas por el acoso inmobiliario, donde convergen los lazos de solidaridad propios del vecindario.

explicarse en el concepto definido por la criminología crítica como el “State corporate crime”⁵³, causante de enormes deudas por demás impagables. En otras ciudades los habitantes han sido víctimas de la desmedida devaluación de sus predios en beneficio del capital, representado por las firmas constructoras que los adquieren por costos mucho menores a los precios reales, pero que son apoyados por normativas legales que los amparan, precarizando las condiciones materiales de los habitantes para su reproducción. Es por ello que los movimientos urbanos persisten en la lucha por la autonomía y la autogestión instituyendo proyectos de resistencia y de vínculos comunitarios incómodos para el capital.

Herederas del insigne 1968 las autonomías urbanas experimentaron un progresivo auge de las demandas de movimientos populares urbanos durante los años 60’s y 80’s, con la toma de territorios por el derecho a la vivienda como una condición necesaria para la reproducción social. En esos espacios empezaron a construir mecanismos de solidaridad y participación que les permitieron transformar los territorios en un principio agrestes e inhabitables en proyectos emancipatorios sustentados en la colectividad y en algunos casos recobrar tradiciones de los lugares en los que vivieron antes de su llegada a las urbes.

Porto-Gonçalves afirma que el territorio es: “un espacio apropiado, espacio hecho para una cosa propia, en fin, el territorio es instituido por sujetos y grupos sociales que se afirman por medio de él. Así, hay, siempre territorio y territorialidad, o sea, procesos sociales de territorialización. En un mismo territorio hay, siempre, múltiples territorialidades” (Porto-Gonçalves, 2006)

A manera de experiencia emblemática derivado del Frente Popular Francisco Villa (FPFV) en la Ciudad de México, surgió como uno de sus asentamientos el barrio Acapatzingo, ubicado al oriente de la ciudad (entre Iztapalapa y Tláhuac), en el que más de 500 familias a través de una cooperativa que lleva el mismo nombre

⁵³ El State Corporate Crime es un término aportado por la criminología crítica que se refiere a los delitos que resultan de la relación entre las políticas del Estado y las políticas y prácticas de las corporaciones comerciales.

impulsan la autoconstrucción de espacios propios, fortaleciendo los lazos comunitarios para garantizar su propia seguridad mediante guardias rotativas y la autonomía expresada en diversas dimensiones, por ejemplo; a nivel político la asamblea como órgano decisorio, a nivel cultural se manifiesta en la celebración de fiestas colectivas para mantener vivas sus tradiciones o entre otros elementos forman a sus propios promotores de salud, promueven la radio comunitaria “La voz de la Villa”, realizan trabajos colectivos y siembran variedad de cultivos en los huertos para poder defender un principio básico; la soberanía alimentaria.

Manifiesta Enrique Reynoso, dirigente de la agrupación: “Nosotros modestamente tratamos de aprender del EZLN y del MST, porque son derrotados en América Latina. Modestamente creemos que nos acercamos en varios aspectos: [en] la construcción de espacios con cierta autonomía... de construcción de autonomías... esencialmente en esta necesidad de aprender y comprender que los movimientos no surgen de arriba hacia abajo, que los movimientos se van dando de abajo hacia arriba y que es este equilibrio en la toma de decisiones donde se rompe o se empieza a romper con el sistema que demanda obedecer los dictados de una clase o sector ubicados por encima de los demás”. (Pineda, 2013, pág. 53)

Trasladándose al sur de la ciudad de México se encuentra la colonia Pedregal de Santo Domingo, residida por rebeldes colectivos, en su mayoría por obreros y estudiantes. Santo Domingo, fue ocupada luego de la toma de tierras de familias que fue liderada por mujeres provenientes de estados como Michoacán, Puebla, Guerrero Oaxaca e Hidalgo hacia inicios de los años 70’s. Sobre la piedra volcánica emprendieron el camino hacia la autoconstrucción de la que es considerada “la invasión urbana más grande de América Latina en la que llegaron más de 100 mil personas” (Poniatowska , 2000).

La Unión de Colonos de Santo Domingo no solamente recuperó tierras inhabitables, sino que se ha autoorganizado colectivamente por medio de

asambleas para realizar proyectos como la librería El Quijote en el Centro de Artes y Oficios Escuelita Emiliano Zapata, han adoptado como suyas otras luchas en las que vecinos de Santo Domingo fundaron el Colectivo Pedregales por Ayotzinapa. Hacen parte también de la Asamblea General de los Pueblos, Barrios, Colonias y Pedregales de Coyoacán, una resistencia organizativa conjunta por la defensa del territorio y del agua frente al Estado, que ha tratado de desalojarlos a razón del mercado inmobiliario especulativo y para establecer una Zona de Desarrollo Económico y Social (ZODES) con el nombre de “*Ciudad Futura*”, *para hacer alianzas público-privadas que aumentarán los costes y usos del suelo, expulsando a los pobladores originarios.*

Más al sur, pero esta vez del continente casi en el pleno corazón de Bogotá se encuentra el barrio Policarpa Salavarieta, toponimia apadrinada para exaltar a la heroína independentista colombiana. Éste fue abriéndose paso tras la toma de terrenos baldíos hacia los años 60’s por desplazados víctimas de la violencia bipartidista, quienes llegaron a la ciudad a enfrentar esta vez la represión de la policía tras continuos desalojos. Como en el caso anteriormente referido las mujeres aquí también jugaron un papel protagónico en la defensa de la autonomía, cuando eran hostigadas por la fuerza pública gritaban a una voz: “¡Vamos a ver cuántos somos y cuántos quedamos!” (Salgar , 2011).

El Policarpa es un barrio obrero popular y una de las zonas textiles más grandes de la ciudad con más de 7.000 habitantes orientado políticamente en sus inicios por la Central Nacional Provienda (CENAPROV) organización miembro del Partido Comunista Colombiano (PCC) y que ha apoyado procesos similares en el país a favor de los destechados. Como respuesta al apoyo recibido desde sectores de izquierda como la Unión Patriótica y el PCC, habitantes de éste y otros barrios fueron señalados y perseguidos como “focos rojos” durante el primer mandato de Álvaro Uribe Velez, sufrieron allanamientos por haber construido un barrio de otro tipo en el que la casa cultural ha sido un lugar de formación política crítica ante modelo capitalista basado en el tejido de la unidad popular.

En Argentina a mediados de los años 90's surgen los barrios piqueteros, cooperativas organizadas autogestivamente por trabajadores desocupados, excluidos de la sociedad industrial y de las zonas rurales, quienes ocuparon tierras baldías con la estrategia de los "piquetes", cortes de rutas como respuesta al clientelismo político y al modelo neoliberal. Estas protestas sociales crecieron hasta convertirse en un auténtico movimiento social antisistémico, articulado por medio de asambleas barriales en las zonas conurbadas de Buenos Aires. Como parte de las estrategias cuentan con huertas urbanas que les proporcionan autoproducción para los comedores comunitarios, tienen escuelas con un sistema educativo propio, proyectos de economía solidaria y de salud para ser cada vez más autónomos en relación al Estado.

Una propuesta desde Harvey para seguir ganando espacios de lucha en el terreno de lo urbano es que: "la organización de trabajadores informales en sindicatos tradicionales, la creación de la Federación de Juntas Vecinales, la politización de las relaciones urbano-rurales, la creación de jerarquías anidadas y de estructuras de liderazgo junto con las asambleas igualitarias, la movilización de las fuerzas de la cultura y la memoria colectiva, todo ello proporciona modelos para pensar sobre lo que se podría hacer conscientemente para ganar las ciudades para una lucha anticapitalista" (Harvey, 2012).

Pero sumaríamos como propuesta que para seguir haciendo grietas desde los espacios urbanos al gran muro hay que tejer las resistencias en los distintos ámbitos, como el rural y junto a los múltiples sujetos rebeldes haciendo propios los intereses de las demás rebeldías.

Como hemos sostenido hasta el momento solamente con la transformación radical del actual sistema-mundo en crisis por uno totalmente diferente, contrario a los preceptos capitalistas será posible un mundo realmente justo y digno y reiteramos que las posibilidades de lograrlo se encuentran a través de la nueva forma de hacer la revolución, es decir con la propagación de las autonomías antisistémicas

desde abajo, enarboladas por los sujetos rebeldes en todas las geografías, pero insistimos en que éstas no son autonomías que pretendan algunas cuantas reformas que no alteran ni a las bases de reproducción del Estado, ni a las corporaciones ni mucho menos al sistema capitalista.

Fuentes:

Aparicio Wilhelmi, M. (Enero-abril de 2009). La libre determinación y la autonomía de los pueblos indígenas. El caso de México. *Boletín Mexicano de Derecho Comparado*(124), 13-38. Recuperado el 2018

Aguirre , C. A. (2010). Movimientos antisistémicos: historia y evolución del concepto. *Conceptos y fenómenos fundamentales de nuestro tiempo*, 2-23.

Aguirre Rojas, C. (2003). *Inmanuel Wallerstein, Crítica del sistema mundo capitalista* . México: Era.

Aguirre Rojas, C. (2012). *Movimientos antisistémicos . Pensar lo antisistémico en los inicios del Siglo XXI*. Rosario: Prohistoria ediciones.

Aguirre Rojas, C. (2013). *Antimanual del buen rebelde. Guía de la contrapolítica para subalternos anticapitalistas y antisistémicos*. Bogotá: Desde Abajo.

Aguirre Rojas, C. (2018). *Mandar obedeciendo, las lecciones políticas del neozapatismo mexicano* (14a. Edición ed.). México: Contrahistorias.

Bojunga, C., & Lobo, R. (marzo-agosto de 2009). El problema del poder. Entrevista con Michel Foucault. *Contrahistorias*(12), 59-70. Recuperado el 08 de 08 de 2018

CCRI-CG-EZLN. (19 de 12 de 1994). *Creación de Municipios Autónomos* . Obtenido de <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/1994/12/19/creacion-de-municipios-autonomos/>

Engels, F. (2017). *Dialéctica de la naturaleza* . Akal.

- Fals Borda, O. (2007). *Hacia el socialismo raizal y otros escritos*. Bogotá: Desde Abajo.
- Fanon, F. (1963). *Los condenados de la tierra*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Federici, S. (2013). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. México: Pez en el árbol y Tinta limón ediciones.
- González Casanova, P. (2003). *Colonialismo interno (una redefinición)*. Obtenido de Conceptos y fenómenos de nuestro tiempo (UNAM): http://conceptos.sociales.unam.mx/conceptos_final/412trabajo.pdf
- Gramsci, A. (1980). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el Estado Moderno*. Madrid: Ediciones Nueva Visión.
- Gramsci, A. (1975). *Cuadernos de la cárcel. Tomo 2*. Era.
- Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.
- Harvey, D. (2012). *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Madrid-España: Ediciones Akal.
- Kohan, N. (23 de 08 de 2018). *Diccionario básico de categorías marxistas*. Obtenido de <https://info.nodo50.org/Diccionario-basico-de-categorias.html>
- Lefebvre, H. (1991). *The production of Space*. Cambridge: Blackwell Publishers.
- Lenin, V. (Marzo-agosto de 2011). La dualidad de poderes. *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*(16), 53-55.
- Luxemburgo, R. (2011). ¿Qué quiere la liga espartaquista? (Programa del Partido Comunista Alemán). *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*(8), 71-78.
- Marcos, S. (10 de 03 de 2001). La entrevista insólita. Subcomandante Marcos, entrevista con Julio Scherer. México. Obtenido de Subcomandante Marcos, entrevista con Julio Scherer
- Marx, C. (2011). *La guerra civil en Francia*. Bogotá: Ediciones Desde abajo.

- Marx, C., & Engels, F. (2000). *Manifiesto Comunista* . Ediciones elaleph.com.
- ONIC. (2013). *Mandato Político General del VIII Congreso Nacional de los Pueblos Indígenas de la ONIC* . Bogotá : Gente Nueva .
- Ouviña, H. (2009). La autonomía urbana en territorio argentino. Apuntes en torno a la experiencia de las asambleas barriales, los movimientos. En G. Rovira, C. Albertani, & M. Modonessi, *La autonomía posible. Reinención de la política y emancipación* (págs. 245-284). México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- Pineda, C. (2013). Acapatzingo: construyendo comunidad urbana. *Revista Contrapunto*, 49-62.
- Poniatowska , E. (21 de 10 de 2000). *Las invasión del Pedregal de Santo Domingo*. Recuperado el 21 de 05 de 2018, de <http://www.jornada.unam.mx/2000/10/21/05aa1cul.html>
- Porto-Gonçalves, C. (2006). *De Saberes e de Territórios - diversidade e emancipação a partir da experiência latino-americana*. Niterói:.
- Quintero Weir, J. (2011). Wopukarü jatumi wataawai:El camino hacia nuestro propio saber. Reflexiones para la construcción autónoma de la educación indígena. *Utopía y Praxis Latinoamericana. Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social*(Nº 54), Pp. 93 - 116.
- Revueltas , J. (2008). *México 68: Juventud y Revolución*. México: Era.
- Ruiz Sanjuan , C. (2016). Estado, sociedad civil y hegemonía en el pensamiento político de Gramsci. *Revista de Filosofía y Teoría Política*(47). Recuperado el 23 de 08 de 2018, de <https://www.rfytp.fahce.unlp.edu.ar/article/view/RfYTPe002/html>
- Salgar , D. (24 de 01 de 2011). *Las luchas del Policarpa*. Recuperado el 21 de 05 de 2018, de El Espectador: <https://www.elespectador.com/noticias/bogota/luchas-del-policarpa-articulo-246894>

Sánchez Vázquez, A. (Abril-junio de 1977). La filosofía de la praxis como nueva práctica de la filosofía. *Cuadernos políticos*(12), 64-68. Recuperado el 22 de 08 de 2018, de <https://marxismocritico.files.wordpress.com/2012/04/cp-12-6-sanchezvazquez.pdf>

Segato, R. (2013). *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres* . México: Tinta limón.

Thompson, E. P. (23 de enero de 1983). Powers and Names. *London Review of Books*, 9-10.

Wallerstein , I. (2016). *La crisis estructural del capitalismo*. Santiago de Chile : Quimantú.

Zibechi , R. (2008). *Autonomía y emancipaciones. América Latina en movimiento*. México. D.F: Bajo Tierra Ediciones y Sisifo Ediciones.

Zibechi, R. (2017). *Movimientos sociales en América Latina El “mundo otro” en movimiento*. Bogotá: Desde abajo.

5. Actualidad de la teoría marxista de la Renta. Elementos para el análisis del capital inmobiliario en la ciudad contemporánea: el papel de los propietarios y del *ambiente construido* en la determinación del Precio del suelo urbano.

Mtro. José Manuel Ortega Herrera

Resumen: Las problemáticas urbanas de uso de suelo, densificación, especulación de bienes inmuebles, carencia de servicios públicos (agua, drenaje, etc.), ordenamiento territorial, asentamientos irregulares, entre muchas otras, se presentan como manifestaciones de un proceso general de funcionamiento económico cuya especificidad se muestra en la ciudad. En este sistema urbano, los capitalistas y propietarios de los medios de producción buscan de manera incesante la ganancia bajo un régimen específico de división del trabajo y de propiedad. Sin embargo, los agentes económicos que operan en la ciudad cuyas actividades están relacionadas con el desarrollo urbano, sobre todo en lo concerniente a la edificación y transacción de bienes inmuebles y lo que de ello deriva, tienen especificidades en su funcionamiento productivo y circulatorio que es menester aclarar. La Teoría de la Renta Urbana, busca dar explicación y comprobación a los mencionados fenómenos; el artículo busca exponer los elementos más importantes de esta teoría, para tener una mirada crítica del funcionamiento del capital en la ciudad. Los principales elementos son el precio del suelo, los diversos capitales que participan en la actividad y el *ambiente construido* reflejado en el crecimiento de las urbes actuales.

Palabras clave: Capital, Renta Urbana, Precio del Suelo, *ambiente construido*.

Introducción

La lucha por la apropiación del espacio urbano es una de las modalidades que ha caracterizado al capitalismo en los últimos años. La ciudad se vuelve objeto de especulación a partir de la actividad inmobiliaria, pero también se nos revela como la concreción económica, política y social de las desigualdades que el propio capital genera: marginación, zonas exclusivas, procesos de despojo y gentrificación (Smith, 2012), entre muchos otros.

El presente texto tiene la intención de abonar a la discusión teórica, metodológica y conceptual, sobre cómo abordar los problemas urbanos actuales; en la base de esta discusión se encuentra la teoría marxista, en la cual encontramos conceptos poco explorados y aplicados al análisis de fenómenos sociales contemporáneos, entre los cuales destacan los de la ciudad.

El artículo presenta primeramente un resumen de los tres tipos de Renta de la tierra, desarrollados por Marx en El Capital (Tomo 3), lo cual nos sirve para explicar el reparto de la plusvalía social, cuando se incorporan en el funcionamiento general del capital en las actividades extractivas o con condiciones especiales; con ello, podemos representar y explicar las características de una de las formas de la ganancia extraordinaria, resultado de la competencia capitalista.

Después, explicamos brevemente qué es la Renta para el caso urbano, poniendo énfasis en los elementos que determinan la detonante fundamental de dicha Renta: el precio del suelo. Así, se analiza cómo impacta la propiedad y el *ambiente contruido* sobre los movimientos del precio del suelo urbano, y cómo éste último incide en la determinación de las Rentas para el caso urbano.

Finalmente, aterrizamos la propuesta metodológica en la personificación del capital inmobiliario, es decir, en aquellos agentes económicos capitalistas que buscan “valorizarse” en las distintas actividades que se ofrecen en dicha actividad. Sostenemos, siguiendo a Marx, que la Ganancia es el motor y el fin del capital, la Renta es una forma económica imprescindible en el análisis de la ganancia, de ahí su relevancia teórica.

1. La Teoría Marxista de la Renta de la Tierra.

Karl Marx (1974) explicó de manera concisa que la ganancia es fruto del trabajo no remunerado (plusvalía); el salario cubre una parte de ese trabajo, el necesario. Sin embargo, existe un remanente de tiempo (excedente) que el propietario de los medios de producción se agencia por comandar la producción privada de mercancías. La ganancia proviene de ese trabajo no remunerado, y esta situación se da en el grueso de las actividades económicas (productivas) y en el funcionamiento de las mismas.

En el mismo orden de ideas, la Renta, como categoría de la Economía Política, es un plus o sobre-ganancia permanente. Si tomamos al pie de la letra la teoría marxista diríamos que toda ganancia, en el capitalismo, emana del trabajo que no es remunerado (plusvalor). Sin embargo, existen actividades económicas, dentro del mismo modo de producción, que otorgan un plus de ganancia sin que el trabajo corresponda o coincida en proporción a ese incremento. Si el trabajo no es el que da origen a ese plus – ganancia, entonces ¿de dónde proviene?

Las actividades que otorgan esta posibilidad de obtener un plus de ganancia, son aquellas que utilizan, además del conjunto de sus medios de producción (maquinaria, materias primas, fuerza de trabajo, etc.), uno ó más factores adicionales -como, la mina, el lago, tierra de cultivo, entre otras- cuyas características, de escasez, irreproducibilidad y heterogeneidad, determinarán en gran medida ventajas y desventajas competitivas de la producción de dichas mercancías; a estos factores les denominamos *valores de uso o medios de producción producidos*.⁵⁴ Dichas ventajas a esta forma específica de producción mercantil capitalista, emanan de la aplicación de dichos *medios de producción o valores de uso* en el proceso productivo, se harán evidentes en los diversos niveles de competencia en que funciona el capital: primero, entre empresas capitalistas, y segundo, entre ramas de actividades de económica.⁵⁵

La Renta como categoría económica, se relaciona y concreta materialmente en la idea del espacio social. David Harvey, en su libro “Los límites del Capital y la teoría marxista” sintetiza de una manera extraordinaria el argumento anterior:

⁵⁴ Se explica al valor de uso como la utilidad de los bienes en relación a sanear una necesidad humana (consumo), sin embargo, no todos los valores de uso son producidos por el hombre, otros los da la naturaleza y el hombre los aprovecha: “...sin necesidad ninguna la propiedad real aparece como útil...” “...puede decirse que la propiedad real de las cosas es fruto de la naturaleza misma, no su utilidad” (Dussel, 2014:22)

⁵⁵ Los niveles de competencia que explica Guillermo Foladori (año) son: a) primer nivel, aquella competencia que se lleva entre productores de un mismo bien; b) segundo nivel, la competencia entre ramas de actividad económica (v.gr. industria vs agricultura).

“La Renta es el concepto teórico por medio del cual la economía política (de cualquier afiliación) tradicionalmente confronta el problema de la organización espacial. La renta, como veremos posteriormente, proporciona una base para diversas formas de control social sobre la organización espacial y del desarrollo del capitalismo” (Harvey, 1990:340)
“base, como sitio, como centro local de operaciones; el espacio es un elemento necesario en toda producción y actividad humana” (Marx, 1967, citado en Harvey, 1990:340)

La Teoría de la Renta adquiere una relevancia mayúscula como parte de las categorías de la Economía Política, pues pasa a ser un concepto que articula a los *medios de producción* (producidos y no producidos) y su influencia directa en el proceso de fabricación de las mercancías y en su correspondiente realización o venta. También, cabe resaltar, la cuestión espacial se empotra con la necesidad de reducir tiempos de producción y circulación en un ámbito circulatorio, a fin de que el ciclo del capital dinero sea más corto, y la tasa de retorno de la inversión sea menor reflejada en una tasa mayor de beneficio.

“Cuanto más desarrollado el capital, cuanto más extenso es por tanto el mercado en el que circula, mercado que constituye la trayectoria espacial de su circulación, tanto más tiende al mismo tiempo a extender más el mercado y a una mayor anulación del espacio a través del tiempo” (Marx, 2009:31)

Se distingue así una necesidad del modo de producción capitalista por re-funcionalizar el espacio y producirlo (en una expresión de totalidad), por darle un sentido en función a la valorización en diversas escalas, cuyo elemento fundamental es la obtención de ganancia:

“La renta desempeñaría entonces el papel de una “ley del valor en el espacio” (Lipietz, 1979:144)

Así como la intencionalidad del capital es la valorización en términos espaciales y temporales es social y expansiva, también lo es la idea de competencia capitalista. Parte fundamental de la teoría marxista se desarrolla a partir de la obtención de ganancias extraordinarias, las cuales emanan del funcionamiento de una tasa de ganancia que permite establecer condiciones medias de producción (niveles técnicos) los cuales determinarán el nivel de sobre o minus ganancias que obtendrán los productores capitalistas que compiten en cualquier mercado. La competencia como el capital, es una relación social, sin embargo, aquí existe una contradicción que habrá que señalar: se

extienden las relaciones mercantiles, y por ende la competencia, afectando tanto la producción y circulación, modificando y produciendo una espacialidad capitalista en función de la ganancia, pero simultánea y contradictoriamente se lleva a cabo un proceso de aniquilación de la competencia y del fortalecimiento del monopolio, creándose así la llamada competencia monopolista. En particular, esta situación se puede evidenciar en actividades específicas, como las mencionadas anteriormente, en las cuales se contrasta claramente que la “libre movilidad” de los factores es inviable, por las propias características de dichas actividades (extractivas), lo que da como resultado que se busque incesantemente la permanencia de dichas ganancias extraordinarias (Rentas), que se generan por la propia competencia y que al mismo tiempo se vuelven permanentes por la particularidad de algunos mercados, un proceso que no pareciera normal en la competencia capitalista, en términos espaciales podría explicarse como:

“La modalidad geográfica sería la centralidad (para el capitalista comercial) en relación con, por ejemplo, la red de transporte y comunicaciones, o la proximidad (para la cadena hotelera) en relación con una actividad altamente concentrada (como por ejemplo un centro financiero).” (Harvey y Smith, 2005:31)

La condición material del capital propicia que se busquen mejoras en la esfera de la producción y la circulación, aprovechando la espacialidad (como medio de producción o como medio de transporte) en aras de obtener mayor ganancia, algo lógico y racional para nuestro tiempo; situación que se adiciona al desarrollo técnico aplicado a elevar niveles de productividad. Así pues, la propiedad del *medio de producción no producido*, la localización y la ventaja potencial que pueda obtenerse de ello (frente a los demás competidores o ramas de actividad económica), es una condición que compete a la Teoría de la Renta.

La competencia capitalista, analizada por Marx, es decir el reparto del plusvalor emanado del proceso de trabajo en la esfera producción, es la base sobre la cual versa el planteamiento teórico de la Renta, pues dichas categorías marcarán las ventajas y desventajas de una productividad social, dando lugar a *ganancias extraordinarias* cuyo origen serán los sobre-precios que se ofrecen sobre la base del monopolio, siendo aquéllos la base de las Rentas⁵⁶, lo que reafirma lo antes mencionado, un

⁵⁶ Los conceptos de Acumulación de capital o reproducción ampliada y el de Tasa de Ganancia, son elementales para entender la producción y circulación del capital en su máxima complejidad y por ende, para comprender la Teoría de la Renta. Por la extensión de este trabajo es imposible abordarlos en

comportamiento *sui generis* por las cualidades propias de dichos *medios de producción no producidos* (no reproducibles y escasos).

1.1 Tipos de Renta

Existen tres tipos de Renta que se han desarrollado desde la Economía Política Marxista: la Renta Diferencial 1 y 2, la Renta Absoluta y la Renta de Monopolio.

El funcionamiento de la Renta Diferencial (RD) 1 y 2, se da en un primer nivel de competencia o entre productores de un mismo valor de uso, en el que la fertilidad, calidad y su consecuente heterogeneidad de la tierra, el suelo, etc., son los elementos determinantes de la productividad de la actividad y de la apropiación de las ganancias extraordinarias. Otro aspecto fundamental de este primer tipo, radica en que al ser socialmente necesaria la producción de ciertos valores de uso, y convivir con su carácter escaso como medios de producciones, las actividades rentistas no permiten por dicha cualidad, el libre acceso de nuevas unidades de producción, por haber un número de tierras de cultivo, el número de minas, lagos, etc., con un carácter limitado: al ser necesarios todos los productores, el precio de mercado no surge de la competencia entre ellos, surge del productor menos eficiente o de aquel que menores rendimientos obtiene de su tierra. La fertilidad, ubicación o calidad del suelo o la tierra, determinarán en gran medida qué capital tiene mejor productividad que los demás. Si suponemos que todos los productores invierten el mismo nivel de capital, la calidad del suelo definirá su productividad, aquellos con mejores rendimientos obtienen la posibilidad de exigir un precio superior al de mercado (debido a su precio de producción menor) e inmediatamente captar la sobre-ganancia permanente (Renta Diferencial); el capital usado en el suelo de menor calidad, y por lógica con una productividad más baja, tendrá asegurada su ganancia media, por el sólo hecho de ser imprescindible en las actividades antes mencionadas, pero no podrá acceder a la tan ansiada ganancia extra que otorga el mercado por las diferencias de productividad determinadas por la calidad del suelo (*medio de producción no producido*). Estos adelantos teóricos fueron resumidos por Marx (1974), quien reconoce los méritos de economistas como Anderson, Adam Smith y principalmente David Ricardo en su desarrollo y elaboración.

profundidad, se sugiere revisar los capítulos XXIV del Tomo I y la 1ª. sección del Tomo 3 de El Capital de Karl Marx (1974).

La Renta Absoluta, es un desarrollo teórico de mayor complejidad, aunque guarda rasgos similares a los explicados en la RD; Foladori la explica a partir de un segundo nivel de competencia, que funciona entre ramas de actividad económica. En la Renta Diferencial 1 y 2 o el primer nivel de competencia, hablábamos de que la tierra influye directamente en la productividad del trabajo y del capital, le atribuimos directamente a la tierra la generación del plus de ganancia por sus cualidades particulares, y no por sus niveles de inversión o elementos técnicos. Esta situación, no puede aceptarse de manera irrelevante si somos congruentes con la teoría del valor-trabajo, en donde la ganancia es fruto, única y exclusivamente, del trabajo impago a la fuerza de trabajo en el proceso de producción. El mérito de Marx, según algunos estudiosos, es que logró explicar el origen de la plus-ganancia en la agricultura, o sea la Renta Diferencial 1 y 2, la cual no proviene de la tierra, sino de la competencia de la economía en su conjunto, vía la perecuación de la Tasa General de Ganancia (Tasa Media de Ganancia).

De la misma manera que los productores individuales compiten entre sí, a otra escala, las ramas de actividad económica forman en conjunto un mercado (nacional, v.gr.), donde cada una de las ramas presenta características diferentes. Sin embargo, hay que resaltar 3 aspectos generales y objetivos: primero, todas las ramas producen de manera capitalista; segundo, dichas ramas poseen una composición orgánica diferente a las demás; tercero, en conjunto conforman la Tasa Media de Ganancia. La nivelación de las condiciones medias de producción, por ejemplo de la Tasa de Plusvalía⁵⁷ para todo un país, provoca que haya un reparto, distribución o transferencias de ganancia, de las ramas con menor nivel técnico (composición orgánica) hacia las de mayor nivel, lo que se denomina ganancia extraordinaria o transferencia de valor.

Al cabo de un periodo, dicha situación, según la “ley de libre mercado”, debiera o tiende a equilibrarse, pues la movilidad de capitales propiciará la homogeneización de la composición orgánica o nivel técnico en el grueso de la economía. La Tasa Media de Ganancia es el indicador de las condiciones medias de producción y al mismo tiempo el dispersor de la ganancia, repartiendo el plusvalor generado en cada rama de actividad (transferencias de valor), si el supuesto de “competencia perfecta” funciona, dicha

⁵⁷ La Tasa de Plusvalía en la teoría marxista, muestra el porcentaje de explotación (trabajo no remunerado o impago) en relación a la inversión en fuerza de trabajo (capital variable): $Pv' = Pv/V$. La Tasa de ganancia es la relación de esa explotación, con respecto al capital total adelantado de cierto número de productores: $g' = Pv/(C+V)$. La tasa de ganancia funge como el concepto en el que la competencia capitalista se concreta, y a partir de la cual se realizan las transferencias de valor o ganancias extraordinarias. (Marx, 1974)

desigualdad desaparecería. Sin embargo, existen ramas de actividad económica que utilizan medios de producción con las características ya mencionadas (escasez e irreproducibilidad), que denominamos rentistas; estas ramas frenan la movilidad de los capitales y evitan que desaparezcan las transferencias de plusvalor, es decir, mantienen la obtención de ganancias extraordinarias permanentes entre las diversas ramas de actividad económica, independientemente de su nivel tecnológico. Esto sucede por dos motivos:

1) *El mercado de tierras es restringido*, es decir la escasez y no reproducibilidad del suelo propicia que la producción tenga límites, pues aunque haya capitales interesados no hay la posibilidad de producción si los suelos son limitados.

2) *La propiedad privada del suelo*. Aún cuando haya suelos para poder llevar a cabo actividad productiva, el propietario del suelo (terrateniente, comunidad, Estado) exigirá un pago por el uso del suelo.

De este modo, actividades como la agricultura, la pesca, la minería, entre otras, tienen la capacidad de exigir una parte de la ganancia o plusvalor social, a través de las ganancias extraordinarias o transferencias de valor entre sectores de actividad económica. Para que esto suceda, es evidente que las actividades extractivas deben tener un nivel técnico (composición orgánica de capital) menor a la media social, situación que se comprueba con el desarrollo del capitalismo en el cual sectores avanzados tecnológicamente han ido relegando a otras ramas, tal es el caso de la industria vs la agricultura. Dicho de otra manera, las actividades rentísticas obtienen por la propiedad y la escasez e irreproducibilidad de sus medios de producción, un beneficio de la Tasa Media de Ganancia (transferencia de valor). Ese pago que las demás actividades hacen a dichas actividades se denomina Renta Absoluta, que es el pago que exigen los propietarios, vía un sobre-precio, por el uso de su tierra. La apropiación de dicho plusvalor en el nivel de competencia intra-ramal explica el origen de la Renta Diferencial y su reparto en la rama extractiva, negando determinantemente que la plus-ganancia provenga directamente de la tierra. La explicación del origen de Renta Diferencial en la competencia entre productores, en la cual aparentemente se da por el uso de la tierra, queda develada. Es la articulación que tiene este el primer nivel de competencia con el grueso de la economía, en la cual los sectores extractivos se apropian de plusvalía social, trabajo social, que el sistema capitalista extrae en la totalidad de su funcionamiento; por lo

anterior, la Renta Diferencial, de manera teórica no se puede deslindar del funcionamiento de la Renta Absoluta.

La Renta de monopolio surge de la exaltación de las características de los bienes producidos en alguna actividad extractiva, no presenta límites en la obtención de plusganancias, pues no tiene competencia alguna debido a la exclusividad y unicidad de condiciones naturales que determinan en su totalidad la producción del bien. Obviamente, se requiere que exista un comprador dispuesto a pagar el precio exigido. El ejemplo de Marx (1974) expuesto en el Tomo III de El Capital, es representativo al respecto: se dice que la particularidad de algunos viñedos (por las condiciones de la tierra, latitud, altitud, nutrientes, etc.) propician la producción de vinos exclusivos o “*únicos*”, lo que justifica sus elevados precios. Esta capacidad de exigir sobre – ganancia bajo este esquema se denomina Renta monopólica.⁵⁸

2. La Renta Urbana

Para el caso urbano, se entiende que hay producción de mercancías con características particulares, cuya marcada similitud a las actividades extractivas radica en que el medio de producción suelo o terreno es socialmente necesario, pero restringido, escaso, irreproducible, heterogéneo y, por lo tanto, monopolizable; hasta aquí las características entre la Renta agrícola y la urbana no presenta mayor discordancia.

En la ciudad, las mercancías son valores de uso o bienes inmuebles que, además de los medios de producción y trabajo consumidos en la actividad de la construcción, exigen el uso del suelo o terreno sobre el cual se edificará la mercancía. A diferencia de las mercancías comunes, ésta es inmóvil, pero no por ello pierde sus cualidades y generalidades como cualquier mercancía capitalista. De hecho, la aplicación de la Teoría de la Renta al caso urbano es similar a la actividad agrícola, sobre todo en su forma Diferencial. Pensemos en dos bienes inmuebles (casas iguales por ejemplo), en el que los costos de construcción y trabajo aplicados en su elaboración son exactamente; el

⁵⁸ El autor inglés David Harvey ha extendido los horizontes de la Teoría de la Renta, denominándola Renta Cultural Monopólica: “La escasez puede crearse por el procedimiento de impedir los usos actuales del suelo constituido en recurso y especular sobre valores futuros (...) La excepcionalidad del Picasso o del terreno es lo que constituye, en este caso, la base para el precio monopolista.” (Harvey, 2005:32)

resultado lógico es que el precio de venta sea el mismo, esto es lógico si se encuentran en una misma zona de la ciudad, sin embargo lo que determina el precio de venta final diferenciado, es la “mejor / peor” ubicación o localización, así como el acceso al transporte, servicios públicos, entre otras. Los elementos para considerar en la problemática de la Renta urbana, y que hay que considerar para analizar de manera integral los fenómenos urbanos, son los siguientes:

- a) La clasificación del mercado inmobiliario (habitacional, comercial *–retail–*, oficinas, industrial, etc.).
- b) Costos de construcción (producción)
- c) La localización como determinante de los precios de los bienes inmuebles, de acuerdo a la ubicación en distintas zonas de la ciudad, así como del nivel de equipamiento y servicios públicos, además de distancia, movilidad y acceso a centros políticos y económicos importantes.
- d) El análisis del capital fijo social y su transformación en *ambiente construido*, así como su papel en la valorización del suelo en las ciudades.
- e) La propiedad y su incidencia en la determinación del precio del suelo.

En general, los puntos mencionados apuntan a señalar el tipo de competencia que se realiza en el espacio urbano, quiénes la llevan a cabo y cuáles son las formas en que se pueden utilizar las ventajas en pro de obtener mayores ganancias.

Para efectos de este artículo, profundizaremos sólo en dos elementos: la propiedad y el precio del suelo, mencionaremos la importancia del capital fijo y su transformación en *ambiente construido*, para describir los efectos que se dan sobre las Rentas urbanas, sobre las ganancias y su reparto entre los distintos capitales que participan en la actividad inmobiliaria.

2.1 Monopolio del suelo

El monopolio, dice Valenzuela, es una forma económica que debe mostrarse como la expresión de una determinada relación social, en el capitalismo actual, y hay que entenderla como una relación propia del capitalismo (Valenzuela, 2014), cuyas características principales son:

- 1) Es una relación entre capitalistas cuya acción gira en torno a la obtención de ganancias "...que genera el sistema y su modo de repartición entre las diversas empresas y ramas del sistema." (Valenzuela, 2014:425)
- 2) La relación es desigual o asimétrica, se rompe el principio de "iguales ganancias para iguales capitales", que distingue el paradigma de libre competencia. (Ibid)
- 3) "Consecutivamente, tenemos que se configura una jerarquía de cuotas de ganancia" (Ibid)

Dicha condición se manifiesta en dos modalidades: la primera es que existen un "...conjunto de ramas que funcionan con una tasa de ganancia superior a la media y otras que lo hacen con una tasa que se sitúa por debajo de la tasa media. En este sentido podemos hablar de ramas monopólicas y de ramas no monopólicas" (Valenzuela, 2014:425)

En esta descripción resumida del carácter monopolístico se enmarca, perfectamente, la Renta Urbana. El punto número dos nos muestra que el principio de "iguales ganancias para capitales iguales" estaría determinado por la localización o ubicación, esto es el símil de la Renta Diferencial aplicada al caso agrícola. Y el punto tres, nos brinda la posibilidad de establecer las diferencias entre cuotas de ganancia, lo que deriva en el análisis de la Renta Absoluta. De esta manera se observa que los dos tipos de Renta guardan en sí mismo un carácter monopolístico de distinto grado, pero a todas luces latente.

2.2 Propiedad y Precio del Suelo urbano

El fenómeno de la Renta urbana tiene sus orígenes desde la moderna ciudad capitalista, la cual puede ubicarse a mediados del siglo XIX. Lo relevante de esta actividad y, por ende, forma de distribución del plusvalor, es que el pago por una propiedad en general dependerá del tipo de entorno construido y diferenciado en la ciudad, y de igual manera manifiestará sus efectos territoriales urbanos. Esta relación da pie a los cambios que han experimentado las ciudades desde un uso comercial (en el capitalismo comercial

del Siglo XVI y XVII), posteriormente industrial (Siglo XVIII), hasta lo que es hoy, una ciudad de servicios y de turismo (Siglo XX y XXI)

De cualquier manera se guardan rasgos históricos anteriores que hacen del estudio de las ciudades algo mucho más complejo.

"Las categorías económicas no son más que expresiones teóricas, abstracciones de las relaciones sociales de producción" (Marx, Miseria de la Filosofía, p.90. Ed. Progreso, Moscú, 1974, Citado en Valenzuela, 2014:424)

Aludiendo a esta forma de entender las categorías, sostenemos que el precio del suelo es una categoría económica impropia del capitalismo. Es una categoría, que al igual que el comercio o el interés, es anterior a las relaciones de producción específicamente capitalistas; precisamente, Marx incorpora el análisis histórico de las categorías económicas en torno al modo de producción actual, esto es, a la forma particular en que la Renta, el interés y la ganancia comercial participan en el reparto del plusvalor o ganancia social propiamente capitalista.

Para el caso de la Renta Urbana, que es el tema que nos atañe, es preciso recordar el pago por la posesión de un pedazo de tierra, deriva en un pago de Renta, y que el poseedor de esa tierra, terrateniente, es el que obtiene ese pago. Ahora hay que recordar que el pago por esa posesión tiene una forma de compra y venta, eso es el precio del suelo: "...la propiedad territorial lleva implícito en términos generales el derecho del propietario a explotar el planeta, las entrañas de la tierra, el aire, por tanto, la conservación y el desenvolvimiento de la vida misma" (Marx, 1974, TIII:717-718)

"Sin embargo, bajo las relaciones sociales del capitalismo, todos los elementos asumen la forma de mercancías." (Harvey, 1994:238)

También, y en el mismo sentido en que lo enuncia Harvey (1990), la Renta, es una categoría que define a ciertas actividades económicas y da las condiciones para poder escalar sus diversas características: escasez, propiedad, localización, exclusividad, etc. Dichos elementos de las actividades denominadas extractivas, en particular o en conjunto, derivan en elementos territoriales complejos (espaciales) de índole social que lejos de valorizalo (en sentido estricto del trabajo productivo), especulan con él, dando lugar a la generación de sobre-precios de los cuales emanarán algunos tipos de Renta.

"La demanda de terrenos para construir hace que aumente el valor de la tierra considerada como espacio y como base..." (Marx, 1974, TIII:718)

Esta aseveración es primordial. El mercado fija el valor de la tierra, pero no como resultado de la competencia (oferta y demanda), ésta última es definida por el carácter socialmente necesario del suelo al interior de las ciudades, en donde pueda colocarse el capital. Hablando en general, el capital buscará incesantemente lugares en los cuales pueda asentarse de manera territorial, con el objetivo de valorizarse. Esta condición espacial necesaria para el capital, cuya dotación se esperaría fuera ilimitada, encuentra barreras a su reproducción: a) la primera barrera es la frontera urbana, es decir los límites físicos de la ciudad en relación al crecimiento poblacional y la saturación de actividades económicas; dicha situación se suma a una segunda barrera; b) la posesión del suelo por parte de propietarios privados, terratenientes, o del mismo Estado. Estas dos barreras, la frontera urbana y la propiedad, derivan en que el suelo urbano, como *medio de producción* necesario para la construcción de bienes inmuebles, agudicen sus características de heterogeneidad, no reproducibilidad, escasez y por lo tanto, su carácter monopólico, lo que propiciará que dichas mercancías puedan venderse por encima de su valor.

"En estos casos, como se ve, es el precio de monopolio el que crea la renta. Y a la inversa, la renta creará el precio de monopolio cuando el trigo se venda no sólo por encima de su precio de producción, sino también por encima de su valor gracias a la traba que la propiedad territorial opone a la inversión no rentable de capital en las tierras no cultivadas." (Marx, 1974, TIII:719)

A mi entender, Marx es plenamente consciente de que el precio de las mercancías que generan Renta de diversa índole, guardan en sí mismos una característica monopólica. El precio no puede ser fijado de forma libre y mercantil, por el contrario, **el precio manifestará un grado de propiedad del medio de producción que se materializa en el sobre-precio final**. No todo precio emanado de estas actividades es monopólico, pero sí manifiesta una marcada tendencia al el precio de monopolio, el cual está definido por las cualidades antes mencionadas y no sólo por la demanda.

Hay que resaltar que la **propiedad** es la cualidad que define los precios del suelo y por ende la forma en que el capital se espacializa, y no al revés como señala Jaramillo (2014). De ahí se deriva que el precio será determinante en la fijación del nivel de Rentas.

La propiedad y el precio del suelo son elementos que se definen mutuamente, y serán la base sobre la cual se construya la obtención de Rentas Urbanas; todo inmueble y su soporte, es decir el suelo, además de los costos de construcción, tuvo o tiene un dueño del suelo y por lo tanto tendrá un precio.

Topalov al analizar de manera específica el papel que juega el "terreno" o suelo en la producción de inmuebles, e incluso en el valor de uso de la mercancía final, reafirma la relevancia de la posesión: "Toda actividad productiva tiene necesidad de una base espacial; por lo tanto, todo productor debe disponer de un poder de propiedad del suelo" (Topalov,1979: 117)

La relación entre la Renta y el precio del suelo, antes mencionada, debe quedar clara. Marx (1974), señala que el precio del suelo es la Renta capitalizada, esto es, el cociente de Renta periódica entre la tasa de interés del sector. Así, se deja clara la conexión directa entre el precio del suelo y su relación con el sistema económico en su conjunto. Hay otra forma de cálculo del precio del suelo (Topalov, 1976 y Jaramillo 2014), en el que articulan la Renta con la Tasa de Ganancia como el símil de la tasa de interés:

1) La propuesta de Marx es: $R = (PS) (i)$

2) Topalov y Jaramillo: $R = (PS) (TG)$

3) $PTMC = K + gm + PS + R$

K= Capital Constante y Variable (inversión) (\$)

gm= ganancia obtenida como porcentaje de la inversión (\$)

PS= Precio del Suelo (\$)

R= Renta Capitalizada (\$)

De esta manera queda desdoblada la ganancia capitalista en 3 partes: la ganancia media, el precio del suelo y la Renta capitalizada, la cual está articulada al precio del suelo y a la tasa de interés o de ganancia como vimos líneas arriba.

Cuando el productor, en nuestro caso el constructor, tiene la propiedad del suelo, además de obtener ganancias (**gm**) por la venta de su inmueble, podrá exigir un sobreprecio emanado de las condiciones *sui géneris* ampliamente expuestas, a partir de la fijación el **precio del suelo**, y además una Renta (**R**). Evidentemente dicho suelo tuvo

que pasar por un periodo de negociación con el dueño anterior, en ese momento se definirá en gran medida el nivel de ganancia extra que podrá obtener el nuevo dueño, que generalmente es el constructor.

Estas partes en que se divide la ganancia de la actividad inmobiliaria corresponden a un tipo de capital y a una acción determinada. En el caso de la liberación del suelo, es el promotor el que libera la tierra, para que el capitalista-constructor pueda producir. Esto de ninguna manera rompe con la propiedad privada del suelo, el suelo sólo cambia de dueño, y por lo tanto, tampoco acaba con la posibilidad de obtener una Renta, es sólo que ya no será pagada a un propietario improductivo, sino que se sumará a la ganancia total. Así, la Renta se irá diluyendo en la ganancia genérica, evidentemente, sólo en apariencia.

Considero de vital importancia remarcar la relevancia de la propiedad, el precio de suelo y su relación con la Renta Urbana; lo anterior para tener un análisis más claro y una problematización más fehaciente de la realidad actual en la ciudades capitalistas.

2.3 Ambiente Construido: Otra determinante del Precio del suelo.

Señalamos ya las determinantes principales de la Renta Urbana: precio del suelo, la propiedad y la cualidad monopólica del mismo. Ahora, profundizaremos en la caracterización del suelo urbano, así como la mercancía que se construye en él. Lo anterior con el objeto de incorporar elementos complementarios que permitan aprehender la problemática urbana desde la teoría marxista.

"La renta urbana aumenta necesariamente, no sólo con el crecimiento de la población, que lleva implícita la necesidad creciente de habitación, sino también con el desarrollo del capital fijo que se incorpora a la tierra o echa raíces en ella o descansa sobre ella, como ocurre con todos los edificios industriales, con los ferrocarriles, almacenes, los edificios fabriles, los muelles, etc." (Marx, 1974, TIII:717-718)

La descripción del bien inmueble y su papel en la conformación del capital fijo⁵⁹ urbano es una condicionante para dejar clara la especificidad de la actividad inmobiliaria en la ciudad. El ciclo del capital productivo, termina cuando la mercancía se realiza, esto es, la conjunción del proceso productivo y del consumo o la compra-venta de la

⁵⁹ El capital fijo, es una parte fundamental del Capital Constante en la forma en que expone Marx la producción mercantil capitalista. Sugerimos revisar el Tomo II de El Capital (Marx, 1974).

mercancía final. Aunque haya una serie de valores de uso que se utilicen también como consumo productivo (por ejemplo las materias primas, las refacciones, etc.), entendemos que en general el recorrido mercantil capitalista finaliza en la venta final al consumidor. El bien inmueble, la mercancía urbana por excelencia, se realiza cuando es adquirido o vendido a un usuario, llámese inquilino o habitante si el valor de uso es de vivienda. En ese momento, el inmueble pasa a formar parte del *fondo de consumo* del comprador.⁶⁰ Sin embargo, también existen amplias posibilidades de que algunas de estas mercancías ya vendidas, consumidas, utilizadas en su momento, guarden aún la potencialidad de adquirir una forma o cualidad productiva (en términos capitalistas, colaborar en la producción de valor).⁶¹

Las mercancías urbanas, inmuebles, tienen tiempo de vida, de acuerdo a su valor de uso; para nuestro caso, supongamos que pueden tener una vida útil de 50 años o más; en el momento de su compra-venta comienza su tiempo de vida o el desgaste de su valor de uso como se quiera llamar, que en este caso es el objetivo particular del inmueble. Sin embargo, si el dueño decide emprender una actividad productiva con la forma de organización capitalista, la mercancía adquirida, el inmueble, tiene que ser catalogado con otra función, que no sólo se consume de manera individual y gradual de acuerdo con el uso del comprador, sino como un elemento que se adiciona a la contabilidad del capital constante, como capital fijo específicamente, y cuyo uso contribuye a crear plusvalor; es decir se consume productivamente. Esa parte del capital fijo, antes fondo de consumo será sometido a un proceso de desgaste y de transferencia de valor que derivará en la renovación o en la constante reparación para que cumpla cíclicamente con su nueva función que es la de valorizar capital o de producción de plusvalía.

"Sólo los instrumentos de trabajo que se usan realmente para facilitar la producción de plusvalía son clasificados como capital fijo" (Harvey, 1994:211) "El capital fijo es, entonces sólo aquella parte de la riqueza social total, la reserva total de bienes materiales, que se

⁶⁰ El fondo de consumo es propiamente parte de la reproducción de la fuerza de trabajo, que no funge como la parte del salario gastada y consumida inmediatamente. Se refiere a aquellos valores de uso que tienen un tiempo de vida mayor o son de consumo intermedio o duradero, no de consumo inmediato.

⁶¹ En el caso de la producción de bienes inmuebles de uso comercial, se sostiene que la finalidad de su producción y consumo es la de acelerar el proceso de realización de la mercancía. Puede decirse que funge como un medio para acelerar la rotación de las mercancías que allí se venderán, al nivel que sea, desde un gran centro comercial, hasta la construcción de un local con ese objetivo.

usan para producir plusvalía. Puesto que los mismos objetos se pueden usar en diferentes formas, son definidos como capital fijo no por el modo determinado de ser, sino por el empleo que se les da." (*Ibidem*)

Para el caso de los bienes inmuebles urbanos este proceso en el cambio de su valor de uso es importantísimo. Pues existe una posibilidad de valorizar capital con el *ambiente construido* conformado por la totalidad de la producción de edificios, casas, e infraestructura urbana. Esto significa que la cantidad de capital fijo requiere de condiciones preexistentes, sociales e históricas, para colaborar en la valorización: "no comenzó el mundo desde el principio sino más bien encontró producción y productos ya presentes, antes de subyugarlos a su proceso" (Marx, 2009:88)

Lo que se busca explicar es la determinante que tienen los bienes inmuebles, producidos como mercancías, en la producción capitalista y por ende de plusvalía en la ciudad, a partir de la actividad inmobiliaria. La determinante principal y más evidente es que tienen un efecto sobre el precio del suelo, pues condensa propiedades que elevarán las expectativas de las futuras inversiones de capital, si es que logran acceder a la propiedad del terreno, donde seguramente se erigirán mercancías inmuebles.

La productividad aumenta con la inserción de capital fijo. En lo individual, y en lo social; cuando hablamos de éste último, nos referimos a un tipo de capital fijo que es base de la producción de muchos capitalistas, por decirlo de alguna manera: la infraestructura, las condiciones generales de la producción, o el *ambiente construido* en el que se desarrolla la producción inmobiliaria urbana.

El capital fijo social, que deriva en condiciones generales de la producción, son la base (ambiente) donde florecerán los diversos tipos de capitales. Sin esta superficie o este terreno fértil, el capital inmobiliario no tendría el desarrollo logrado hasta nuestros días, el cual ha articulado diversas actividades económicas y ha mostrado un crecimiento importante digno de destacarse en las ciudades de la actualidad.

3. Competencia por las ganancias y las sobre-ganancias permanentes (Rentas) urbanas

Finalmente, es hora de desenmascarar a quienes son los responsables del funcionamiento urbano explicado teóricamente en este artículo. Al igual que en la Renta Diferencial en las actividades agrícolas, los desarrolladores o constructores inmobiliarios requieren de un bien necesario, el suelo, para cubrir la demanda de una actividad

productiva restringida por los límites en la ampliación urbana (existen límites físicos y el Estado contribuye y participa en la ampliación o reducción de predios urbanos, esta situación refuerza el carácter escaso y monopolizable del suelo).

También, es menester dejar claro que el mercado inmobiliario es el que, preponderantemente, produce el espacio en la ciudad; dicha actividad no es la única, pero en los últimos años ha tomado relevancia, cualitativa y cuantitativa, al desdoblarse y articularse a otras actividades económicas aparentemente sin relación alguna (turismo, servicios de hospedaje, transporte, infraestructura aeroportuaria, entre otras).

Sobra decir que la organización de estas actividades funcionan bajo una estructura capitalista y evidentemente se reproducen bajo la lógica de la acumulación. En este sentido, la actividad inmobiliaria en la ciudad incorpora actividades económicas fundamentales; la más importante es la industria de la construcción o **capital industrial**⁶² que, en general, es de gran relevancia en las economías nacionales, y cuya producción de inmuebles está sustentado en el medio de producción restringido en la ciudad, los suelos urbanos.⁶³ Para que esta actividad se lleve a cabo, es necesario que haya suelos disponibles, es en este momento cuando aparece el **capital de promoción**, cuyo objetivo principal es liberar los suelos, como resultado de una negociación con el **propietario** el cual impondrá un precio del suelo según sus intereses. Finalmente, el último capital inmiscuido es el **capital dinero**, en sus dos formas, comercial y financiero; cabe destacar que estos capitales pueden actuar de manera individual acorde a su función específica, o en otra modalidad, un solo capital realiza 2 ó más funciones, o incluso el conjunto de ellas.

3.1 Tipos de capitales en la actividad inmobiliaria

El sector inmobiliario que describe Topalov agrupa un conjunto de etapas que intervienen en el ciclo del capital de la actividad en su conjunto, y en cada una de ellas

⁶² Cabe aclarar que en relación con la teoría marxista, dicha actividad se considera productiva, es decir crea valor, y de aquí se sobreentiende que existen relaciones de producción capitalistas que, además de crear valores de uso propiamente – inmuebles- para el mercado, provoca el desarrollo de algunas otras actividades (improductivas) como las comerciales, es decir ventas, y por ende las de especulación inmobiliaria, la cual ha tenido un rol protagónico en la economía mundial en los últimos años. (Marx, 1974)

⁶³ El suelo en las ciudades es un medio de producción escaso, y por lo tanto adquiere las mismas características de los valores de uso no producidos, irreproducibles, heterogéneos y monopolizables, por ello es que podemos aplicar la Teoría de la Renta al caso urbano.

hay capitales particulares que realizan dichas tareas, entre las cuales figuran: la construcción, la promoción inmobiliaria, los rentistas inmobiliarios, el crédito inmobiliario (1979).

La forma en que se relacionan dichos capitales, en torno a la actividad inmobiliaria, encuentran una explicación lógica. Hacemos a continuación, una exposición del tipo de capitales y sus actividades de acuerdo al camino que sigue la producción de inmuebles.

De manera general, Marx las articula en la denominada Renta Capitalizada, donde participan directamente: a) el precio del suelo, que no es más que la promoción de ventas de los inmuebles (capital de promoción), pues es el que define preponderantemente el precio total, y b) el dinero adelantado o crédito (capital financiero), que se representa aquí como la tasa de interés: "por consiguiente, la renta del suelo es la forma en que aquí se realiza económicamente, se valoriza la propiedad territorial." (Marx, 1974:577) Sin embargo, tenemos que desdoblar más algunos procesos para dejar en claro el accionar de los capitales en particular y resaltar su efecto sobre el precio final del bien inmueble.

Topalov (1979), desdobla estas formas generales, señalando el papel de los capitales que participan en la actividad inmobiliaria. Se encuentran:

- a) En primer lugar, el *capital de promoción*, cuya función principal para "liberar los terrenos" y abrir la posibilidad de edificar mercancías inmuebles.
- b) En segundo lugar, se encuentra el *capital industrial*, que para nuestro caso es el constructor, que por encargo del *capital de promoción* realice la obra que se le pide.
- c) También se da el caso en que el *promotor* vende el terreno liberado a algún otro *capital de promoción o de construcción*, y pueden agregarse otros capitales de tipo *comercial* que se dedican a la venta o renta de los inmuebles.

Siendo fieles a la fórmula del ciclo del capital dinero (mercantil capitalista), expuesta en el primer capítulo, podemos señalar que el primer momento es el del financiamiento de la producción, al cual Topalov (1979) lo denomina *capital de promoción*. La diferencia con cualquier otra actividad económica es que este capital -que es capital dinero con el objeto de financiar la producción- compre el terreno, es decir, que libere el medio de producción no reproducible, para posteriormente poder erigir el inmueble: "Es un capital que paga a la empresa la mercancía en tren de producirse, antes de que pueda

ser puesta en el mercado. Es, por tanto, un capital de circulación que interviene durante el transcurso mismo del periodo de producción de la vivienda" (Topalov, 1979:120)

Figura 1.

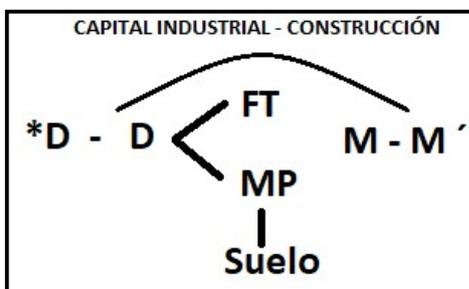


Fuente: Elaboración Propia

El resultado de esta inversión será la "ganancia de promoción o ganancia media sobre la "inmovilización"; no es más que un tipo de préstamo en dinero al cual habrá que pagar su precio, esto es el interés. Hay que señalar que el mercado del suelo ya no corresponde sólo a los capitales; al ser "liberado" se reproducen compradores y vendedores que especulan con el precio del terreno, que al ser limitado y monopolizable, tendrá una posibilidad de incrementarse, y buscarán vender o re-vender a los edificadores o constructores; con esta acción están consumiendo ya parte de la ganancia del constructor, el cual para recuperar su inversión tendrá que subir el precio final del inmueble. Recordemos que el Medio de Producción es *sui generis*.

"El promotor compra, en un primer momento, un terreno, T. Luego encarga y compra el edificio (E) al industrial de la construcción." (Topalov,1979:119)

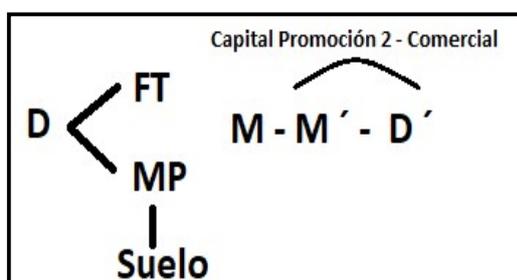
Figura 2.



Fuente: Elaboración Propia

Aunque esto no sucede necesariamente así, se tiene que distinguir que en el ciclo inmobiliario participan distintos capitales para poder esgrimir las formas de ganancia que se obtienen. Esta sería entonces la *ganancia de promoción*, que no es más que una parte del capital financiero: "El interés será, entonces, una apropiación de una parte de la ganancia industrial, por un lado, y de la ganancia de promoción por el otro." (Topalov, 1979:119) Es decir, el constructor deberá pagar un interés a un capital que financió la edificación, pagando parte de su ganancia industrial, que tendrá que subsanarse con otro incremento en el precio de venta.

Figura 3.



Fuente: Elaboración Propia

Cuando el industrial-constructor comienza la obra, se distingue ahí el *capital productivo (industrial)*, el cual funciona como si fuese el proceso productivo de cualquier otra mercancía. Y finalmente el edificio es pagado por el promotor que emprendió el proceso desde un inicio. De aquí, el precio de venta (promotor 2) será otra forma de capital comercial, pues "...será vendido a un precio superior al precio aislado de producción del mismo." (Topalov, 1979:120) Una ganancia comercial pura, proveniente del intercambio habitual.

Hasta este momento se distinguen de manera resumida al menos tres tipos de capitales inmiscuidos en la actividad inmobiliaria:

- 1) Capital de promoción: Compra y libera terreno, además de contratar a un capital de la construcción para producir el edificio. *D – D. En muchos casos suelen ser especuladores sin control estatal ni del mercado.⁶⁴

⁶⁴ Quedan entonces definidos los momentos de encuentro del capital con los dueños o propietarios del suelo, que son los que definen el precio del terreno, y la ganancia que se puede obtener a partir de la construcción y venta del inmueble.

2) Capital de la construcción: Produce una mercancía inmueble, bajo un proceso específicamente capitalista, y creador de plusvalor- (D-M-D') La figura concreta son las constructoras habituales.

3) Capital de promoción 2 o capital comercial: Compra el edificio y lo vende por encima de su precio de producción. M' - D'. Los vendedores de mercancías que compran barato para vender caro, de manera sintética.

El capital 2), el capital de la construcción, es el único que en términos marxistas crea valor, pues somete a un proceso de explotación a la fuerza de trabajo. Esta situación es fundamental en términos teóricos para distinguir fielmente los capitales improductivos: el capital financiero, el capital comercial y la renta, proveniente de la compra-venta del suelo. Por decirlo así, el capital 2) deberá pagar Plusvalor (ganancia industrial) a los otros capitales (improductivos) que exigen un pago por participar de alguna manera en el proceso de la actividad inmobiliaria.

Tanto el capital 1) como el 3), exigirán una parte del plusvalor generado por el capital 2) durante el proceso productivo de construcción del inmueble. De esa ganancia industrial generada, se paga una parte a esos capitales que piden su cuota como interés y como ganancia comercial; faltaría incluir la Renta, que incluye el pago realizado al terrateniente por la compra de la propiedad, el cual se dará entre la negociación del dueño de la tierra y el capital en promoción o especulador que buscará "liberar" el suelo, derivando en su futura valorización.

Habría que enumerar entonces las formas de la ganancia que exigirán un pago, lo que conformará el precio total del inmueble.

- A. Capital de promoción 1 o especulador: Ganancia comercial, improductiva (no genera pero sí exige parte del plusvalor).⁶⁵
- B. Capital industrial o constructor: Ganancia Industrial, productiva (genera plusvalor).
- C. Capital de promoción 2, o capital comercial: Ganancia comercial, improductiva (no genera pero exige parte del plusvalor).

⁶⁵ Hay que agregar que la especulación generalmente nace del promotor 1 (liberador del suelo), el cual si no tiene fondos suficientes para cubrir el total de su inversión en el suelo, puede buscar préstamos en bancos o inversionistas, donde unos como otros, pedirán un interés por su préstamo; el promotor 1 puede elevar la expectativa y vender aún más caro el suelo.

D. Capital Financiero, puede prestar a los capitales A, B o C, para realizar su actividad y exigirá un pago en interés, improductiva (no genera pero exige parte del plusvalor).

Si conjuntamos todo en un precio de venta del inmueble, hay que sumar todos los tipos de capitales que exigen su pago, independientemente si es o no productivo. Y faltaría agregar la Renta, que como hemos dicho está relacionado con la valorización del suelo, y es también una actividad improductiva. Tenemos entonces:

Precio Total Inmueble = A + B + C + D + Renta

Ese es el nivel de complejidad que exige el estudio de la actividad inmobiliaria. Habrá muchas posibilidades empíricas, donde un solo capital pueda llevar a cabo todo el proceso o parte del mismo, al inicio o al final del ciclo; sin embargo, esto no quita que en conjunto o separado, el capital pueda exigir un pago de los distintos tipos de ganancia. También es preciso señalar que la Renta, y en particular el precio del suelo, sirven como base para que los demás capitales puedan exigir su pago, pues de cierta manera se prestan las características de los suelos a los demás participantes de la rama, que como hemos dicho será rentístico-extractiva y podrá imponer un sobre-precio. Es claro que la Renta no incide directamente en todas actividades económicas (financieras, industriales o comerciales); sin embargo, el mercado inmobiliario urbano presenta particularidades, que hacen que los mencionados tipos de capital se anclen al fenómeno rentístico y estén en posibilidad de captar ganancias que se brindan en distintas etapas del proceso de producción de los bienes inmuebles.

Cabría recordar que todos los capitales inmiscuidos en la actividad inmobiliaria podrán beneficiarse tanto de las expectativas generadas en la inversión, como de la especulación, pero también serán recompensados por lo que les brinde el *ambiente construido*, las *condiciones generales de la producción* y el *capital fijo social*, que incluye el nivel socio-económico de la zona, posibles obras de infraestructura, entre otras cosas, y su posterior uso a actividades capitalistas.

En el caso del mercado del suelo en particular, recordemos que el propietario del suelo también puede incurrir en la actividad especulativa, como lo señala Jaramillo (2009), al esperar a vender hasta que suba el precio del suelo, lo que él llama proto-especulador.

REFLEXIONES FINALES: LA RELEVANCIA DEL PRECIO DEL SUELO

Las mercancías inmuebles tienen la particularidad de que son difíciles de clasificar, por el tipo de materiales, usos, accesos, cuestiones de diseño arquitectónico que pueden tener una determinación en el precio final. Sin embargo, consideramos pertinente tener una unidad de medida general a todos los valores de uso que permita la comparación: el precio del suelo. Esto permitiría hacer comparaciones sobre las posibilidades de ganancia independientemente de los materiales utilizados, de los diseños arquitectónicos, etc., la unidad de medida deja en bruto la determinante principal de la atracción de la inversión capitalista (construcción, promoción, etc.); el precio del suelo, incluso en lugares donde no hay construcción, potencia y erige una posibilidad de valorización que puede derivar en especulación y en expectativas de ganancias futuras, por su grado o nivel de exclusividad acorde a su rasgo monopolístico, medido por el valor absoluto de la diferencia entre tasas de ganancia.

El precio del suelo es la cualidad principal de la Renta urbana con respecto a otro tipo de rentas como la agrícola. En esta última no se compra el suelo, y por tanto no aparece el Precio del suelo que se disfraza detrás de la Renta, la cual está adherida al producto que se traslada, que se separa del suelo para transportarse y realizarse en otro lugar; aquí, la propiedad del suelo (en términos contables) queda intacta del análisis, esto a pesar de quien posea la propiedad (terrateniente o capitalista), lo cual no quita en lo más mínimo la posibilidad de cobrar y obtener Renta, y deberá sumarse a la ganancia media que exige toda producción capitalista por la nivelación de la tasa de ganancia y el reparto del plusvalor extraordinario. La cualidad y utilidad de los suelos, y por lo tanto los niveles de Renta, estarán al amparo de la demanda capitalista tanto de materias primas como de valores de uso de consumo inmediato, de ahí su relevancia y la posibilidad de ofrecer sobre-precios y absorber parte de la plusvalía social.

En síntesis, las determinantes del Precio del suelo son la propiedad del mismo y el *ambiente construido* –infraestructura, escuelas, tiendas, lugares turísticos, etc., lo que denominamos también capital fijo y Condiciones Generales de la Producción. Los costos de construcción juegan su papel, pero no tienen el mismo peso; dicha condición del precio del suelo se sustenta en el tipo de medios de producción que se necesitan para construir inmuebles: escasos, no reproducibles, heterogéneos, monopolizables y socialmente necesarios. Así, la forma preponderante de incrementar los niveles de Renta deberá estar asociada directamente al precio del suelo, que además no se rige por las leyes de oferta y

demanda por ser un bien escaso y no reproducible, lo que posibilita el ejercicio especulativo de manera creciente sobre su precio, tanto en la primer compra-venta, como en la realización final del bien inmueble comercializado. Esta idea la ejemplifica muy bien Topalov en su libro *Ganancias y Rentas Urbanas* (1998).

El precio del suelo, también es el que permite la ampliación a voluntad de la superficie construida, v.gr. la construcción vertical (Renta Diferencial II) y el aprovechamiento productivo de la superficie vendible, una vez terminado el inmueble. Obviamente tienen que considerarse los costos de edificación, sin embargo, pasan a un segundo nivel, ya que el precio del suelo sintetiza la potencialidad de obtención de ganancia, en la base de la especulación que brinda por se un valor de uso *sui generis*.

En la ciudad acontece algo distinto. El suelo no se despega de la mercancía, la cual puede ser una casa, un edificio, un estacionamiento, un centro o plaza comercial, etc., pero, aunque tengan esta unión física, existe una separación formal que le da una cualidad diferenciada a la Renta agrícola, minera, etc. La clave está en la apreciación y depreciación de estas mercancías inmuebles. Cuando la mercancía inmueble se deprecia, el precio del suelo permanece intacto, pues no debe su determinación exclusivamente a la mercancía o valor de uso erigido sobre él, sino al conjunto de elementos del *entorno construido* que le dan una autonomía relativa sobre la mercancía, como lo explicamos líneas arriba.

Pensemos en colonias donde algunas casas están devaluadas o en malas condiciones, aun con esta situación el precio del suelo no se devalúa junto con el inmueble, guarda propiedades "externas" que le dan la posibilidad de compararse con inmuebles contiguos. Es aquí donde el *ambiente construido* toma sentido, pues el análisis no se puede quedar en la mercancía en particular, se debe extender el análisis a distintas escalas (colonias, zonas y ciudades, etc.), un símil de la competencia capitalista que permea y se lleva a cabo en cualquier nivel de análisis. Para ejemplificar lo anterior, pensemos en un terreno lejano del centro, en el cual se construye sobre él una mercancía con amplias posibilidades de valorizarse debido al alto costo de los materiales y acabados (por ejemplo un gran edificio de oficinas); el precio del suelo no subirá debido al tipo de materiales invertidos en el edificio, suponiendo que sean los de más alto costo, o porque en sí mismo brinde alicientes para actividades productivas o comerciales futuras; por el contrario, el aumento en el Precio del suelo estará dado por factores externos como la forma de arribar a él, esto es la ubicación, y toda la serie de servicios que hagan del lugar,

un sitio (colonia o zona) conectado con la ciudad y los servicios necesarios y útiles a la producción que allí se pretenda realizar: la mejora del *ambiente construido*, en el capital fijo social y en las CGP. El caso contrario, también nos muestra la autonomía relativa del suelo y la mercancía construida sobre aquél: un suelo sin construcción en una zona con un *ambiente construido* de alto nivel de infraestructura y localizada en con los mejores elementos y acondicionamiento social, tendrá un Precio alto, por lo tanto, aunque no exista una construcción, existe en el terreno o suelo la posibilidad de valorizarse, cualquier capital estará interesado en valorizarse ahí y buscarán una potencial ganancia, eso solamente se conseguirá teniendo la propiedad del terreno. El Precio del suelo es una cualidad "independiente" en cierto sentido, y adiciona una potencialidad de obtención de ganancia de las mercancías inmuebles que se erijan sobre él.

La propuesta de este documento señala que las ramas rentístico-extractivas, en la que se incluye la actividad inmobiliaria que hemos analizado hasta aquí, son aún más rentables que otras ramas de actividad económica, no se sabe aún si en el corto o largo plazo, veamos por qué. De ellas se puede obtener, además del precio de costo (C+V), y de la ganancia media (Gm) de la rama, un extra por la Renta vía el Precio del Suelo (PS) - la condición monopólica del suelo y su propiedad aunado a las condiciones de exclusividad e irreproducibilidad- cuyas característica como valor de uso no producido o producido socialmente (*ambiente construido*) sirve como soporte para incorporar al precio de venta un elemento que le dé esa ganancia extraordinaria permanente. El llamado "mercado de suelo" y la conformación de los precios estarán disputados por la relación social entre el capital y la propiedad del suelo. (Topalov, 1979) "...la renta sólo puede responder a un verdadero precio de monopolio, no determinado ni por el precio de producción ni por el valor de las mercancías, sino por las necesidades y por la solvencia de los compradores, y cuyo estudio tiene su lugar en la teoría de la competencia, donde se investiga el movimiento real de los precios del mercado." (Marx, 1974:709)

De este modo, la posibilidad de obtener un sobre precio en la venta de las mercancías inmuebles, estará en función del Precio del suelo, y de la posibilidad de construir más inmuebles y de una manera más intensiva, esto es, aprovechar el espacio productivamente, y venderlo o rentarlo. Para el caso urbano, la Renta y el Precio del suelo están determinados mutuamente. Marx señala que el precio del suelo es la renta capitalizada, esto es la renta periódica entre la tasa de interés del sector. Así, hay una conexión directa entre el Precio del suelo y el grueso del sistema de una economía. Hay

otra forma de cálculo del precio del suelo (Topalov, 1976 y Jaramillo, 2014), en el que articulan la Tasa General de Ganancia como el símil de la tasa de interés.

Marx: Renta capitalizada = PS * Tasa de Interés

Topalov y Jaramillo: Renta capitalizada = PS * tasa de ganancia

De esta manera, se conjugan las ganancias extraordinarias permanentes de diversas escalas, lo cual complementa el análisis del mercado inmobiliario. Así, se tienen que incorporar los dos niveles fundamentales de la Teoría de la Renta: la competencia entre capitales individuales (Renta Diferencial) y la competencia entre sectores de actividad económica (Renta Absoluta). Si lo sintetizamos en la categoría de estudio, en el Precio del suelo, se puede derivar una propuesta de medición conjunta que incluye los dos tipos de renta Renta Diferencial-Localización y Absoluta-Monopolio, y que tendría que sumarse a los capitales complementarios y participantes en la actividad inmobiliaria:

Precio Total Inmueble = A + C + D + B + Renta (Localización y Absoluta-monopolio)

Donde: A es capital de promoción 1, B capital de la construcción, C capital de promoción 2 o de venta y D capital financiero que presta a A, B y C.

Propiamente estaríamos analizando la influencia del Precio del Suelo sobre el capital B y la Renta. El precio del suelo incide sobre los capitales A, C y D, por sus cualidades especulativas y la capacidad de generar expectativas futuras, sin embargo, donde se manifiestan concretamente sería sobre el capital de construcción (B) y sobre la Renta que se genera.

Capital B = K + gm + PS

Capital B + Renta (Localización y Absoluta)

Nota: Recuérdese que el Precio del suelo (PS) incide directamente en la Renta de Localización y en la Renta Absoluta a través de la Renta capitalizada.

De esta manera podemos mostrar la incidencia que tiene el Precio del suelo en la diversidad de los capitales que participan en la actividad inmobiliaria. Esto provoca que los bienes inmuebles en la ciudad - aunque también en zonas rurales como los lugares turísticos, como playas, hoteles o cualquier lugar que tenga exclusividad y sirva para

valorizar capital- sean una mercancía con amplios márgenes de ganancia otorgadas por las ganancias extraordinarias permanentes que pueden obtenerse. De ahí que se pueda explicar el avance y crecimiento de esta actividad en la economía capitalista actual.

BIBLIOGRAFÍA

Dussel, E. (2014). **16 tesis de Economía Política**, Siglo XXI, México.

Foladori, G. (1984). **Valor y Renta de la Tierra**, en Materiales de Docencia, Maestría en Sociología Rural, Universidad Autónoma Chapingo, México.

Harvey, D. (1990). **Los límites del Capital y la teoría marxista**, Ed. Fondo de Cultura Económica, México.

Harvey, D.; Smith, N. (2005). **Capital Financiero, propiedad inmobiliaria y cultura**, Ed. Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.

Jaramillo, S. (2010). **Hacia una teoría de la renta del suelo urbano**. DECE, Ediciones Uniandes, Colombia.

Lipietz, A. (1979). **El capital y su espacio**, Ed. Siglo XXI, México, 1979, p. 144.

Marx, K. (1974). **El Capital**, FCE, México.

Marx, K. (2009). **Elementos Fundamentales para la Crítica de la Economía Política (Grundrisse)**, Ed. Siglo XXI, México.

Smith, N. (2012). **La nueva frontera urbana. Ciudad Revanchista y Gentrificación**, Ed. Traficantes de Sueños, España.

Topalov, C. (1984). **Ganancias y rentas urbanas. Elementos Teóricos**. Ed. Siglo XXI, Madrid.

Valenzuela, J. (2014), **Teoría general de las economías de mercado: Tomo 1 Y 2**, Facultad de Economía (UNAM), México.